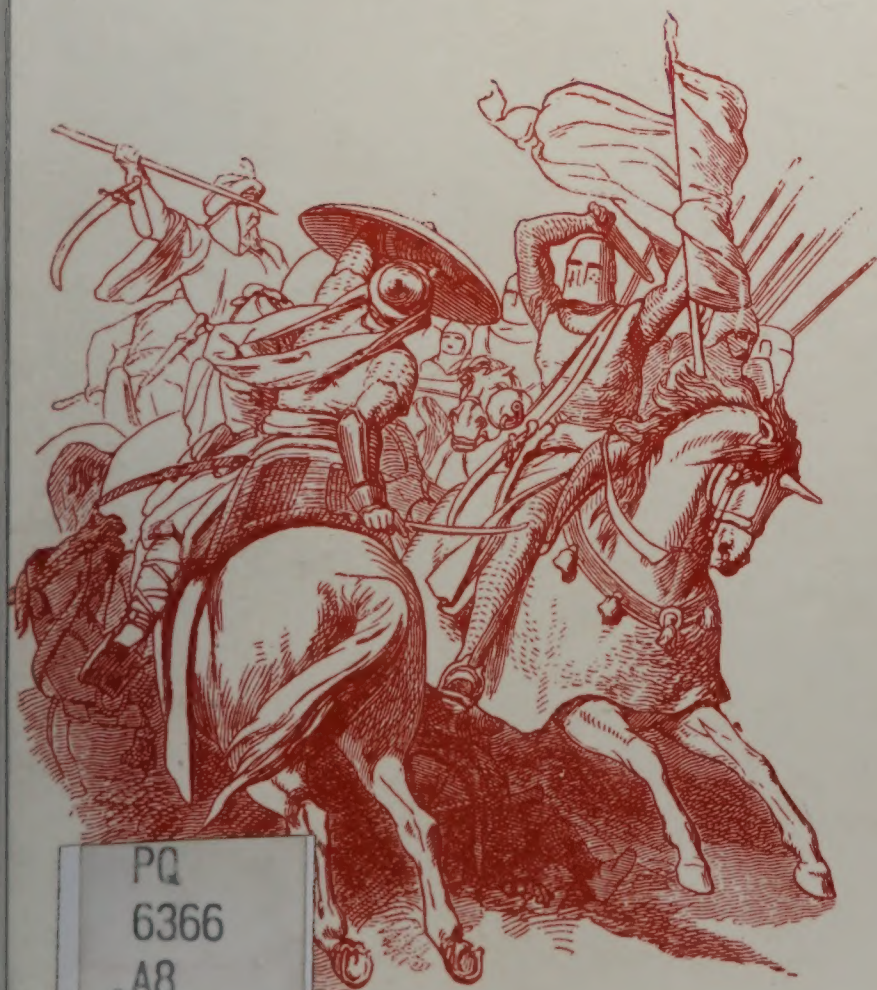


ROMANCIERO DEL CID

ANONIMO



PQ

6366

.A8

1970

TEMAS DE ESPAÑA



TEMAS DE ESPAÑA

41

ROMANCERO DEL CID

Trent University Library
PETERBOROUGH, ONT.

Realizó la recopilación:
FELIPE C. R. MALDONADO

Primera edición: abril de 1966.
Segunda edición: febrero de 1970.

© 1970. TAURUS EDICIONES, S. A.

Plaza del Marqués de Salamanca, 7. MADRID-6

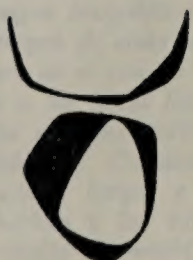
Núm. Rgtro.: 1411/66. Dep. legal: M. 899/1970

PRINTED IN SPAIN

ROMANCERO

DEL

C I D



TAURUS

INTRODUCCION

PARA que el hombre alcance la condición de héroe, tiene que distinguirse de sus semejantes rebasando en algún modo la medida habitual. Sus acciones o las circunstancias de su vida comenzarán por atraer la atención de los demás, darán nueva proyección a su talla, y al configurarse la leyenda acabará por quedar inscrito en el libro de la historia por su carácter ejemplar. Rara vez entra el hombre en la historia si no es por vía de la leyenda, y sin embargo apenas puede forjarse ésta sin despojar antes al héroe de algunos rasgos peculiares, precisamente de muchos que lo caracterizan como el hombre que es, para acentuar otros en cambio conforme exige la mitificación, deformando en fin su imagen hasta convertirlo en mero protagonista de sus propias empresas y aun de las que convenga atribuirle. Tan solo así será sumado al censo de los héroes.

Del Gran Capitán o de don Alvaro de Luna, por ejemplo, no cuentan los rasgos biográficos definitivos, los que nos darían el retrato íntegro de cada uno de ellos; su situación en la historia al uso es el eco de una popularidad momentánea que se atiene a las notas heroicas de los triunfos de Gonzalo de Córdoba o a los perfiles trágicos que presenta la profunda caída del Condestable. Por más que otros historiadores procuren luego, e incluso lo consigan, fijar el rigor de los hechos y las verdaderas dimensiones del hombre, el héroe resulta inconcebible sin la aureola de la leyenda que lo convierte en mito popular.

El héroe mayor de nuestra historia y figura destacada

en la universal es sin duda Rodrigo Díaz de Vivar, protagonista excepcional de un extenso y soberbio cantar de gesta, de un largo poema, de crónicas singulares en latín y en castellano y del más amplio conjunto que conserva nuestro Romancero en torno a una sola figura. Naturalmente, la mayor difusión correspondió siempre, en el curso del tiempo, a las fuentes poéticas que sin interrupción contribuyeron a forjar el mito, un supuesto retrato cuya imagen llevamos todos indeleblemente grabada, incluso al cabo de un estudio histórico, de igual modo que nuestras imágenes no se alterarían en absoluto si alguien descubriera de pronto que nuestro don Quijote fue trasunto de un individuo hinchado por la hidropesía o que la Gioconda era tuerta. Porque la fuerza expresiva del arte será siempre superior al rigor de la verdad histórica y en la inteligencia del hombre cuenta más el símbolo que la estricta realidad; realidad que a fin de cuentas tampoco puede concebirse si no es en función de símbolos.

La figura del burgalés en el Cantar de mío Cid es singular y convincente; otro tanto le sucede, aunque con carácter distinto, al Rodrigo de las Mocedades. En cambio, al enfrentarse con el Cid del Romancero, en seguida se advierten rasgos inusitados y aun contradictorios que debilitan los trazos del personaje y difuminan su imagen para sólo dejar, vivos y centelleantes, gestos, palabras o actitudes, cuya fuerza está en la expresión literaria y su importancia en el hecho de que sea el Cid quien los protagoniza.

Pocas figuras como la del Cid se prestan a satisfacer en el lector ese íntimo afán, tan humano, de singularizarse. Sus hazañas, reales o supuestas, pueden alcanzar magnitudes extraordinarias, pero nunca son desorbitadas; lo sobrenatural apenas juega en las narraciones y casi pueden desestimarse las raras excepciones, como el romance del gafo y el nuncio de la muerte que le lleva San Pedro, porque no se trata de acciones militares que decide la intervención milagrosa, sino de perfiles que acentúan la religiosidad del héroe y aumentan su arraigo en la tradición popular. La figura de Rodrigo es gigante y no quimérica porque recorre el camino de su historia con la pisada firme de los grandes hombres, no aligero y sorprendente, como otros personajes de leyenda. Incluso fracasa cuando suelen fracasar los hombres, a consecuencia de la imprevisión, como en la huida de Bellido Dolfos, por no alzarse las es-

puelas; y ha de sufrir los efectos de la envidia y la calumnia de los cortesanos, aunque luego resurja con mayor pujanza, o ser víctima de la insidia de sus yernos.

Pero si los valores morales y heroicos de Rodrigo conservan su vigencia en las fechas del Renacimiento, no sucede lo mismo con las costumbres, y los nuevos romances que incorporan los poetas llevan la impronta de su tiempo. Las epístolas que se cruzan entre Jimena y Fernando I tienen un aire cortesano inconcebible en el siglo XI. Los atuendos de boda o el de Jimena cuando sale a misa de parida, apuntan muy claramente a fechas muy posteriores. Así, en el que empieza A Jimena y a Rodrigo, se habla de aquellos siglos dorados, y de que entonces el almidón era pan para muchachos, o se oponen al tocado que luce la novia, estas quimeras que agora llaman hurracos. De igual modo que carecería de sentido la insolente violencia del Cid en Roma, derrocando la silla del Rey de Francia para aventajar a la del monarca español, en tiempos del primer Fernando. Anima a los nuevos romances un espíritu cortesano tan refinado y protocolario que hasta se pone de manifiesto en romances que otrora hubieran resultado violentos y agresivos; compárese, por ejemplo, el relato o relatos del duelo que se sostiene en torno a Zamora, con la circunstanciada carta que Alfonso VI escribe al Cid para narrarle la acción de sus campeones frente a los infantes de Carrión.

En este conjunto hallamos romances viejos, ya muy elaborados, otros de origen juglaresco, algunos que se agregaron tardíamente con un falso lenguaje antiguo para encubrir acaso lo moderno de su factura y, en fin, aquellos que por su construcción y concepto no pretenden engañar a nadie sino narrar o glosar cualquier anécdota cidiana, cuya veracidad es lo de menos, para servir a las crecientes exigencias del mercado romanceril o para redondear un período.

Al iniciarse la difusión impresa de nuestro Romancero, hubo de notarse ya la singular estimación por los romances cidianos, como atestiguan los remedos arcaizantes (véase un ejemplo típico en la primera composición de este volumen), los sucesivos arreglos, las distintas versiones y, finalmente, los romances nuevos que se sumaron a los antiguos.

Un público abundante y fervoroso hizo posible la apari-

ción del Romancero del Cid, compuesto por Juan de Escobar, y cuya primera edición conocida es de 1612. Es muy posible que el propio Escobar no previera el éxito que su trabajo alcanzaría, hasta el extremo de que surgieran en Lisboa ediciones fraudulentas simulando una fecha anterior y que el librito se reimprimiese una y otra vez hasta bien avanzado el siglo XIX.

Tan extraordinaria aceptación por parte de un público popular no puede fundarse en razones artísticas; primero, porque popular no quiere decir plebeyo y de estos romances gustaba tanto el pueblo llano como las gentes ilustradas, y de otra parte, porque las modas y preferencias literarias varían mucho a lo largo del siglo XVII, como demuestra el cambio de contenido en el Romancero General, según se suceden las ediciones, y confirman las diferencias que se aprecian en las múltiples colecciones menores que se imprimieron a lo largo de esos años.

La razón hay que buscarla en el fuerte atractivo que ejerce la figura de Rodrigo, y precisamente la suya, porque otras colecciones en torno al rey don Pedro o a don Alvaro de Luna tuvieron suerte bien distinta. La perdurabilidad del Romancero del Cid se debe a la enorme fuerza del mito popular, capaz de sobrevivir simultáneamente en el doble curso de la transmisión oral (que afecta a los romances tradicionales) y de la transmisión impresa (con preferencia cada vez más acusada por el Romancero artístico, como es natural en un medio ilustrado). El mito perdura en tanto tienen vida los valores simbólicos que conserva su historia romanceada; y el pueblo, cuando los repite y rehace, al igual que los poetas cuando acomodan romances antiguos o los hacen nuevos, mantienen su vigencia con rasgos propios de cada tiempo, hasta producirse, por simple acumulación de elementos reales, el hecho soberbio de que un héroe medieval pueda ser héroe visible de todas las épocas.

Este aspecto humano, singularmente atractivo en nuestros días, nos ha movido a seleccionar para el Romancero del Cid que hoy ofrecemos, una serie tan variada como abundante, pues incluye ciento veintiuno de los doscientos cinco romances que comprende aproximadamente el corpus cidiano. Se ha dado preferencia absoluta a los romances tradicionales, pero sin rechazar las composiciones artísticas cuando redondean un episodio o bien sirven para exponer

el concepto que del Cid se tiene al cabo de varios siglos. Nuestra edición pretende ser popular y por eso hemos desechado algunas variantes conocidas, y acaso de mayor solera, pero imperfectas o fragmentarias. De igual modo, entendimos que reimprimir la colección de Escobar era más bien divulgar una curiosidad bibliográfica, y que la visión del Cid quedaría reducida al sentir de una época. En cuanto a publicar la totalidad del Romancero cidiano, hoy en día sólo es posible al cabo de un extenso y profundo estudio crítico que no corresponde a una edición divulgadora.

Prescindamos asimismo de ofrecer algo más que una sucinta y actualizada orientación bibliográfica, lo demás es fácilmente asequible en cualquier manual de literatura. Nos parece una inútil pedantería enumerar los trabajos de Wolf, Milá, Foulché-Delbosc, Rajna y otros tantos, cuyos nombres y obras han de encontrarse citados en los títulos que seleccionamos.

El Romancero del Cid que recopiló Carolina Michaelis (Leipzig, 1871) es el corpus más nutrido que se ha publicado, superior en número y fidelidad a los textos que recogió Agustín Durán en su Romancero General (tomo X de la Biblioteca de Autores Españoles, págs. 478-574); pero el lector medio habrá de recurrir, hoy por hoy, a esta última obra que sigue siendo asequible, mientras aquélla está agotada hace años.

Para el estudio de los romances, procedencia, valor histórico, variantes, etc., y en tanto que aparezca el volumen que se dedique al Cid en la magna obra que está publicando don Ramón Menéndez Pidal, Romancero tradicional de las lenguas hispánicas, habrá de recurrirse a los comentarios ocasionales, pero definitivos hasta la fecha, que hace el propio don Ramón en Romancero hispánico (hispano-portugués, americano y sefardí) Teoría e historia, Madrid, 1953, 2 vols., donde se hallarán todas las referencias necesarias para una ampliación del tema.

En el orden bibliográfico, puede consultarse la obra de don Antonio Rodríguez-Moñino, Las fuentes del Romancero General, Madrid, 1957, 12 vols., aunque la información quedará forzosamente limitada a los romances cidianos que aparecen en el Romancero General de 1600. Es

muy probable que esta noticia pueda ampliarse con la obra del mismo autor, Manual de Cancioneros.

Acerca de la figura del Cid, es obvia la referencia a la obra impar de don Ramón Menéndez Pidal, La España del Cid, Madrid, 1929.

INFANCIA Y MOCEDAD DE RODRIGO DE VIVAR

(REINADO DE FERNANDO I)

RODRIGO EJERCE EL OFICIO DE JUEZ A LOS DIEZ AÑOS DE EDAD

—Non me culpedes si he fecho
mi justicia y mi deber,
magüer que siendo pequeño
me nombraste por juez;
entre todos me escogistes
por de más madura sién,
porque ficiese derecho
de lo fecho mal y bien.
Non fagáis desaguizado
si al robador enforqué,
que en homes este delito
no causa ninguna prez.
Como de veras me pago,
de las burlas non curé,
que el que pugna por la honra
enemigo dellas fue.
Atended que la justicia,
en burlas y en veras, fue
vara tan firme y derecha
que non se pudo torcer.
Verdad, entre burla y juego,
como es hija de la fe,
es peña que al agua y viento
para siempre está de un ser.

Miémbra-se me que mi abuelo,
en buen siglo su alma esté,
muchas veces me decía
aquesto que ahora oiréis:
"El home en sus mancebías
siempre debiera aprender
a facer siempre derecho
cuando en más burlas esté."
Así fice esta vegada,
yo cuido que fice bien,
que sigo un abuelo honrado
que nadie se quejó dél.
Esto decía Rodrigo
afinojado ante el Rey,
delante los que juzgaba
antes de los años diez.

PRUEBA QUE DIEGO LAINEZ HIZO A SUS HIJOS

Cuidando Diego Laínez
en la mengua de su casa,
hidalga, rica y antigua
antes de Nuño y Abarca;
y viendo que le fallecen
fuerzas para la venganza,
porque por sus luengos años
por sí no puede tomarla,
y que el de Orgaz se pasea
seguro y libre en la plaza
sin que nadie se lo impida,
Lozano en nombre y en gala;
no puede dormir de noche,
ni gustar de las viandas,
ni alzar del suelo los ojos,
ni osa salir de su casa,
ni hablar con sus amigos,
antes les niega el habla
temiendo no les ofenda
el aliento de su infamia.
Estando, pues, combatiendo
con estas honrosas bascas,
quiso hacer cierta experiencia

que no le salió contraria:
mandó llamar sus tres hijos
y sin hablarles palabra,
les fue apretando uno a uno
las hidalgas tiernas palmas
—no para mirar en ellas
las quirománticas rayas,
que este hechicero abuso
no era nacido en España—,
y prestando el honor fuerzas,
a pesar del tiempo y canas,
a la fría sangre y venas,
nervios y arterias heladas,
les apretó de manera
que dijeron: ¡Señor, basta!
¿Qué intentas o qué pretendes?
déjanos ya que nos matas.
Mas cuando llegó a Rodrigo,
casi muerta la esperanza
del fruto que pretendía
que do no piensan se halla,
encarnizados los ojos
cual fiera tigre de Hircania,
con tanta ira y denuedo
que atemoriza y espanta,
sacó atrás el pie izquierdo,
y la diestra mano saca,
y vuelto a su padre, dice,
que asaz mirándole estaba:
—Soltedes padre en mal hora,
soltéis muy en hora mala,
que a no serlo no hiciera
satisfacción con palabras,
antes con la mano misma
os sacara las entrañas
haciendo lugar mi dedo
en vez de puñal o daga.
Llorando de gozo el viejo
dice: Hijo de mi alma,
tu enojo me desenoja
y tu indignación me agrada;
esos fieros, mi Rodrigo,
tenedlos en la venganza

de mi honor que está perdido
si en vos no se cobra y halla.
Contóle su agravio y dióle
su bendición y la espada
con que dio al conde la muerte
y principio a sus hazañas.

RODRIGO SE APRESTA PARA VENGAR LA AFRENTA HECHA A SU PADRE

Pensativo estaba el Cid
viéndose de pocos años
para vengar a su padre
matando al conde Lozano;
miraba el bando temido
del poderoso contrario,
que tenía en las montañas
mil amigos asturianos;
miraba cómo en las cortes,
del Rey de León, Fernando,
era su voto el primero,
y en guerras mejor su brazo;
todo le parece poco
respecto de aquel agravio,
el primero que se ha hecho
a la sangre de Laín Calvo;
al cielo pide justicia,
y a la tierra pide campo,
y al viejo padre licencia,
y a la honra esfuerzo y brazo;
no cura de su niñez,
que en naciendo está obligado
a morir por casos de honra
el hijo del hijodalgo.
Delcolgó una espada vieja
de Mudarra el castellano,
que estaba vieja y mohosa
con la muerte de su amo,
y pensando que ella sola
bastaba para el descargo;
antes que se la ciñese
así le dice, turbado:

—Haz cuenta, valiente espada,
que es de Mudarra mi brazo
y que con mi brazo riñes
porque mío es el agravio.
Bien sé que te correrás
de verte asida en mi mano,
mas no te podrás correr
de volver atrás un paso.
Tan fuerte como tu acero
me verás en campo armado,
tan bueno como el primero
segundo dueño has cobrado,
y cuando alguno te venza,
del torpe hecho enojado,
hasta la cruz, en mi pecho,
te esconderé muy airado.
Vamos al campo que es hora
de dar al conde Lozano
el castigo que merece
tan infame lengua y mano.
Determinado va el Cid,
y va tan determinado
que en espacio de una hora
mató al conde y fue vengado.

RODRIGO CONSUELA A SU PADRE Y DA MUERTE AL CONDE LOZANO

Consolando al noble viejo
está el valiente Rodrigo,
apercibiendo venganza
y resistiendo suspiros.
Viendo al venerable anciano
tan sin razón desmentido
yantar no puede bocado,
que nunca yantó ofendido.
—Non vos dé pena, señor,
el tuerto que el conde os hizo,
que cuando se atrevió a vos
no cuidaba era yo vivo.
Las lágrimas que vertéis
dan en mi alma hilo a hilo

y como van a su centro
conviértense en rayos vivos.
Por el alto Dios del cielo,
y en fe que soy vuestro hijo,
que os he de hacer vengado
o me mataré a mí mismo.
Dadme vuestra bendición
con la que habéis pretendido
en piedra de vuestro honor
probar los quilates míos;
siendo vos mi ensayador
tanto de punto he subido
que presto veréis el pos
que a vuestro mal dio principio.
Tomó una espada y rodela
y de secreto se ha ido;
vido al conde paseando
y estas palabras le ha dicho:
—Conde, lozano estaréis
de aqueste gran valentío
porque posaste la mano
donde hombre humano ha podido.
Si por la divina ley
sabéis que fue permitido
la ofensa que se hizo al padre
que la restaurase el hijo;
aunque acá, por la del duelo,
por ser de noventa y cinco
el mío no está cargado,
vos lo estáis y desmentido;
que el que está en cuerpo de guarda
o es de la edad que he dicho
ni agravia ni es afrentado
por las razones que digo;
y antes que muera de pena
o no llegue de corrido,
vengo por vuestra cabeza
porque se la he prometido.
Haciendo de él menosprecio
el conde se ha sonreído:
—Vete, rapaz, no te haga
azotar cual paje niño.
Poniendo mano el buen Cid,

con gran cólera le ha dicho:
—La razón con la nobleza
más vale que diez amigos.
Son tan soberbios los golpes
y tan sin reparo han sido,
que la cabeza del cuerpo
en un punto ha dividido.
Por los cabellos la lleva,
dándola a su padre dijo:
—Quien os trató mal en vida
catalde a vuestro servicio.

DE COMO VINO RODRIGO A BESAR LAS MANOS AL REY SOBRE SEGURO

Cabalga Diego Laínez
al buen Rey besar la mano;
consigo se los llevaba
los trescientos hijosdalgo.
Entre ellos iba Rodrigo,
el soberbio castellano;
todos cabalgan a mula,
sólo Rodrigo a caballo;
todos visten oro y seda,
Rodrigo va bien armado;
todos espadas ceñidas,
Rodrigo estoque dorado;
todos con sendas varicas,
Rodrigo lanza en la mano;
todos guantes olorosos,
Rodrigo guante mallado;
todos sombreros muy ricos,
Rodrigo casco afilado,
y encima del casco lleva
un bonete colorado.

Andando por su camino,
unos con otros hablando,
allegados son a Burgos;
con el Rey se han encontrado.
Los que vienen con el Rey
entre sí van razonando;
unos lo dicen de quedo,

otros lo van preguntando:
—Aquí viene entre esta gente
quien mató al conde Lozano.

Como lo oyera Rodrigo,
en hito los ha mirado;
con alta y soberbia voz
de esta manera ha hablado:
—Si hay alguno entre vosotros,
su pariente o adeudado,
que le pese de su muerte,
salga luego a demandallo;
yo se lo defenderé,
quiera a pie, quiera a caballo.

Todos responden a una:
—Demándolo su pecado.
Todos se apearon juntos
para al Rey besar la mano;
Rodrigo sólo quedó
encima de su caballo.

Entonces habló su padre,
bien oiréis lo que ha hablado:

—Apeaos vos, mi hijo,
besaréis al Rey la mano,
porque él vuestro señor,
vos, hijo, sois su vasallo.
Desque Rodrigo esto oyó,
sintióse más agraviado;
las palabras que responde
son de hombre muy enojado:

—Si otro me lo dijera,
ya me lo hubiera pagado;
mas por mandarlo vos, padre,
yo lo haré de buen grado.

Ya se apeaba Rodrigo
para al Rey besar la mano;
al hincar de la rodilla
el estoque se ha arrancado.

Espantóse de esto el Rey,
y dijo como turbado:

—Quítate, Rodrigo, allá,
quítateme allá, diablo,
que tienes el gesto de hombre
y los hechos de león bravo.

Como Rodrigo esto oyó,
apriesa pide el caballo;
con una voz alterada
contra el Rey así ha hablado:
—Por besar mano de Rey
no me tengo por honrado,
porque la besó mi padre
me tengo por afrentado.
En diciendo estas palabras
salido se ha del palacio;
consigo se los tornaba
los trescientos hijosdalgo,
si bien vinieron vestidos
volvieron mejor armados,
y si vinieron en mulas
todos vuelven en caballos.

ROMANCES DE JIMENA GOMEZ PIDIENDO JUSTICIA CONTRA RODRIGO

Día era de los Reyes,
día era señalado,
cuando dueñas y doncellas
al Rey piden aguinaldo,
si no es Jimena Gómez,
hija del conde Lozano,
que puesta delante el Rey
de esta manera ha hablado:
—Con mancilla vivo, Rey,
con ella vive mi madre:
cada día que amanece
veo quién mató a mi padre,
caballero en un caballo
y en su mano un gavilán,
otra vez con un halcón
que trae para cazar,
por me hacer más enojo
cébalo en mi palomar,
con sangre de mis palomas
ensagrentó mi brial.
Enviéselo a decir,
envióme a amenazar

que me cortará mis haldas
por vergonzoso lugar,
me forzará mis doncellas,
casadas y por casar,
matárame un pajecico
so haldas de mi brial.
Rey que no hace justicia
no debía de reinar,
ni cabalgar en caballo,
ni espuela de oro calzar,
ni comer pan a manteles,
ni con la Reina holgar,
ni oír misa en sagrado,
porque no merece más.
El Rey de que aquesto oyera
comenzara de hablar:
—¡Oh váleme Dios del cielo!
quírame Dios aconsejar:
si yo prendo o mato al Cid,
mis Cortes se volverán;
y si no hago justicia,
mi alma lo pagará.
—Tente las tus Cortes, Rey,
no te las revuelva nadie,
al Cid que mató a mi padre
dámelo tú por igual,
que quien tanto mal me hizo
sé que algún bien me hará.
Entonces dijera el Rey,
bien oiréis lo que dirá:
—Siempre lo oí decir,
y agora veo que es verdad,
que el seso de las mujeres
que no era natural:
hasta aquí pidió justicia,
ya quiere con él casar.
Yo lo haré de buen grado,
de muy buena voluntad;
mandarle quiero una carta,
mandarle quiero llamar.
Las palabras no son dichas,
la carta camino va;
mensajero que la lleva

dado la había a su padre.
—Malas mañás habéis, conde,
no vos la quiero quitar,
que cartas que el Rey vos manda
no me la queréis mostrar.
—No era nada, mi hijo,
sino que vades allá;
quedavos aquí, mi hijo,
yo iré en vuestro lugar.
—Nunca Dios atal quisiese
ni Santa María lo mande,
sino que adonde vos fuéredes
que vaya yo adelante.

* * *

Delante el Rey de León
doña Jimena una tarde
se pone a pedir justicia
por la muerte de su padre.
Para contra el Cid la pide,
don Rodrigo de Vivar,
que huérfana la dejó
niña y de muy poca edad:
—Si tengo justicia o no,
bien, Rey, lo alcanzas y sabes,
que los negocios de honra
no pueden disimularse.
Cada día que amanece
veo al lobo de mi sangre
caballero en un caballo,
por darme mayor pesare.
Mándale, buen Rey, pues puedes,
que no me ronde mi calle,
que no se venga en mujeres
el hombre que mucho vale.
Si mi padre afrentó al suyo,
bien ha vengado su padre,
que si honras pagaron muertes,
para su disculpa basten.
Encomendada me tienes,
no consientas que me agravien,
que el que a mí se me hiciere

a tu corona se hace.
—Calledes, doña Jimena,
que me dades pena grande,
que yo daré buen remedio
para todos vuestros males.
Al Cid no le he de ofender,
que es hombre que mucho vale,
y me defiende mis reinos.
Y quiero que me los guarde;
pero yo haré un partido
con él que no os esté male,
de tomarle la palabra
para que con vos se case.
Contenta quedó Jimena
con la merced que le hace:
que quien huérfana la hizo,
aquese mismo la ampare.

* * *

Sentado está el señor Rey
en su silla de respaldo,
de sus gentes mal regidas
desavenencias juzgando;
dadivoso y justiciero,
premia al bueno y pena al malo,
que castigos y mercedes
hacen seguros hidalgos.
Arrastrando luengos lutos
entraron treinta hidalgos,
escuderos de Jimena,
hija del conde Lozano;
despejaron los maceros,
suspense quedó el palacio,
y así comenzó sus quejas,
rodillada en los estrados:
—Señor, hoy hace dos meses
que murió mi padre a manos
de un muchacho que las tuyas
para matador criaron;
cuatro veces he venido
a tus pies y todas cuatro
alcancé prometimientos,

justicia jamás la alcanzo;
sentencias mal detenidas,
prolijos acuerdos largos,
aventuran los negocios
que piden breve despacho;
don Rodrigo de Vivar,
rapaz orgulloso y bravo,
profana tus leyes justas
y tú le amparas profano;
son tus ojos sus espías,
tu retrete su sagrado,
tu favor sus alas libres,
y su libertad mis daños;
tú le celas, tú le guardas,
y después de puesto en salvo,
castigas a tus merinos
porque no pueden prenderlo.
Si de Dios los Reyes justos
la semejanza y el cargo
representan en la tierra
con los humildes y humanos,
no debiera de ser Rey
bien tenido y bien amado
quien desmaya la justicia
y esfuerza los desacatos;
no te apasiones de presto
y no castigues despacio,
que amenazan mil ruinas
a tus homenajes altos;
a sombras de tu clemencia,
que es árbol de nuestro amparo,
no se acojan malhechores
indignos de ver sus ramos;
es, Rey, la privanza injusta
seguridad con engaño,
soberbia de pechos viles,
motivos de aleves bandos;
mal lo miras, mal lo sientes,
perdona si mal te hablo,
que en mujer cualquier injuria
trueca el respeto en agravio.
—No haya más la mi Jimena,
responde el primer Fernando,

que no verán vuestras cuitas
entrañas de piedra y mármol,
si he guardado a don Rodrigo
para vuestra pro le guardo,
tiempo vendrá que por él
convirtáis en gozo el llanto.
En esto llegó a Jimena
de doña Urraca un recado,
del brazo la lleva el Rey
y a ver a la infanta entraron.

PIDE JIMENA AL REY QUE LA DESPOSE CON RODRIGO

De Rodrigo de Vivar
muy grande fama corría,
cinco reyes ha vencido,
moros de la morería,
soltólos de la prisión
do metidos los tenía,
quedaron por sus vasallos,
sus parias le prometían.
En Burgos estaba el rey
que Fernando se decía;
aquesa Jimena Gómez
ante el buen Rey parecía;
humillándose había ante él
y su razón proponía:
—Fija soy yo de don Gómez,
que en Gormaz condado había,
don Rodrigo de Vivar
le mató con valentía;
la menor soy yo de tres
hijas que el Conde tenía,
y vengo a os pedir merced
que me hagáis en este día,
y es que aquesa don Rodrigo
por marido yo os pedía,
tenerme por bien casada,
honrada me contaría,
que soy cierta que su hacienda
ha de ir en mejoría,

y el mayor en el estado
que en la vuestra tierra había.
Haréisme así la gran merced,
hacerlo vos bien vernía,
porque es servicio de Dios,
y yo le perdonaría
la muerte que dio a mi padre,
si él aquesto concedía.
El Rey hobo por muy bien
lo que Jimena pedía;
escribiérale sus cartas,
que viniese, le decía,
a Plasencia donde estaba,
que es cosa que le cumplía.
Rodrigo, que vio las cartas
que el Rey Fernando le envía,
cabalgó sobre Babieca,
muchos en su compañía:
todos eran hijosdalgo
los que Rodrigo traía;
armas nuevas traían todos,
de una color se vestían;
amigos son y parientes,
todos a él lo seguían;
trescientos eran aquellos
que con Rodrigo venían.
El Rey salió a recibirlo,
que muy mucho lo quería,
díjole el Rey: —Don Rodrigo,
agradezcoos la venida,
que aquesa Jimena Gómez
por marido a vos pedía,
y la muerte del su padre
perdonada os la tenía;
yo vos ruego que lo hagáis,
de ello gran placer habría;
Hacervos he gran merced,
muchas tierras os daría.
—Pláceme, Rey mi señor,
don Rodrigo respondía,
en esto y en todo aquello
que tu voluntad sería.
El Rey se lo agradeció;

desposado los había
el obispo de Palencia,
y el Rey dádole había
a Rodrigo de Vivar
mucho más que antes tenía,
y amóle en su corazón,
que todo lo merecía.
Despidiérase del Rey,
para Vivar se volvía,
consigo lleva su esposa,
su madre la recibía:
Rodrigo se la encomienda
como a su persona misma;
prometió como quien era
que a ella no llegaría
hasta que las cinco huestes
de los moros no vencía.

RODRIGO PRENDE CINCO REYES MOROS, QUE LE DAN EL TITULO DE CID

Reyes moros en Castilla
entran con gran alarido;
de moros son cinco reyes,
lo demás mucho gentío.
Pasaron por junto a Burgos,
a Montes de Oca han corrido,
y corriendo a Belforado,
también a Santo Domingo,
a Nájera y a Logroño,
todo lo habían destruido.
Llevan presa de ganados,
muchos cristianos cautivos,
hombres muchos y mujeres,
y también niñas y niños.
Ya se vuelven a sus tierras
bien andantes y muy ricos,
porque el Rey, ni otro ninguno,
a quitárselo han salido.
Rodrigo cuando lo supo
en Vivar, el su castillo;
mozo es de pocos días,

los veinte años no ha cumplido,
cabalga sobre Babieca,
y con él los sus amigos;
apellidara a la tierra,
mucha gente le ha venido.
Gran salto diera en los moros:
en Montes de Oca, el castillo,
venciera todos los moros
y prendió los reyes cinco,
quitárales la gran presa
y gentes que iban cautivos,
repartiera las ganancias
con los que le habían seguido;
los Reyes trajera presos
a Vivar, el su castillo;
entrególos a su madre,
ella los ha recibido.
Soltólos de la prisión,
vasallaje han conocido,
y a Rodrigo de Vivar
todos lo han bendecido,
loaban su valentía,
sus parias le han prometido;
fuéronse para sus tierras
cumpliendo lo que habían dicho.

TRES ROMANCES DE LAS BODAS DEL CID CON JIMENA

A Jimena y a Rodrigo
prendió el Rey palabra y mano
de juntarlos para en uno
en presencia de Laín Calvo.
Las enemistades viejas
con amor las olvidaron,
que donde preside amor
se olvidan muchos agravios.
El Rey dio al Cid a Valduerna,
a Saldaña y Belforado,
y a San Pedro de Cardeña,
que en su hacienda vincularon.
Entróse a vestir de boda

Rodrigo con sus hermanos;
quitóse gala y arnes
resplandeciente y grabado,
púsose un medio botarga
con unos vivos morados,
calzas, balona tudesca
de aquellos siglos dorados,
eran de grana de polvo,
y de vaca los zapatos,
con dos hebillas por cintas
que le apretaban los lados;
camisón redondo y justo,
sin filetes ni recamos,
que entonces el almidón
era pan para muchachos;
con jubón de raso negro,
ancho de manga, estofado,
que en tres o cuatro batallas
su padre lo había sudado.
Una acuchillada cuera
se puso encima del raso,
en remembranza y memoria
de las muchas que había dado;
una gorra de Contray,
con una pluma de gallo;
llevaba puesto un tudesco
en felpa todo aforrado;
la tizona rabitiesa,
del mundo terror y espanto,
en tiros nuevos traía,
que costaron cuatro cuartos.
Mas galán que Gerineldos
baja el Cid famoso al patio,
donde Rey, Obispo y Grandes
en pie estaban aguardando,
tras esto bajó Jimena
tocada en toca de papos,
y no con estas quimeras
que agora llaman huracos.
De paño de Londres fino
era el vestido bordado,
unas garnachas muy justas
con un chapín colorado,

un collar de ocho patenas
con un San Miguel colgado,
que apreciaron una villa,
solamente de las manos.
Llegaron juntos los novios,
y al dar la mano y abrazo,
el Cid mirando a la novia
le dijo todo turbado:
—Maté a tu padre, Jimena,
pero no a desaguizado.
Matéle de hombre a hombre
para vengar cierto agravio.
Maté hombre y hombre doy,
aquí estoy a tu mandado,
y en lugar del muerto padre
cobraste marido honrado.
A todos pareció bien,
su discreción alabaron;
y así se hicieron las bodas
de Rodrigo el castellano.

* * *

A su palacio de Burgos,
como buen padrino honrado,
llevaba el Rey a yantar
a sus nobles afijados.
Salen juntos de la Iglesia
el Cid, el Obispo y Laín Calvo,
con el gentío del pueblo
que les iba acompañando.
Por la calle adonde van
a costa del Rey gastaron
en un arco muy polido
más de treinta y cuatro cuartos.
En las ventanas alfombras,
en el suelo juncia y ramos,
y de trecho a trecho había
mil trovas al desposado.
Salió Pelayo hecho toro
con un paño colorado,
y otros que le van siguiendo,
y una danza de lacayos;

también Antolín salió
a la gineta en un asno,
y Peláez con vejigas
fuyendo de los mochachos.
Dieciséis maravedís
mandó el Rey dar a un lacayo
porque espantaba a las fembras
con un vestido de diablo.
Mas atrás viene Jimena
trabándola el Rey la mano,
con la Reina su madrina,
y con la gente de manto.
Por las rejas y ventanas
arrojaban trigo tanto,
que el Rey llevaba en la gorra,
como era ancha, un gran puñado,
y a la humildosa Jimena
se le metían mil granos,
por la marquesota, al cuello,
y el Rey se los va sacando.
Envidioso dijo Suero,
que lo oyera el Rey, en alto:
—Aunque es de estimar ser rey,
estimara más ser mano.
Mandóle por el requiebro
el Rey un rico penacho,
y a Jimena le rogó
que en casa le dé un abrazo.
Fablándola iba el Rey,
mas siempre le fabla en vano,
que non dirá discreción
como la que faz callando.
Llegó a la puerta el gentío
y partiéndose a dos lados,
quedóse el Rey a comer
y los que eran convidados.

* * *

Domingo por la mañana,
cuando el claro sol salió
más alegre que otras veces
por gozar de la ocasión,

don Rodrigo de Vivar,
el que la palabra dio
de casarse con Jimena,
ese día la cumplió;
y para ir a la iglesia
a tomar la bendición
por mostrar lo que valía
¡oh qué galán que salió!
Que de raso columbino
llevaba un rico jubón,
calza colorada y justa,
porque su gusto ajustó,
bohemio de paño negro,
de raso la guarnición,
la manga larga y angosta,
con capilla de buitrón,
jaqueta lleva de raja,
y en ella mucho brahón,
y las faldetas tan cortas
que se parece al jubón;
lleva un cinto tachonado,
de plata los cabos son,
pendiente lleva del cinto
un doblado mocador;
zapatos lleva de seda
de un amarillo color,
abiertos y acuchillados
porque era acuchillador;
un collar de piedras y oro
que al muerto suegro sirvió;
la gorra lleva con plumas,
y un labrado camisón;
y la tizona, su espada,
a quien él mucho estimó,
de terciopelo morado
los tiros y vaina son;
todos los grandes le aguardan,
cuantos en la corte son;
sale el Cid y hácenle campo
porque era Cid Campeador;
el Rey le lleva a su lado,
que en hacerlo adivinó
que de otros muy muchos Reyes

Rodrigo le hará señor;
todos le llevan en medio
la orden y procesión,
y para ir a la iglesia
todos se mueven a un son.

MILAGRO DEL GAFO

Ya se parte don Rodrigo,
que de Vivar se apellida,
para visitar Santiago,
adonde va en romería.
Despidióse de Fernando,
aquese Rey de Castilla,
que le dio muchos haberes,
sin dones que dado había.
Veinte vasallos consigo
llevaba en su compañía;
mucho bien y gran limosna
hacía por donde iba:
daba a comer a los pobres,
y a los que pobreza habían.
Siguiendo por su camino
muy grande llanto oía,
que en medio de un tremedal
un gafo triste plañía,
dando voces que lo saquen
por Dios y Santa María.
Rodrigo cuando lo oye,
para el gafo se venía,
descendiera de la bestia,
en tierra se decendía:
en la silla lo subió,
delante sí lo ponía;
llegaron a la posada
do albergaron aquel día.
Sentados son a cenar,
comían a una escudilla.
Gran enojo habían los suyos,
de aquesto que el Cid hacía,
no quieren estar presentes,
a otra posada se iban.

Hicieron al Cid y al Gafo
una cama en que dormían
ambos, cuando a medianoche,
ya que Rodrigo dormía,
un soplo por las espaldas
el Gafo dado le había;
tan recio fue, que a los pechos
a don Rodrigo salía.
Despertó muy espantado,
al Gafo buscado había:
no le hallaba en la su cama,
a voces lumbre pedía.
Traídole habían la lumbre,
el Gafo no parecía;
tornado se había a la cama,
gran cuidado en sí tenía
de lo que le aconteciera,
mas vio un hombre que a él venía
vestido de paños blancos,
y que aquesto le decía:
—¿Duermes o velas, Rodrigo?
—No duermo, le respondía,
pero dime: ¿quién tú eres
que tanto resplandecías?
—San Lázaro soy, Rodrigo,
yo, que a te hablar venía;
yo soy el Gafo a que tú
por Dios tanto bien hacías.
Rodrigo, Dios bien te quiere,
otorgado te tenía
que lo que tú comenzares
en lides, o en otra guisa,
lo cumplirás a tu honra
y crecerás cada día.
De todos serás temido,
de cristianos y morisma,
y que los tus enemigos
empecerte no podrían.
Morirás tu muerte honrada,
no tu persona vencida,
tú serás el vencedor,
Dios su bendición te envía.
En diciendo estas palabras

luego se desaparecía:
levantóse don Rodrigo
y de hinojos se ponía;
dio gracias a Dios del cielo,
también a Santa María;
ansí estuvo en oración
hasta que fuera de día.
Partiérase a Santiago,
su romería cumplía;
de allí se fue a Calahorra
adonde el buen Rey yacía,
muy bien lo había recebido,
holgóse con su venida,
lidió con Martín González,
y en el campo lo vencía.

EL CID GANA CALAHORRA PARA CASTILLA

Sobre Calahorra, esa villa,
contienda se ha levantado,
entre el buen rey de León,
llamado el primer Fernando,
y Ramiro de Aragón
cuyo reino es el nombrado,
que ambos los reyes dicen
que es villa de su reinado.
Por quitar muertes y guerras,
los reyes han acordado
que lidien dos caballeros,
cada uno de su bando;
y el que de aquestos venciese,
que su Rey la haya a su mando.
Fernando nombró a Rodrigo
de Vivar, el muy nombrado;
Ramiro a Martín González,
muy valiente y esforzado.
Armados ambos que son,
en el campo son entrados:
en haciendo la señal,
muy recio se han encontrado;
quebraron ambos las lanzas,
quedaron muy lastimados,

mal feridos de los fierros,
de los encuentros pasados.
Martín le dijo a Rodrigo,
de esta suerte le había hablado:

—Mucho, Rodrigo, vos pese
de haber sido tan osado
de entrar conmigo en batalla
de do saldréis mal pagado;
que aquesa vuesa cabeza
aquí quedará en el campo,
non volveréis a Castilla,
ni a Vivar, el vuestro Estado,
ni Jimena vuestra esposa
jamás vos verá a su lado.

Aunque dicen que la amáis,
y que de ella sois amado.
De las palabras que ha dicho,
mucho a Rodrigo ha pesado,
y con saña muy crecida
ansí le había hablado:

—Sois, Martín, buen caballero,
notad lo por vos hablado,
aquesas vuestras palabras,
no son de hombre esforzado,
que aquesta lid comenzada,
por manos se habrá librado,
non por razones livianas
de que sois tan abastado.

En la mano de Dios es
lo que habéis vos razonado,
y él dará la honra a quien
viere que es bien empleado.

Dijo, y con crecido enojo
para él se fue denodado;
muchas heridas le dio,
en tierra lo ha derribado.

Don Rodrigo se apeó,
la cabeza le ha cortado,
y la sangre de su espada
luego la había limpiado.

Las rodillas por el suelo,
las manos puestas en alto,
muchas gracias daba a Dios

que tal victoria le ha dado;
y díjoles a los jueces,
esto les ha preguntado:
—¿Queda aquí más por hacer
para que sea del reinado
de mi señor, Calahorra,
sobre la que se ha batallado?
Respondieron todos juntos:
—No, caballero esforzado,
que en la batalla pasada
el derecho le es quitado
a Ramiro, aquese rey,
que decía ser de su Estado.
Fernando abrazó a Rodrigo,
tiénenlo por estimado,
del Rey era muy querido,
de todo el mundo loado.

QUEJASE JIMENA AL CID DE QUE LA DEJE PARA ACUDIAR A LAS BATALLAS

¡Al arma, al arma! sonaban
los pífanos y atambores;
guerra, fuego, sangre, dicen
sus espantosos clamores.
El Cid apresta su gente,
todos se ponen en orden,
cuando llorosa y humilde
le dice Jimena Gómez:

*—Rey de mi alma y desta tierra conde,
¿por qué me dejas? ¿adónde vas, adónde?*

Que si eres Marte en la guerra,
eres Apolo en la corte,
donde matas bellas damas
como allá moros feroces;
ante tus ojos se postran
y de rodillas se ponen
los reyes moros y hijas
de reyes cristianos nobles.

*Rey de mi alma y desta tierra conde,
¿por qué me dejas? ¿adónde vas, adónde?*

Ya truecan todos las galas
por lucidos morriones,
por arneses de Milán
los blandos pechos de Londres,
las calzas por duras grebas,
por mallas guantes de flores;
mas nosotros trocaremos
las almas y corazones.

*Rey de mi alma y desta tierra conde,
¿por qué me dejas? ¿adónde vas, adónde?*

Viendo las duras querellas
de su querida consorte,
no puede sufrir el Cid
que no la consuele y llore:
—Enjugad, señora, dice,
los ojos hasta que torne.
Ella mirando los suyos
su pena publica a voces:

*Rey de mi alma y desta tierra conde,
¿por qué me dejas? ¿adónde vas, adónde?*

NUEVAS QUEJAS DE JIMENA POR IGUAL MOTIVO

La noble Jimena Gómez,
hija del conde Lozano,
con el Cid marido suyo
sobremesa están hablando,
triste quejosa y corrida
en ver que el Cid haya dado
en despreciar su compañía
por privarse de soldado,
sospechando que el enojo
del muerto conde Lozano
vengara de nuevo en ella
aunque estaba bien vengado;
y con este sentimiento

en lágrimas amorosas
así le dijo llorando.

—Desdichada la dama cortesana
que casa lo mejor que casar puede,
y dichosa en extremo la aldeana
pues no hay quien de su bien la desherede,
pues si amanece sola a la mañana
no hay suceso a la tarde que la vede
de anochecer al lado de su cuyo;
segura del ausencia y daño suyo,
no la despiertan sueños de pelea
sino el sediento hijuelo por el pecho,
con dársele y brincarle se recrea,
dejándole dormido y satisfecho;
piensa que todo el mundo está en su aldea
y debajo un pajizo y pobre techo,
de dorados palacios no se cura,
que no consiste en oro la ventura.
Viene el disanto y múdase camisa
y la saya de boda, alegremente,
corales y patena por divisa
de gozo y libertad que el alma siente;
vase al solaz con gran contento y risa,
con la vecina encuentra o el pariente,
de cuyas rudas pláticas se goza,
y en años de vejez la juzga moza.

No quiso el Cid que Jimena
se le aqueje y duela tanto,
y en la cruz de su tizona,
espada que ciñe al lado,
le jura de no volver
más al fronterizo campo
y vivir gozando della
y de su noble condado.

ENTRE ESTEBAN DE GORMAZ Y ATIENZA, DERROTA EL CID A LOS MOROS

Muy grandes huestes de moros
a Extremadura corrían:
captivan muchos cristianos,
acorro ninguno habían.
A Rodrigo de Vivar
los acorra le pedían;
don Rodrigo, como bueno,
sus gentes luego apellida.
Amigos son y parientes
todos los que le venían;
en busca va de los moros,
la su seña va tendida.
El iba por capitán,
sobre sí buena loriga,
cabalga sobre Babieca,
placer es de ver cuál iba.
Animando va a los suyos:
—Nadie muestre cobardía,
pues que todos sois hidalgos
de los buenos de Castilla,
muramos como valientes,
aquí es bien perder la vida.
Entre Atienza y San Esteban,
que de Gormaz se decía,
alcanzado habían los moros;
lid campal habían ferida.
Don Rodrigo los venció,
libra la gente captiva,
quitábales los ganados,
siete leguas los seguía;
tantos mató de los moros,
que contarse no podían;
gran haber ganara de ellos,
captivos en demasía;
doscientos son los caballos
que a don Rodrigo cabían;
cien mil marcos el despojo;
él todo lo repartía
entre toda la su gente,

comúnmente, sin codicia.
A Vivar se había tornado
con gran honra que adquiriría;
de todos es muy loado,
y del Rey a maravilla.

CONQUISTA DE COIMBRA CON LA AYUDA DE SANTIAGO APOSTOL

Cercada tiene a Coimbra
aquese buen rey Fernando;
siete años duró el cerco
que jamás lo hubo quitado,
porque el lugar es muy fuerte
de muros bien torreado.
No hay vianda en el real,
que todo lo habían gastado.
Ya quieren alzar el cerco,
al Rey monjes han llegado
de aquese gran monasterio
que nombrado era Lormano,
que con trabajo crecido
habían mucho trigo alzado,
mucho mijo y aun legumbres,
y al Rey todo se lo han dado
rogándole no alce el cerco,
que darían vianda abasto.
El Rey se lo agradeció,
tomó lo que le fue dado,
partiéndolo por sus compañías,
viandas les han abondado;
quebrantaron muchos muros,
los moros se han amistado.
Dádose habían al Rey
la villa y todo su algo;
solo fincan con las vidas,
que el Rey se las ha otorgado.
En tanto que dura el cerco
un romero había llegado,
que viene de allá de Grecia
al apóstol Santiago.
Astianos había por nombre,

obispo es intitulado;
faciendo estaba oración
ante el Apóstol muy santo.
Astianos oyó decir
que el apóstol Santiago
entraba en las grandes lides
armado y en un caballo
a pelear con los moros
en favor de los cristianos.
El obispo que lo oyó
muy mucho le había pesado:
—Non le digáis, caballero,
pescador era llamado.
Y con esta gran porfía
dormido se había quedado;
Santiago se le aparece
con llaves en la su mano,
y con muy alegre rostro
dijo: —Tú faces escarnio
por llamarme caballero,
y en ello tanto has cuidado,
vengo yo ahora a mostrarte
porque no dudes en vano.
Caballero soy de Cristo,
ayudador de cristianos
contra el poder de los moros,
y de ellos soy abogado.
Estando en estas razones
traído le fue un caballo;
blanco era y muy hermoso,
Santiago le ha cabalgado
guarnido de todas armas,
limpias, blancas, relumbrando,
y a guisa de caballero
a ayudar va al rey Fernando,
que yace sobre Coimbra
había ya siete años.
—Y con estas llaves mismas,
dijo, que llevo en mis manos,
abriría yo el lugar;
mañana el día llegado
daréselo yo al Rey,
que lo ha tenido cercado.

Y en aquesta propia hora
al Rey la había entregado.
Nombróse Santa María
la mezquita que han hallado,
consagrándola en su nombre,
y en ella se había armado
caballero don Rodrigo
de Vivar el afamado.
El Rey le ciñó la espada,
paz en la boca le ha dado,
no le diera pescozada
como a otros había dado;
y por hacerle más honra
la Reina le dio el caballo,
y doña Urraca la infanta,
las espuelas le ha calzado.
Novecientos caballeros
don Rodrigo había armado;
mucho honra le hace el Rey
y mucho fuera loado,
porque fuera muy valiente
en ganar lo que es contado,
y en otros muchos lugares
que a su Rey ha conquistado.

EL CID PIDE TRIBUTO AL MORO

Por el val de las Estacas
pasó el Cid a mediodía
en su caballo Babieca
—¡oh, qué bien que parecía!—.
El rey moro que lo supo
a recibirle salía,
dijo: —Bien vengas, el Cid,
buena sea tu venida,
que si quieres ganar sueldo
muy bueno te lo daría
o si vienes por mujer
darte he una hermana mía.
—Que no quiero vuestro sueldo
ni de nadie lo querría,
que ni vengo por mujer,

que viva tengo la mía;
vengo a que pagues las parias
que tú debes a Castilla.
—No te las daré yo, el buen Cid,
Cid, yo no te las daría;
si mi padre las pagó,
hizo lo que no debía.
—Si por bien no me las das,
yo por mal las tomaría.
—No lo harás así, buen Cid,
que yo buena lanza había.
—En cuanto a eso, rey moro,
creo que nada te debía,
que si buena lanza tienes,
por buena tengo la mía;
mas de sus parias al Rey,
a ese buen rey de Castilla.
—Por ser vos su mensajero,
de buen grado las daría.

ROMANCE DEL MORO ABDALLA

Por el val de las Estacas
el buen Cid pasado había,
a la mano izquierda deja
la villa de Constantina.
En su caballo Babieca,
muy gruesa lanza traía,
va buscando al moro Abdalla,
que enojado le tenía.
Travesando un antepecho,
y por una cuesta arriba,
dábale el sol en las armas.
¡Oh qué bien que parecía!
Vido ir al moro Abdalla
por un llano que allí había,
armado de fuertes armas,
muy ricas ropas traía.
Dábale voces el Cid,
de esa manera decía:
—Espéresme, moro Abdalla,
no muestres tu cobardía.

A las voces que el Cid daba
el moro le respondía:
—Muchos tiempos ha, el Cid,
que esperaba yo este día,
porque no hay hombre nacido
de quien yo me escondería;
porque desde mi niñez
siempre hui de cobardía.
—Alabarte, moro Abdalla,
poco te aprovecharía;
mas si eres cual tú hablas
en esfuerzo y valentía,
a tiempo eres venido
que menester te sería.
Estas palabras diciendo
contra el moro arremetía;
encontróle con la lanza,
en el suelo le derriba;
cortárale la cabeza,
sin le hacer cortesía.

EL CID HACE QUE LOS REYES MOROS PRESTEN HOMENAJE AL REY FERNANDO

En Zamora está Rodrigo,
en corte del rey Fernando,
padre del rey sin ventura
a quien llamaron don Sancho,
cuando llegan mensajeros
de los reyes tributarios
a Rodrigo de Vivar,
al cual dicen humillados:
—Buen Cid, a ti nos envían
cinco reyes tus vasallos,
a te pagar el tributo,
que quedaron obligados,
y por señal de amistad
te envían más cien caballos:
veinte blancos como armiños
y veinte rucios rodados,
treinta te envían morcillos,
y otros tantos alazanos,

con todos sus guarnimientos
de diferentes brocados;
y a más a doña Jimena
muchas joyas y tocados,
y a vuestras dos hijas bellas
dos jacintos muy preciados;
dos cofres de muchas sedas
para vestir tus fidalgos.
El Cid les dijera: —Amigos,
el mensaje habéis errado,
porque yo no soy señor
adonde está el rey Fernando:
todo es suyo, nada es mío,
yo soy su menor vasallo.
El Rey agradeció mucho
la humildad del Cid honrado,
y dijo a los mensajeros:
—Decidles a vuestros amos,
que aunque no es rey su señor,
con un rey está sentado,
y que cuanto yo poseo
el Cid me lo ha conquistado,
y que yo estoy muy contento
en tener tan buen vasallo.
El Cid despidió a los moros
con dones que les ha dado,
siendo dende allí adelante
el Cid, Ruiz Díaz llamado,
apellido, entre los moros,
de home de valor y estado.

EL CID Y EL REY ACUDEN A ROMA

Rey don Sancho, rey don Sancho,
cuando en Castilla reinó,
corrió a Castilla la Vieja
de Burgos hasta León,
corrió todas las Asturias
dentro hasta San Salvador,
también corrió a Santillana,
y dentro en Navarra entró,
y a pesar del Rey de Francia

los puertos de Aspa pasó.
Siete días con sus noches
en el campo le esperó,
desque vio que no venía
a Castilla se volvió.
Luego le vinieron cartas
de ese padre de Aviñón,
que se vaya para Roma
y le alzarán emperador;
que lleve treinta de mula
y de caballo que non,
y que no lleve consigo
ese Cid Campeador;
que las cortes estén en paz,
no las revolviese, non.
El Cid cuando lo supo
a las cortes se partió
con trescientos de a caballo,
todos hijosdalgo son.
—Mercedes, buen Rey, mercedes,
otorgádmelas, señor,
que cuando fuereis a Roma
que me llevedes con vos,
que por las tierras do fuéredes
yo sería el gastador:
hasta salir de Castilla
de mis haberes gastando,
cuando fuéremos por Francia
el campo iremos robando,
por ver si algún francés
saldría a demandallo.
A sus jornadas contadas
a Roma se ha llegado,
apeándose ha el buen Rey,
al Papa besó la mano,
también sus caballeros,
que se lo habían enseñado;
no lo hizo el buen Cid,
que no lo habían acostumbrado.
En la capilla de San Pedro
don Rodrigo se ha entrado,
viera estar siete sillas
de siete reyes cristianos;

viera la del Rey de Francia
par de la del Padre Santo
y vio estar la de su Rey
un estado más abajo.
Vase a la del Rey de Francia,
con el pie la ha derrocado,
y la silla era de oro,
hecho se ha cuatro pedazos;
tomara la de su Rey
y subióla en lo más alto.
Ende hablara un duque
que dicen el saboyano:
—Maldito seas, Rodrigo,
del Papa descomulgado,
que deshonoraste a un Rey,
el mejor y más sonado.
Cuando lo oyó el buen Cid
tal respuesta le ha dado:
—Dejemos los reyes, duque,
ellos son buenos y honrados,
y hayámoslo los dos
como muy buenos vasallos.
Y allegose cabe el duque,
un gran bofetón le ha dado.
Allí hablará el duque:
—¡Demándetelo el diablo!
El Papa desde que lo supo,
quiso allí descomulgallo;
don Rodrigo que lo supo
tal respuesta le hubo dado:
—Si no me absolvéis, el Papa,
seriaos mal contado,
que de vuestras ricas ropas
cubriré yo mi caballo.
El Papa desde que lo oyera
tal respuesta le hubo dado:
—Yo te absuelvo, don Rodrigo,
yo te absuelvo de buen grado,
que cuanto hicieres en cortes
seas de ello libertado.

CARTA DE JIMENA AL REY LAMENTANDOSE DE LAS AUSENCIAS DEL CID

En los solares de Burgos,
a su Rodrigo aguardando,
tan en cinta está Jimena
que cedo esperaba el parto,
cuando además dolorida,
una mañana en disanto,
bañada en lágrimas tristes,
tomó la pluma en la mano
y después de haberle escrito
mil quejas a su velado,
bastantes a domeñar
unas entrañas de mármol,
de nuevo tomó la pluma,
y abrió de nuevo el llanto,
y en esta guisa le escribe
al noble rey don Fernando:
"A vos el mi señor Rey,
el bueno, el aventurado,
el magno, el conquistador,
el agradecido, el sabio:
la vuestra sierva Jimena,
hija del conde Lozano,
a quien vos marido distes
bien así como burlando,
desde Burgos os saluda
donde vive lacerando.
Las vuestras andanzas buenas
lléguevoslas Dios al cabo.
Perdonedes, mi señor,
que no tengo pecho falso
y si mal talante os tiene
no puedo disimularlo,
y estoy de vos querellosa,
y os escribo mal mi grado;
magüer que enemiga os tengo,
a fuerza de mis agravios,
respondedme en puridad
con letras de vuestra mano,
aunque vaya mandadero

le pague yo el aguinaldo.
¿Qué ley de Dios vos otorga
que podáis, por tiempo tanto
como hay que fincáis en lides,
descasar a los casados?
¿Qué buena razón consiente
que a un garzón bien dotrinado,
falaguero y humildoso,
le enseñéis a ser león bravo,
y que de noche y de día
le tengades atraillado
sin soltarle para mí
sino una vez en el año?
Y esa vez que le soltáis
hasta los pies del caballo
tan bañado en sangre viene
que pone pavor mirarlo;
y no bien mis brazos toca
cuando se duerme en mis brazos,
y en sueños gime y forceja,
que cuida que está lidiando;
y apenas el alba rompe
cuando le están acuciando
las esculcas y adalides
para que se vuelva al campo.
Lástima tiene de verle
tan extraño y acosado
la su madre y los mis ojos
de tanto llorar cansados;
y aunque cuando desposó
hizo tan buen desposado,
que pasar no le dejastes
tres veces en cuatro mayos.
Si lo hacéis por honrarle,
asaz Rodrigo es honrado,
pues no tiene barba y tiene
cinco reyes por vasallos.
Yo finco, señor, en cinta
y en nueve meses he entrado
y me pueden empecer
las lágrimas que derramo,
que como otro bien no tengo
y me lo habedes quitado

en guisa le lloro vivo
cual si estuviese enterrado;
no permitáis que mal goce
prendas del mejor hidalgo
que sigue cruces bermejas
ni a rey ha besado mano;
doleos noble señor,
de ver que acueste a mi lado
en vez de su mancebía
una vieja y suegra al cabo,
que aunque me muestra cariño,
dos celebros entranzados
mala amistanza mantienen
en un hogar y un estrado.
Dadle mi escrito a las llamas,
no se haga del palacio,
que a malos barruntadores
no me será bien contado,
y enderézame este tuerto,
ya sabéis lo que os demando,
mira que se ofensa el cielo
de hecho tan mal guisado."

RESPONDE EL REY A LA CARTA DE JIMENA

Pidiendo a las diez del día
papel a su secretario,
a las cartas de Jimena
responde el Rey por su mano.
Y después hecha la cruz
con cuatro puntos y un rasgo,
aquellas palabras finca
a guisa de cortesano:
"A vos, la noble Jimena,
la del marido envidiado,
la discreta y homildosa,
la que espera cedo el parto.
El Rey que nunca os tuvo
talante desmesurado,
vos envía aqueste escrito
con fe de quereros tanto.
Que estáis de mí querellosa

decís en vuestro despacho
y que no suelto a Rodrigo
sino una vez en el año.
Y que cuando está con vos,
en lugar de regalaros,
en vuestros brazos se duerme
como viene tan cansado.
Y a no vos tener en cinta
vuestro esposo el alindado,
creyera de su dormir
lo que me habéis contado;
mas pues os tiene, señora,
con el brial levantado,
no ha dormido, cual decís,
si espera en vos mayorazgo.
Que si Rodrigo estuviera
al vuestro llavero atado,
en patrimonio, mi hacienda,
no hubiera sobrepujado.
Si con otros infanzones
se anduviera paseando,
el vuestro San Miguel de oro
no estuviera bien parado.
Y si yo no hubiera puesto
las mis huestes a su cargo,
no fuérades más que dueña
ni él fuera mas que un hidalgo.
Decisme que soy mal Rey,
y que descaso casados,
y que por el mi provecho
no cuido de vuestros daños.
Si supiérades, señora,
que vos quitaba el velado
para mis namoramientos,
fuera bien el lamentarlo.
Mas pues sólo vos le quito
para lidiar en el campo
con los moros convecinos,
no vos hago tanto agravio.
Decís que vuestro Rodrigo
tiene Reyes por vasallos,
ojalá como son cinco
fueran cinco veces cuatro,

porque teniéndolos él
sujetos a su mandado,
mis castillos y los vuestros
no tendrían tantos contrarios.
Decís que entregue a las llamas
las cartas que me habéis dado,
a contener herejías
fueran dignas de tal caso,
mas pues razones contienen
dignas de los siete sabios,
mejor es para mi archivo
que no para el fuego ingrato.
Y porque guardéis la mía
y no la hagáis pedazos,
por ella a lo que pariéredes
le mando buen aguinaldo:
si fuere fijo, darele
una espada y un caballo
y cien mil maravedís
para ayuda de su gasto;
si fuera hija, prometo
de poner su dote en cambio,
desde el día en que naciere,
de plata cuarenta marcos.
Con esto ceso, señora,
mas no de estar suplicando
a la Virgen vos ayude
en los dolores del parto.

JIMENA SALE A MISA DE PARIDA

Salió a misa de parida
a San Isidro en León
la noble Jimena Gómez,
mujer del Cid Campeador.
Para salir, de contray
sus escuderos vistió;
que el vestido del criado
dice quién es el señor.
Un jubón de grana fina
la bella dama sacó,
con fajas de terciopelo

picadas de dos en dos;
de lo mismo una basquiña
con la misma guarnición,
donas que le diera el Rey
el día que se casó;
y con los cabos de plata
un muy rico ceñidor,
que a la Condesa su madre
el Conde en donas le dio.
Lleva una cofia de papos
de riquísimo valor,
que le dio la infanta Urraca
el día que se veló;
dos patenas lleva al cuello
puestas con mucho primor,
con San Lázaro y San Pedro,
Santos de su devoción;
y los cabellos, que al oro
disminuyen su color,
a las espaldas echados,
de todos echo un cordón.
Lleva un manto de contray,
porque las dueñas de honor
mientras mas cubren su rostro,
más descubren su opinión.
Tan hermosa iba Jimena
que suspenso quedó el sol
en medio de su carrera
por podella ver mejor;
y a la entrada de la Iglesia
al rey Fernando encontró,
que para metella dentro
de la mano la tomó.
Dijo el Rey: —Noble Jimena,
pues es el Cid Campeador
vueso dichoso marido
y mi vasallo el mejor,
que por estar en las lides
hoy de la iglesia faltó,
a falta del brazo suyo
yo vuestro bracero soy;
y a aquesa fermosa Infanta
que el cielo divino os dio,

mando mil maravedís
y mi plumaje el mejor.
Non le agradece Jimena
al Rey tanto su favor,
que le ocupa la vergüenza
y a sus palabras la voz.
Las manos quiso Jimena
besarle, y él las huyó;
acompañóla en la iglesia,
y a su casa la volvió.

QUEJAS DE DOÑA URRACA PORQUE SU PADRE LA DEJA DESHEREDADA

Acababa el rey Fernando
de distribuir sus tierras,
cercano para la muerte
que le amenaza de cerca,
cuando por la sala triste,
de negro luto cubierta,
la olvidada infanta Urraca
vertiendo lágrimas entra;
delante su padre el Rey
con debida reverencia,
de hinojos ante la cama,
las manos le pide y besa:
—Entre divinas y humanas
¿qué ley, padre, vos enseña
por mejorar a los homes
desheredar a las hembras?
Que non es derecho, no,
ni es posible que lo sea,
pudiendo ganarlo en lides
deis a los hombres hacienda.
Pues si esto es así,
¿qué culpa me deshereda?
¿Qué desacato os hice
que yo tal culpa merezca?
A Alfonso, Sancho y García,
que están en vuestra presencia,
les dais todos los haberes
y de mí no se os miembra.

No debo ser vuestra hija
que os causara, si lo fuera,
a tener de mí memoria
la misma naturaleza.
Si legítima no soy,
magüer que bastarda fuera
de alimentar los mestizos
debéis de naturaleza.
En traje de peregrina
partiré, mas haced cuenta
de lo que podré hacer
sin varón y sin hacienda.
Sangre noble me acompaña
mas cuido que mi nobleza
como extraña olvidaré
pues como extraño me dejás.
Si tierras no me dejáis
yo me iré a las ajenas
y por negar vuestro tuerto
negaré ser hija vuestra.

OTRO ROMANCE DE LA MUERTE DEL REY DON FERNANDO PRIMERO

Doliente estaba, doliente,
ese buen rey don Fernando;
los pies tiene cara oriente
y la candela en la mano.
A la cabecera tiene
los sus hijos todos cuatro.
Los tres eran de la reina
y el uno era bastando,
ese que bastardo era
quedaba mejor librado:
arzobispo es de Toledo,
y en las Españas perlado.
—Si yo no muriera, hijo,
vos fuérades Padre Santo,
mas con la renta que os queda
bien podréis, hijo, alcanzarlo.

QUEJAS DE DOÑA URRACA

—Morir vos queredes, padre,
San Miguel vos haya el alma;
mandaste las vuestras tierras
a quien se vos antojara:
a don Sancho a Castilla,
Castilla la bien nombrada,
a don Alonso a León,
y a don García a Vizcaya.
A mí, porque soy mujer,
dejaisme desheredada;
irme he yo por esas tierras
como una mujer errada,
y este mi cuerpo daría
a quien se me antojara,
a los moros por dineros
y a los cristianos de gracia;
de lo que ganar pudiere
haré bien por la vuestra alma.

—Callede, hija, callede,
no digades tal palabra,
que mujer que tal decía
merecía ser quemada.
Allá en Castilla la Vieja
un rincón se me olvidaba.
Zamora había por nombre,
Zamora la bien cercada,
de una parte la cerca el Duero,
de otra, Peña Tajada,
de la otra, la Morería:
¡una cosa muy preciada!
¡Quien vos la tomare, hija,
la mi maldición le caiga!
Todos dicen amen, amen,
sino don Sancho, que calla.

RESPUESTA DEL REY FERNANDO Y DONACION DE ZAMORA

Atento escucha las quejas
de su hija doña Urraca
el noble rey don Fernando,
desahuciado en la cama.
A sus libertades locas
va a responder y no habla,
que enmudece hasta en los reyes
una mujer libertada.
Mas por poder, juntamente,
reprehenderla y remediarla
arrancó palabras antes
que se le arrancase el alma:
—Si cual lloras por hacienda
por la mi muerte lloraras
no cuido, querida hija,
que el vivir se me otorgara.
¿Qué lloras, loca mujer,
por las tenencias humanas,
pues ves de que todas ellas
solo llevo hoy la mortaja?
Confieso que eres mi hija
pero saliste liviana,
en liviandades pensé
al punto que te engendrara;
parióte madre honrosa
pero entregáronte a un ama,
que en las palabras demuestras
que era la leche villana;
dices que a tierras ajenas
irás pero no me espanta
que las que se van de lengua
a ser infames se vayan.
Desque parta iré derecho
a la celestial morada,
pues me han sido purgatorio
el fuego de tus palabras.
No envidies a tus hermanos
como no atiendes, cuitada,
que con hacienda les dejo

obligación de guardarla;
ellos con mucho están pobres
y tú estás rica sin nada,
porque las nobles mujeres
entre paredes se pasan.
Por el restante de vida
que me resta rindo gracias,
pues sólo en ello consiste
el dejar tú de ser mala.
No quiero dejarte pobre
porque lo dicho no hagas,
porque aunque noble eres
mujer y determinada;
mas por si puedo atajar
mi descuido y tu desgracia,
detrás las mandas que he hecho
quiero hacer otra manda:
Por tuya dejo a Zamora,
bien guarnida y torreada,
que para tus desvarios
importan fuertes murallas;
hombres buenos tiene dentro
para servirte y guardarla,
de sus consejos te fía
y de mis tesoros gasta;
quien te la quitare, hija,
la mi maldición le caiga.
Todos dicen amen, amen,
sino es don Sancho que calla.
Juramento tiene hecho
sobre la cruz de su espada
que antes de la media noche
de tenérsela quitada.

REINADO DE SANCHE II Y CERCO DE ZAMORA

BATALLA ENTRE LOS REYES DE CASTILLA Y DE LEON

Entre dos reyes cristianos
hay muy grande división,
don Sancho rey de Castilla
y don Alonso de León.
Don Sancho dice que el reino
le viene por sucesión;
don Alonso lo defiende
y estase en la posesión.
No le pueden poner treguas
cuantos en la corte son,
perlados ni ricos hombres,
ni monjes de religión;
el hecho se pone en armas
y con esta condición:
que el reino pierda el vencido
sin haber más redención.
Ya juntadas las batallas,
ya trabada es la quistión,
juntáronse en las vegas,
en las vegas de Carrión.
Los leoneses pelean
como hombres de razón,
los castellanos van malos,
venido han en perdición,

todos iban de huida
sin ninguna ordenación.
Don Alonso es piadoso
de su misma inclinación,
no quiso seguir el alcance,
movido de compasión.
Ellos en aquesto estando
asomado había un pendón,
todo de seda bermeja
y de oro la guarnición,
una cruz traía en medio verde,
que traía por devoción;
castellanos eran todos,
castellanos de nación:
el Cid y la su gente
era aquella guarnición,
que no se halló en la batalla
porque tuvo ocupación.
Don Sancho desde que lo vido
tomado ha gran consolación.
Dan sobre los leoneses
que están sin avisación,
prendieron al rey don Sancho
metido le han en prisión.
Llevándolo así preso
llegó el Cid a la sazón,
habló como caballero,
muy allegado a la razón:
—Escuchadme, caballeros,
sea esta la conclusión:
dadnos nuestro Rey vosotros
y con buena bendición,
y vos daremos el vuestro
luego sin más dilación.
Los leoneses no quisieron,
con gran orgullo y presunción,
teniendo su rey ser muerto
y que aquello era traición.
Entonces el Cid en ellos
hizo grande destrucción;
a su Rey ha delibrado
y a ellos puso en confusión.
Preso llevan al rey don Alfonso

que era verlo compasión,
metido le han en grillos
sin más consideración.

ALFONSO, PRISIONERO DE SU HERMANO SANCHO II

Rey don Sancho, rey don Sancho,
cuando en Castilla reinó,
le salían las sus barbas
y cuan poco las logró.
A pesar de los franceses
los puertos de Aspa pasó,
siete días con sus noches
en campo los aguardó,
y viendo que no venían
a Castilla se volvió.

Matara al conde de Niebla
y el condado le quitó,
y a su hermano don Alonso
en las cárceles lo echó,
y después que lo echara
mandó hacer un pregón:
que el que rogase por él
que lo diesen por traidor.

No hay caballero ni dama
que por él rogase, no,
si no fuera una su hermana
que al Rey se lo pidió:

—Rey don Sancho, rey don Sancho,
mi hermano y mi señor,
cuando yo era pequeña
prometísteme un don,
agora que soy crecida
otórgamelo, señor.

—Pedidle vos, mi hermana,
mas con una condición:
que no me pidáis a Burgos,
a Burgos ni a León,
ni a Valladolid la rica,
ni a Valencia de Aragón;
de todo lo otro, mi hermana,

no se os negará, no.
—Que no os pido yo a Burgos,
a Burgos ni a León,
ni a Valladolid la rica,
ni a Valencia de Aragón;
mas pidoos a mi hermano,
que lo tenéis en prisión.
—Pláceme, dijo, hermana;
mañana os lo daré yo.
—Vivo lo habéis de dar, vivo;
vivo, que no muerto, no.
—Mal hayas tú, mi hermana,
y quien tal te aconsejó;
que mañana de mañana
muerto te lo diera yo.

RODRIGO CONTRADICE LAS INTENCIONES REIVINDICATORIAS DE SANCHE II

¡Rey don Sancho, rey don Sancho,
ya que te apuntan las barbas,
quien te las vido nacer
no te las verá logradas!
Aquestos tiempos andando
unas cortes ordenara,
y por todas las sus tierras
enviaba las sus cartas;
las unas iban de ruego,
las otras iban con saña,
a unos ruega que vengan,
a otros amenazaba.
Ya que todos son llegados,
de esta suerte les hablara:
—Ya sabéis, los mis vasallos,
cuando mi padre finara,
cómo repartió sus tierras
a quien bien se le antojara:
las unas dio a doña Elvira,
las otras a doña Urraca,
las otras a mis hermanos;
todas estas eran mías
porque yo las heredaba.

Ya que yo se las quitase
ningún agravio aquí usaba,
porque quitar lo que es mío
a nadie en esto dañaba.
Todos miraban al Cid
por ver si se levantaba
para que responda al Rey
lo que en esto le agradaba.
El Cid, que ve que le miran,
de esta suerte al Rey habla:
—Ya sabéis, Rey mi señor,
como cuando el Rey finara
hizo hacer juramento
a cuantos allí se hallaban,
que ninguno de nosotros
fuese contra lo que él manda,
y que ninguno quitase
a quien él sus tierras daba.
Todos dijimos amen,
ninguno lo rehusara;
pues ir contra el juramento
no haya ley que lo manda.
Mas si vos queréis, señor,
hacer lo que os agradaba,
nos no podemos dejar
de obedecer vuestra manda;
mas nunca se logran hijos
que al padre quiebran palabra,
ni tampoco tuvo dicha
en cosa que se ocupaba,
nunca Dios le hizo merced
ni es razón que se la haga.

ROMANCES VARIOS DEL CERCO DE ZAMORA

Apenas era el Rey muerto
Zamora ya está cercada;
de un cabo la cerca el Rey,
del otro el Cid la cercaba.
Del cabo que el Rey la cerca
Zamora no se da nada;
del cabo que el Cid la aqueja,

Zamora ya se tomaba.
Doña Urraca en tanto aprieto
asomóse a una ventana,
y allí de una torre mocha
estas palabras hablaba:

* * *

—Afuera, afuera, Rodrigo,
el soberbio castellano;
acordársete debería
de aquel buen tiempo pasado
cuando fuiste caballero
en el altar de Santiago,
cuando el Rey fue tu padrino,
tú, Rodrigo, el afijado;
yo te calcé las espuelas
porque fueses más honrado;
que pensé casar contigo,
no lo quiso mi pecado;
casaste con Jimena Gómez,
fija del conde Lozano,
con ella hubiste dineros,
conmigo hubieras Estado.
Bien casaste tú, Rodrigo,
muy mejor fueras casado;
dejaste fija de Rey
por tomar de su vasallo.

—Si os parece, mi señora,
bien podemos castigallo.

—Mi ánima penaría
si yo fuese en discrepallo.

—Afuera, afuera, los míos,
los de a pie y de a caballo,
pues de aquella torre mocha
una vira me han tirado.
No traía el asta fierro,
el corazón me ha pasado,
ya ningún remedio siento
sino vivir más penado.

* * *

Llegado es el rey don Sancho
sobre Zamora, esa villa,
muchas gentes trae consigo,
que haberla mucho quería.
Caballero en un caballo,
y el Cid en su compañía,
andábala alrededor,
y el Rey así al Cid decía:
—Armada está sobre peña
Tajada toda esta villa,
los muros tiene muy fuertes,
torres ha en gran demasía,
Duero la cercaba al pie,
fuerte es a maravilla,
no bastan a la tomar
cuantos en el mundo había;
si me la diese mi hermana
mas que a España la querría.
Cid, a vos crió mi padre,
mucho bien fecho os había:
fizoos mayor de su casa
y caballero en Coimbra,
cuando la ganara a moros.
Cuando en Cabezón moría,
a mí y a los mis hermanos
encomendado os había;
jurámosle allí en sus manos
facervos merced cumplida.
Ficeos mayor de mi casa,
gran tierra dado os tenía
que vale más que un condado
el mayor que hay en Castilla.
Yo vos ruego, don Rodrigo,
como amigo de valía,
que vayades a Zamora
con la mi mensajería,
y a doña Urraca, mi hermana,
decid que me dé esa villa
por gran haber, o gran cambio,
como a ella mejor sería.
A Medina de Rioseco
yo por ella la daría,
con todo el Infantazgo;

y también le prometía
a Villalpando y su tierra,
o Valladolid la rica,
o a Tiedra, que es buen castillo;
y juramento le haría
con doce de mis vasallos
de cumplir lo que decía;
y si no lo quiere hacer,
por fuerza la tomaría.
El Cid le besó la mano,
del buen Rey se despedía;
llegado había a Zamora
con quince de su compañía.

* * *

Entrado ha el Cid en Zamora,
en Zamora, aquesa villa,
llegado ha ante doña Urraca
que muy bien lo recibía.
Dicho le había el mensaje
que para ella traía,
doña Urraca que lo oyó
muchas lágrimas vertía,
diciendo: —¡Triste cuitada!
Don Sancho, ¿qué me quería?
No cumpliera el juramento,
que a mi padre fecho había:
que aun apenas fuera muerto,
a mi hermano don García
le tomó toda su tierra
y en prisiones lo ponía,
y cual si fuese ladrón
agora en ellas yacía.
También a Alfonso, mi hermano,
su reino se lo tenía:
huyóse para Toledo,
con los moros está hoy día.
A Toro tomó a mi hermana,
a mi hermana doña Elvira;
tomarme quiere a Zamora,
¡Gran pesar yo recibía!
Muy bien sabe el rey don Sancho

que soy mujer femenina,
y non lidiaré con él,
mas a furto o paladina
yo haré que le den la muerte,
que muy bien lo merecía.
Levantóse Arias Gonzalo
y respondido la había:
—Non lloredes vos, señora,
yo por merced os pedía,
que a la hora de la cuita
consejo mejor sería
que non acuitarvos tanto,
que gran daño a vos vendría,
hablad con vuestos vasallos,
decid lo que el Rey pedía,
y si ellos lo han por bien
dadle al Rey luego la villa;
y si non les pareciere
facer lo que el Rey pedía,
muramos todos en ella,
como manda la hidalguía.
La Infanta tuvo por bien
facer lo que le decía;
sus vasallos la juraron
que antes todos morirían
cercados dentro en Zamora
que no dar al Rey la villa.
Con esta respuesta el Cid
al buen Rey vuelto se había;
el Rey cuando aquesto oyó
al buen Cid le respondía:
—Vos aconsejasteis, Cid,
no darme lo que quería,
porque vos criasteis dentro
de Zamora aquesa villa;
y a no ser por la crianza
que en vos mi padre facía,
luego os mandara enforcar;
mas de hoy en noveno día
os mando vais de mis tierras
y del reino de Castilla.

* * *

El Cid fue para su tierra,
con sus vasallos partía
para Toledo, do estaba
Alfonso cuando fuía.
Los condes y ricos-homes
al rey don Sancho decían
no perdiese tal vasallo
y de tanta valentía
como es Ruy Díaz el Cid,
que es muy grande su valía.
El Rey vido que es muy bien
facer lo que le decían,
y hablando a Diego Ordóñez
mandóle que al Cid le diga
que se venga luego a él
que como bueno lo haría,
y que le haría el mayor
de los que en su casa había.
Ordoño fue tras del Cid,
su mensaje le decía;
el Cid se había aconsejado
con los suyos que tenía,
si haría lo que el Rey manda,
su parecer les pedía.
Que se vuelva al Rey dijeron,
pues su disculpa le envía;
el Cid con ellos se vuelve,
el Rey cuando lo sabía
dos leguas salió a él,
quinientos van en su guía.
El Cid cuando vido al Rey
de Babiaca descendía,
besóle luego las manos,
para el real se volvía,
y todos los castellanos
gran placer con él habían.

* * *

Riberas del Duero arriba
cabalgan dos zamoranos
en caballos alazanes
ricamente enjaezados.

Fuertes armas traen secretas
y encima sus ricos mantos,
con sendas lanzas y adargas,
como hombres enemistados.
—A grandes voces oímos
estándonos desarmando,
si habría, dos para dos,
caballeros zamoranos
que quisiesen tomar lid
con otros dos castellanos.
Y los que las voces daban
padre e hijo son entrambos,
padre e hijo son los hombres,
padre e hijo los caballos.
Dicen que es don Diego Ordóñez
y su hijo don Fernando,
aquel que retó a Zamora
por la muerte de don Sancho,
cuando el traidor de Bellido
le mató con un venablo.
Y al pasar de la puente
el padre al hijo ha hablado:
—No sé si oíste, hijo,
a las damas que han hablado.
—Muy bien las oí, señor,
lo que estaban razonando,
que las ancianas decían
¡Oh, qué mozo tan lozano!
Palabras de gran soberbia
entre sí van razonando,
que si caso se ofreciese
habiendo ruido en el campo,
que se matarían con tres
y lo mismo harían con cuatro,
y si les saliesen cinco
que no les huirían el campo;
con tal que no fuesen primos
ni menos fuesen hermanos
ni de las tiendas del Cid
ni de sus paniaguados,
de la casa de los Arias
salgan seis más esforzados.
No faltó quien lo ha oído

de los que andan por el campo,
oíolos ha Gonzalo Arias,
hijo de Arias Gonzalo.
Siete caballeros vienen,
todos siete bien armados,
cubiertos de sus escudos,
las lanzas van blandiendo,
y traen por apellido
a San Jorge y Santiago.
—¡Mueran, mueran los traidores,
mueran o dejen el campo!
Al encuentro les salieron
don Ordoño y don Fernando;
a los primeros encuentros
don Ordoño mató cuatro,
don Fernando mató dos
y el otro les huyó el campo.
Por aquel que se les iba
las barbas se van mesando;
preguntara el padre al hijo:
—Decí, hijo, ¿estáis llagado?
—Eso os pregunto, señor;
que no estoy yo sino sano.
—Siempre lo tuviste, hijo,
ser muy flojo en el caballo;
cuando habéis de cabalgar
cabalgáis trasero y largo.
Yo, viejo, de años setenta,
a mis pies estaban cuatro;
y vos, de los veinticinco,
matáis dos, váseos un gato.

* * *

Junto al muro de Zamora
vide un caballero erguido,
armado de todas piezas,
sobre un caballo morcillo,
a grandes voces diciendo:
—Vélese bien el castillo,
que al que hallare velando
ayudarle he con mi grito,
y al que hallare durmiendo

echarle he de arriba vivo;
 pues por la honra de Zamora
 yo soy llamado y venido;
 si hubiere algún caballero,
 salga hacer armas conmigo,
 con tal que no fuese el Cid
 ni Bermúdez, su sobrino.
 Las palabras que decía
 el buen Cid las ha oído.
 —¿Quién es ese caballero
 que hace el tal desafío?
 —Ortuño me llamo, Cid,
 Ortuño es mi apellido.
 —Acordársete debría, Ortuño,
 de la pasada del río,
 cuando yo vencí los moros
 y Babieca iba conmigo;
 en aquestos tiempos tales
 no eras tan atrevido.
 Ortuño, desde esto oyera,
 desta suerte ha respondido:
 —Entonces era novel,
 agora soy más crecido,
 y usando, buen Cid, las armas
 me he hecho tan atrevido.
 Mas no desafío yo a ti
 ni a Bermúdez, tu sobrino,
 porque os tengo por señores
 y me tenéis por amigo;
 mas si hay otro caballero,
 que salga hacer armas conmigo,
 que aquí en el campo le espero
 con mis armas y rocino.

ROMANCES DE LA MUERTE DEL REY DON SANCHO

—Rey don Sancho, rey don Sancho,
 no digas que no te aviso
 que de dentro de Zamora
 un alevoso ha salido:
 llámase Bellido Dolfos,
 hijo de Dolfos Bellido,

cuatro traiciones ha fecho,
y con esta serán cinco.
Si gran traidor fue el padre,
mayor traidor es el fijo.
Gritos dan en el real,
que a don Sancho han malherido:
muerto le ha Bellido Dolfos,
gran traición ha cometido.
Desque lo tuviera muerto,
metióse por un postigo,
por las calles de Zamora
va dando voces y gritos:
—Tiempo era, doña Urraca,
de cumplir lo prometido.

* * *

De Zamora sale Dolfos
corriendo y apresurado,
huyendo va de los hijos
del buen viejo Arias Gonzalo;
y en la tienda del buen Rey
en ella se había amparado:
—Manténgate Dios, señor.
—Bellido, seas bien llegado.
—Señor, tu vasallo soy,
tu vasallo y de tu bando;
y yo por aconsejarle
a aquel viejo Arias Gonzalo
que te entregase a Zamora,
pues que te había quedado
hame querido matar
y dél me soy escapado.
Así me vengo, señor,
por ser en vuestro mandado,
con deseo de serviros
como cualquier fijodalgo.
Y os entregaré a Zamora,
aunque pese a Arias Gonzalo,
que por un falso postigo
en ella serás entrado.
El buen Arias, de leal,
al Rey había avisado

desde encima del adarve,
estas palabras ha hablado:
—A ti lo digo, el buen Rey,
y a todos tus castellanos,
que allá ha salido Bellido,
que es un traidor malvado,
que si traición vos ficiere
a nos non sea imputado.
Oídolo había Bellido,
que al Rey tiene por la mano:
—Non lo creades, señor,
lo que contra mí ha fablado.
Que don Arias lo publica
porque el lugar no sea entrado,
porque él sabe que sé
por donde será tomado.
Allí fablara el buen Rey
de Bellido confiado:
—Yo lo creo bien, Bellido
el Dolfos, mi buen criado;
por tanto, nos vamos luego
a ver el postigo falso.
—Vámonos luego, señor,
id solo, no acompañado.
Apartados del real,
el buen Rey se había apartado
con voluntad de facer
lo que a nadie es excusado;
el venablo que llevaba
a Bellido se lo ha dado,
el cual desque allí lo vido,
como lo vio descuidado,
enertóse en los estribos,
con fuerza se lo ha tirado;
y dióle por las espaldas,
y a los pechos ha pasado.
Y así cayó luego el Rey
muy mortalmente llagado.
Visto lo había Rodrigo,
del real los ha mirado,
luego conoció lo que era
cabalgara en su caballo;
con la priesa que tenía

espuelas no se ha calzado.
Huyendo iba el traidor,
tras él iba el castellano,
si apriesa había salido,
a mayor se había entrado;
Rodrigo que ya llegaba,
y el Dolfos que estaba en salvo;
maldiciones que se echaba
el nieto de Laín Calvo:
—Maldito sea el caballero
que como yo ha cabalgado,
que si yo espuelas trujera,
no se me fuera el malvado.
Todos van a ver al Rey,
que mortal estaba echado,
todos le dicen lisonjas,
nadie verdad ha hablado,
sino fue el conde de Cabra,
un buen caballero anciano:
—Sois mi rey y mi señor,
y yo soy vuestro vasallo;
cumple que miréis por vos,
que es verdad lo que vos fablo,
que del ánima curedes,
del cuerpo non tengáis caso;
a Dios vos encomendad,
pues fue este día aciago.
—Buena ventura hayas, Conde,
que así me has aconsejado.
En diciendo estas palabras,
el alma a Dios ha dado.
De esta suerte murió el Rey
por haberse confiado.

* * *

Con el cuerpo que agoniza,
despidiéndose del alma,
diciendo tales razones
que tierna lástima causan,
el malogrado don Sancho
a vista del cerco estaba,
que si lejos estuviera

fuera de más importancia.
Muerto le deja un traidor,
que siempre tuvo esta fama,
movido de su albedrío,
que a un traidor esto le basta,
por fiarse de su abrigo
y de su alevosa traza,
que quien de traidores fía
en tales sucesos para.
A su malograda muerte
el famoso Cid se halla,
que si en vida le creyera,
un mundo no le matara.
Viendo el caso desastrado
de tan notable desgracia,
y viendo blandir no puede
contra Zamora la lanza,
por el juramento fecho
con que las manos le ata,
que aunque la razón le fuerza,
mira a Dios y a su palabra,
quiere acudir al remedio,
y allí el remedio le falta;
porque, aunque está allí el difunto,
ve que está ausente la causa.
Unas veces se enternece,
otras suspira y repara,
otras le mira y revuelve,
y viéndole muerto, calla.
Ya fía, ya desconfía
viendo que el hablar le falta,
y aunque revuelto en su sangre,
así le dice y abraza:

—Famoso Rey, que ya la tierra fría
triunfa de tu valor y brazo fuerte,
de quien el mundo todo se temía,
procurando rendido obedecerte;
¿De qué te aprovechó tu valentía?
Pues por tu dura y por tu avara suerte
vencido quedas en la tierra dura
con muy extraña y grave desventura.

Miraras Rey, que al fin era tu hermana
la que su casa y tierra defendía,

y la razón que el Cid, aunque liviana,
te dijo para el fin de esta porfía;
agora quedará leda y ufana
viendo muerto a quien tanto la ofendía,
tendido en esta tierra fría y dura
con tan extraña y grave desventura.

Estas razones le dijo,
y el tierno llanto le ataja,
y así muerto como está
le respeta y se avasalla.
Metén al cuerpo en su tumba
para que le den mortaja,
dando traza en su real
para la justa venganza.

ROMANCES DEL RETO A ZAMORA

Después que Bellido Dolfos,
aquel traidor afamado,
derribó con cruda muerte
al valiente rey don Sancho,
se allegan en una tienda
los mayores de su campo.
Júntase todo el real
como estaba alborotado
de ver el venablo agudo
que a su Rey ha traspasado.
No se lo quieren sacar
hasta que haya confesado,
y ese conde don García,
que de Cabra era llamado,
viendo de tal modo al Rey
de esta manera le ha hablado:
—¡Oh Rey, en quien yo tenía
la esperanza de mi estado!
Véote tan malherido
que remedio no he hallado
sino sólo encomendarte
a lo que eres obligado;
toma cuenta a tu conciencia
y mira en lo que has errado
contra aquel alto Señor

que te puso en tal estado.
Al cuerpo no busques cura,
porque su tiempo es pasado,
ya son tus días cumplidos,
ya tu plazo es allegado,
paga lo que te obligaste
cuando fuiste bautizado.
La muerte, sierva y señora,
no te da más largo plazo,
no consiente apelación
sino que pagues de grado.
Cumple curar de tu alma,
del cuerpo no hayas cuidado.
Respondió en aquesto el Rey,
todo en lágrimas bañado,
temblando tiene la lengua
y el gesto tiene mudado:
—Bien andante seades, conde,
y en armas aventurado,
en todo habláis muy bien,
buen consejo me habéis dado.
Yo bien sé cual es la causa
que en tal punto soy llegado,
por pecados cometidos
al inmenso Dios sagrado,
y también fue por la jura
que a mi padre hube quebrado
en cercar esta ciudad
que a mi hermana hubo dejado.
A Dios encomiendo el alma
pues que estoy en tal estado,
traedme los sacramentos
porque está a muerte llegado.
Y así se salió el alma
y el cuerpo se le ha enfriado.
En aquesto sus vasallos
a Zamora han enviado
aquese Diego Ordóñez,
un caballero estimado,
a decir a los vecinos
como a su Rey ha matado
el falso Bellido Dolfos,
vasallo del rey don Sancho;

por tanto que desafia
al traidor de Arias Gonzalo
y a todos los zamoranos,
pues en ella se han hallado,
y a los panes, y a las aguas,
y a lo que no está criado,
y aun a todos los nacidos
que en Zamora son hallados,
y a los grandes y pequeños
aunque no sean engendrados.

* * *

Arias Gonzalo responde
diciendo que ha mal hablado;
mandan asignar varones
que juzguen en este caso;
doce salen de Zamora
y otros doce van del campo.
Arias Gonzalo se armaba
para combatir el pacto,
consigo van cuatro hijos
que en el mundo Dios le ha dado.
A todos los de Zamora
de esta manera ha hablado:
—Varones de gran estima,
los pequeños y de estado,
si hay alguno entre vosotros
que en esto se halla hallado,
dígalo muy prestamente,
de decillo no haya empacho,
que más quiero irme de esta tierra
en Africa desterrado,
que no en campo ser vencido
por alevoso y malvado.
Todos dicen prestamente
sin alguno estar callado:
—Mal fuego nos queme, conde,
si en tal muerte hemos estado;
no hay en Zamora ninguno
que tal hubiese mandado;
el traidor Bellido Dolfos
por sí solo lo ha acordado;

bien podéis vos ir seguro,
id con Dios, Arias Gonzalo.

* * *

Ya cabalga Diego Ordóñez,
del real se había salido
de dobles piezas armado
en un caballo morcillo;
va a reptar a los zamoranos
por la muerte de su primo,
que mató Bellido Dolfos,
hijo de Dolfos Bellido.

—Yo os riepto, zamoranos,
por traidores fementidos,
riepto a todos los muertos
y con ellos a los vivos;
riepto hombres y mujeres,
los por nascer y nascidos;
riepto a todos los grandes,
a los grandes y los chicos,
a las carnes y pescados,
a las aguas de los ríos.
Allí habló Arias Gonzalo,
bien oiréis lo que hubo dicho:

—¿Qué culpa tienen los viejos?

¿Qué culpa tienen los niños?

¿Qué merecen las mujeres,

y los que no son nascidos?

¿Por qué rieptas a los muertos,
los ganados y los ríos?

Bien sabéis vos, Diego Ordóñez,
muy bien lo tenéis sabido,
que aquel que riepta concejo
debe de lidiar con cinco.

Ordóñez le respondió:

—Traidores heis todos sido.

* * *

Después que retó a Zamora
don Diego Ordóñez de Lara,
vengador noble y valiente

del rey Sancho, que Dios haya,
su consejo tiene junto
en palacio doña Urraca,
por su hermano dolorida,
por su reto lastimada.
Y como la vil envidia,
cuanto no merece, tacha
de la virtud enemiga,
peligro de la privanza,
murmuraba maldiciente
de Arias Gonzalo que falta,
sospechando falsamente
que es por mengua su tardanza.
A aquellos que lo calumnian,
empuñando la su espada,
denodado les responde
Nuño Cabeza de Vaca:
—Aquel civil que presuma
temor, bajeza o fe mala
de Arias Gonzalo mi tío,
miente, miente por la barba;
y el que negare el respeto
a sus venerables canas,
a mí que las reverencio
me ponga la tal demanda.
Estando en esto, el buen viejo
entró grave por la sala,
arrastrando grande luto,
haciendo sus hijos plaza.
La mano a la Infanta pide,
mesura fizo a la Infanta,
saludó a los homes buenos,
y de esta suerte les fabla:
—Noble Infanta, leal concejo,
don Diego Ordóñez de Lara,
que para buen caballero
este apellido le basta,
en vez del Cid don Rodrigo,
que con vos juró alianza,
por la pro de su rey muerto
con infame reto os carga.
A vuestro cabildo vengo,
con estos cuatro en compañía,

ciudadanos, hijos míos,
de Laín Calvo sangre honrada.
Tardéme un poco en venir,
que pláticas no me agradan
cuando los negocios piden
obras, valor y venganza.
A una el viejo y sus hijos
los largos capuces rasgan
quedando en armas lucidas;
lloró de nuevo la Infanta,
los viejos graves se admiran,
los mozos se avergonzaban,
porque todos daban voces,
y nadie quien lidie daba.
Arias Gonzalo prosigue
diciendo: —Recibe, Urraca,
mis canas para consejo,
mis hijos para batalla;
dales tu mano, señora,
que su juventud lozana
será invencible, si fuere
de tu mano real tocada.
Honrar a la gente buena,
y esotra común pagarla,
le cumple al rey, que desea
domeñar fuerzas contrarias;
y con sangre de don Diego
que se quite aquella mancha
que a ti y a tu pueblo reta
con tan insufrible infamia;
y si esta sangre, que es buena
y se ha de vender muy cara,
faltare, su muerte honrosa
viva mantendrá su fama.
Yo seré el quinto y primero
que volveré por la causa,
aunque mi vejez parezca
mocedad noble afrentada.
Al campo me voy, señora,
no me deis por esto gracias,
que el buen vasallo, al buen rey
debe hacienda, vida y fama.

* * *

El hijo de Arias Gonzalo,
el mancebito Pedro Arias,
para responder a un reto
velando estaba unas armas:
era su padre el padrino,
la madrina doña Urraca,
y el obispo de Zamora
es el que la misa canta.
El altar tiene compuesto,
y el sacristán perfumaba
a San Jorge y San Román,
y a Santiago el de España;
estaban sobre la mesa
las nuevas y frescas armas,
dando espejos a los ojos
y esfuerzo a quien las miraba.
Salió el Obispo vestido,
dijo la misa cantada,
y el arnés pieza por pieza
bendice, y arma a Pedro Arias:
enlázale el rico yelmo,
que como el sol relumbraba,
relevado de mil flores,
cubierto de plumas blancas.
Al armarle caballero
sacó el padrino la espada,
dándole con ella un golpe
le dice aquestas palabras:
—Caballero eres, mi hijo,
hidalgo y de noble casta,
criado en buenos respetos
desde los pechos del ama;
hágate Dios tal que seas
como yo deseo que salgas,
en los trabajos sufrido,
esforzado en las batallas,
espanto de tus contrarios,
venturoso con la espada,
de tus amigos y gentes
muro, esfuerzo y esperanza.
No te agrades de traidores
ni les mires a la cara;
de quien de ti se fiare

no le engañes, que te engañas;
perdona al vencido triste
que no puede tomar lanza,
no des lugar que tu brazo
rompa las medrosas armas;
mas en tanto que durare
en tu contrario la saña,
no dudes el golpe fiero,
ni perdones la estocada.
A Zamora te encomiendo
contra don Diego de Lara,
que nada siente de honra
quien no defiende su casa.
En el libro de la misa
le toma jura y palabra.
Pedrarias dice: —Sí, otorgo
por aquestas letras santas.
El padrino le dio paz,
y el fuerte escudo le embraza,
y doña Urraca le ciñe
al lado izquierdo la espada.

* * *

Tristes van los zamoranos,
metidos en gran quebranto;
reptados son de traidores,
de alevosos son llamados:
más quieren ser todos muertos
que no traidores nombrados.
Día era de San Millán,
ese día señalado;
todos duermen en Zamora,
mas no duerme Arias Gonzalo.
Acerca de las dos horas
del lecho se ha levantado,
castigando está sus hijos,
a todos cuatro está armando,
las palabras que les dice
son de mancilla y quebranto:
—Ayudeos Dios, hijos míos,
guardeos Dios, hijos amados,
pues sabéis cuan falsamente

habemos sido reptados;
tomad esfuerzo, mis hijos,
si nunca lo habéis tomado,
acordaos que descendéis
de la sangre de Laín Calvo,
cuya noble fama y gloria
hasta hoy no se ha olvidado,
pues que sabéis que don Diego
es caballeropreciado,
pero mantiene mentira
y Dios de ello no es pagado:
el que de verdad se ayuda
de Dios siempre es ayudado.
Uno falta para cinco,
porque no sois más de cuatro;
yo seré el quinto, y primero
que quiero salir al campo.
Morir quiero y no ver muerte
de hijos que tanto amo.
Mis hijos, Dios os bendiga,
como os bendice mi mano.
Sus armas pide el buen viejo,
sus hijos le están armando;
las grevas le están poniendo,
doña Urraca había entrado;
los brazos le echara encima,
muy fuertemente llorando:
—¿Dónde vais, mi padre viejo,
o para qué estáis armado?
Dejad las armas pesadas,
que ya sois viejo cansado,
pues que sabéis si vos morís
perdido es todo mi estado.
Acordaos que prometistes
a mi padre don Fernando
de nunca desampararme
ni dejar de vuestra mano.
—Pláceme, señora hija,
respondió Arias Gonzalo.
Cabalgara Pedro de Arias,
su hijo, que era el mediano,
que aunque era mozo de días,
era en obras esforzado.

Dijo: —Cabalgad, mi hijo,
que os esperan en el campo;
vais en tal hora y tal punto
que nos saquéis de cuidado.
Sin poner pie en el estribo
Arias Pedro ha cabalgado,
por aquel postigo viejo
galopando ha llegado
adonde estaban los jueces
que le estaban esperando.
Partido les han el sol,
dejado les han el campo.

* * *

Ya se sale por la puerta,
por la que salían al campo,
consigo lleva sus hijos
todos juntos a su lado.
El quiere ser el primero
porque en tal muerte no ha estado,
mas doña Urraca, la Infanta,
la batalla le ha quitado,
llorando de los sus ojos
y el cabeza destrenzado:
—¡Ay!, ruégovos por Dios, el conde,
el buen conde Arias Gonzalo,
que dejéis esta batalla
porque sois viejo y cansado:
dejaisme desamparada
y todo mi haber cercado;
ya sabéis lo que mi padre
a vos dejó encomendado:
que no me desamparéis,
ende más, en tal estado.
En oyendo aquesto el Conde
mostróse muy enojado:
—Dejédesme ir, señora,
que yo estoy desafiado,
tengo de hacer batalla
porque fui traidor llamado.
Júntanse diez caballeros,
todos juntos le han rogado

que les deje la batalla,
que la tomarán de grado.
Desque el Conde vido aquesto
recibió pesar doblado;
llamara sus cuatro hijos,
y al uno de ellos ha dado
las sus armas y su escudo,
el su estoque y su caballo.
Echale su bendición
porque era dél muy amado:
Pedrarias había por nombre,
Pedrarias el castellano.
Por la puerta de Zamora
se sale fuera y armado;
topárase con don Diego,
su enemigo y su contrario:
—Sálveos Dios, Don Diego Ordóñez,
y él os haga prosperado,
en las armas muy dichoso,
de traiciones libertado.
Ya sabéis que soy venido
para lo que está aplazado,
a libertar a Zamora
de lo que le han levantado.
Don Diego le respondiera
con soberbia que ha tomado:
—Todos juntos sois traidores,
por tales seréis quedados.
Vuelven los dos las espaldas
por tomar lugar del campo,
hiriéronse juntamente
en los pechos muy de grado;
saltan astas de las lanzas
con el golpe que se han dado;
no se hacen mal alguno
porque van muy bien armados.
Don Diego dio en la cabeza
a Pedrarias desdichado,
cortárale todo el yelmo
con un pedazo del casco;
desque se vido herido
Pedrarias y lastimado,
abrazárase a las crines

y al pescuezo del caballo;
sacó esfuerzo de flaqueza,
aunque estaba mal llagado,
quiso ferir a don Diego,
mas acertó en el caballo,
que la sangre que corría
la vista le había quitado.
Cayó muerto prestamente
Pedrarias el castellano.
Don Diego que vido aquesto,
toma la vara en la mano,
dijo a voces: —¡Ah, Zamora!
¿Dónde estás, Arias Gonzalo?
Envía al hijo segundo,
que el primero ya es finado,
ya se acabaron sus días,
su juventud fin ha dado.
Envió el hijo segundo,
que Diego Arias es llamado.
Tornara a salir don Diego
con armas y otro caballo,
y diérale fin a aqueste
como al primero le ha dado.
El Conde viendo a sus hijos,
que los dos le han ya faltado,
quiso enviar al tercero,
aunque con temor doblado.
Llorando de los sus ojos
dijo: —Ve, mi hijo amado,
haz como buen caballero
lo que tú eres obligado;
pues sustentas la verdad,
de Dios serás ayudado;
venga las muertes sin culpa,
que han pasado tus hermanos.
Hernán de Arias, el tercero,
al palenque había llegado;
mucho mal quiere a don Diego,
mucho mal y mucho daño.
Alzó la mano con saña
un gran golpe le había dado;
mal herido le ha en el hombro,
en el hombro y en el brazo.

Don Diego con el su estoque
le hiriera muy de su grado,
hiéralo en la cabeza,
en el casco le ha tocado.
Recudó el hijo tercero
con un gran golpe al caballo,
que hizo ir a don Diego
huyendo por todo el campo.
Así quedó esta batalla
sin quedar averiguado
cuáles son los vencedores:
los de Zamora o del campo.
Quisiera volver don Diego
a la batalla de grado,
mas no quisieron los fieles,
licencia no le han dado.

* * *

Ante los nobles y el vulgo
de ese pueblo zamorano,
hablando con Diego Ordóñez
está el viejo Arias Gonzalo.
En las palabras que dice
con pecho feroz y airado
Arias demuestra su enojo,
y Ordóñez su pecho hidalgo.
—Cobarde, el viejo le dice,
animoso con muchachos,
pero con hombres de barba,
tímido cual liebre al galgo,
si yo a batalla saliera,
no viviérades ufano,
ni trajera por mis hijos
aqueste capuz cerrado;
que por vos, el de Vivar,
le trajera cual le traigo,
siendo la menor hazaña
que se aplicara a mi brazo,
pues bien sé que sois, Ordóñez,
más arrogante que bravo,
y sabéis que en todo tiempo
obro más de lo que hablo,

y con aquesto sabéis
que por miedo, el rey don Sancho
estorbó que los tres condes,
no entraran conmigo en campo,
contando mis valentías
cuando dijo al zamorano:
—Mete hierro y saca sangre,
y espolea ese caballo.
Y cuando maté a los dos,
por el que se fue escapando,
cual si yo fuera el vencido,
quedé mi barba mesando;
y también como los condes,
porque fueron tan osados,
del encuentro de mi lanza
volaron de los caballos,
a cuya causa las damas
bajaron de los andamios,
y a competencia mi cuello
enlazaron con sus brazos,
por los que dieran mancebos,
sus tiernos y verdes años,
movidos sólo de envidia
de los de este viejo cano.
También tendredes memoria
de cuando con diez paganos
tuve solo escaramuza
dando, de diez, nueve al campo;
y con aquesta noticia
de cuando vencí a Albenzaidos,
saliendo de industria a pie,
y el diestro moro a caballo,
cuando le dejé la vida
porque dijo: —Arias Gonzalo,
más vale ser tu vencido,
que ser vencedor de un campo.
Y otros hechos valerosos
que el mundo dice y yo callo,
porque en infinito tiempo,
no hay tiempo para contallo.
Porque de pavor no mueras,
aqueste estoque no arranco,
que está de un millón de muertos

boto y de sangre esmaltado.
Estas honrosas hazañas
por tu infamia y mi honor saco;
las tuyas son que mataste
un rapaz y otro muchacho.
El cortés don Diego Ordóñez
templóse de cortesano,
respondiendo a voces altas
con órgano humilde y bajo;
y con el rostro risueño,
un poco torcido el brazo,
de codo sobre la espada,
y el rostro sobre la mano,
le dice: —Aquesas proezas,
y esos hechos soberanos,
el cielo y tu buena suerte
se las concedió a tu brazo:
en tu causa soy testigo,
y por serlo en razón valgo,
y tú en las mías no vales
por testigo apasionado,
y aunque puedo referirte
valentías y hechos raros,
que casi imitan los tuyos,
aunque a los tuyos agravio,
sólo diré por honrarme
con lo que me has deshonorado,
que les di muerte a dos hijos
del que ha sido tan honrado,
que se ha atrevido a venir
al real de su contrario.
Repórtate, Gonzalo Arias,
repórtate, Arias Gonzalo.
El viejo, que ya tenía
el corazón desfogado,
conoció haber emprendido
un hecho muy temerario;
de esto y del valor de Ordóñez
viéndose tan obligado,
profesando su amistad
le pide la amiga mano.
Diola don Diego de Lara
con un semblante gallardo,

y tras darla, el uno al otro
enreda y cruza los brazos.
Celebran las amistades
todos y el Cid castellano,
y con esto dio la vuelta
a Zamora Arias Gonzalo.

* * *

Por aquel postigo viejo
que nunca fuera cerrado
vi venir pendón bermejo
con trescientos de caballo;
en medio de los trescientos
viene un monumento armado
y dentro del monumento
viene un cuerpo sepultado:
Fernand Arias ha por nombre,
hijo de Arias Gonzalo.
Llorábanle cien doncellas,
todas ciento hijasdalgo,
todas eran sus parientas
en tercero y cuarto grado;
las unas le dicen primo,
otras le llaman hermano,
las otras decían tío,
otras lo llaman cuñado:
sobre todas lo lloraba
aquesa Urraca Hernando,
y cuán bien que la consuela
ese viejo Arias Gonzalo:
—Callede, hija, callede,
callede Urraca Hernando,
que si un hijo me han muerto
ahí me quedaban cuatro;
no murió por las tabernas
ni a las tablas jugando,
mas murió sobre Zamora
vuestra honra resguardando.

COMIENZOS DEL REINADO DE ALFONSO VI Y DESTIERRO DEL CID

SALE ALFONSO DE TOLEDO PARA OCUPAR
EL TRONO DE CASTILLA

Doña Urraca, la infanta,
mensajeros ha llamado,
que vayan con las sus cartas
a don Alfonso su hermano,
el cual estaba en Toledo
del rey moro acompañado.
Toman postas y caballos
los más ligeros y flacos,
caminan días y noches
con camino apresurado.
Llegaron presto a Toledo,
en un lugar muy poblado,
Olías había por nombre,
Olías el saqueado,
toparon a Peranzures,
un caballero afamado,
que en libertar a su rey
mucho tiempo ha trabajado.
Llamara los mensajeros
en un lugar apartado,
cortárales las cabezas,
las cartas les ha tomado.
Fuérase para Toledo
sin a nadie haber topado,

fuese para don Alfonso
que dél era muy amado;
contóle toda la muerte
que fue dada al rey don Sancho,
y cómo por él venían
para dalle su reinado;
que lo tuviese secreto,
porque al rey parte no ha dado.
Respondió que sí haría,
que no tuviese cuidado.
Fuérase el rey don Alfonso,
desque de éste se ha apartado,
a ese rey Alimaimon
que a Toledo había tomado.
Díjole secretamente
todo lo que había pasado,
porque siempre don Alfonso
fue discreto y avisado,
y pensó que si estas nuevas
de otro el Rey fuese informado,
que no le vendría bien,
sino mucho mal y daño.
Pero respondióle el Rey,
con gran placer que ha tomado:
—Yo te doy mi fe y palabra
que tu Dios te ha aconsejado,
porque tengo en los caminos
mucha gente de caballo,
que te guarden las salidas,
y las entradas y pasos;
si salieras sin licencia
tú fueras despedazado;
mas pues eres tan fiel
galardón te será dado.
Sentáronse en una mesa
y el ajedrez han tomado;
juega tanto don Alfonso
que el Rey estaba enojado.
Tres veces le dijo: —Vete,
vete y salte del palacio.
Don Alfonso muy contento
fuese a su casa de grado,
fuese con él Peranzures

que de esto mucho ha holgado.
Toma sogas y maromas
por echar del muro abajo,
fuera tienen los caballos
todos están en el campo.
Sálense a la medianoche,
que está todo asosegado,
cubierto con las estrellas
y con la luna alumbrado.
Bajan por Sant Agustín,
un monesterio cercado,
cerca está de la ribera
de aquese río de Tajo;
sálense hacia la vega
y en el camino han entrado,
no paran noche ni día
porque no hayan de alcanzallos.
Llegan muy presto a Zamora,
que es pueblo muy bien cercado;
recíbenle sus vasallos,
aunque no le habían jurado.
Hablando está con su hermana,
de la muerte de su hermano,
cuando salió un caballero
que Ruy Díaz es llamado.
Este nunca había querido
a su rey besar la mano
hasta que por juramento
pruebe ser libre y salvado
de la muerte que fue dada
a su hermano el rey don Sancho,
porque nadie de los suyos
nunca en esto ha sido osado
de tomar tal juramento
sino el Cid, que es muy honrado.
En esto respondió el Rey,
bien oiréis lo que ha hablado:
—¿Qué es la causa, vasallos míos,
que es la causa y el pecado,
que sólo Ruy Díaz queda
que no me besa la mano?
Yo siempre le hice honra,
como mi padre ha mandado,

siempre le hice mercedes,
 de todos es más privado.
 Allí respondiera el Cid
 con semblante muy airado:
 —Don Alfonso, don Alfonso,
 por fuerza tenéis vasallos,
 que todos tienen sospecha
 que vos sólo sois culpado
 de la muerte que fue dada
 a vuestro hermano en el campo;
 y cualquier que me quisiere
 por contino y por vasallo
 pagáreme muy buen sueldo,
 y si no, soy libertado,
 que ser siervo de traidores
 no me cumple ni es mi grado.
 Vos haréis el juramento
 que todos han demandado.
 Mucho se holgó el Rey
 de lo que el Cid ha hablado:
 —Dios os ponga en honra, el Cid,
 en gran honra y en gran estado.
 Ruego a la Virgen María
 y a su Hijo muy amado,
 que muriese yo tal muerte
 como murió el rey don Sancho,
 si yo fui en dicho ni en hecho
 de la muerte de mi hermano,
 aunque como sabéis todos
 me tuvo el reino forzado.
 Por tanto os ruego, señores,
 como amigos y vasallos,
 que deis orden y manera
 como de esto sea librado.
 Allí respondieran todos
 sus vasallos y criados:
 —Este juramento, el Rey,
 en Burgos será jurado,
 en Santa Agueda, la iglesia
 do juran los hijosdalgo;
 vos y doce caballeros
 de los vuestros toledanos.
 El fue de esto muy contento,

luego se parte de grado.
En Santa Agueda de Burgos
estaba el Rey asentado,
cuando se llegó el Cid
con un libro en la su mano,
en que están los Evangelios
y un crucifijo pintado.
Comienza de esta manera,
de esta manera ha hablado:
—Todos venís con el Rey
porque jure y sea librado;
si cualquiera de vosotros
en aquesto habéis estado,
o si vos, rey don Alfonso,
de cruel muerte seáis matado.
—Amén, amén, dijo el Rey,
que de tal no soy culpado.
Entonces los sus vasallos
las llaves le han entregado,
alzáronle por su Rey,
todos le besan las manos
a todos hace mercedes,
de todos es muy amado.

OTRO ROMANCE AL MISMO ASUNTO

En Toledo estaba Alfonso,
que non cuidaba reinar,
desterrárale don Sancho
por su reino le quitar.
Doña Urraca a Fernando
mensajero fue a enviar;
las nuevas que le traían
a él gran placer le dan.
—Rey Alfonso, rey Alfonso,
que te envían a llamar;
castellanos y leoneses
por rey alzado te han,
por muerte del rey don Sancho,
que Bellido fue a matar:

sólo finaba Rodrigo,
que no lo quiere acetar,
porque amaba mucho al Rey
quiere que hayáis de jurar
que en la su muerte, señor,
no tuviste que culpar.

—Bien vengáis, los mensajeros,
secretos queráis estar,
que si el rey moro lo sabe
él aquí nos detendrá.

El conde don Peranzures
un consejo le fuera a dar,
que caballos bien herrados
al revés hayan de herrar.

Descuélganse por el muro,
sálense de la ciudad,
fuéronse para Castilla
do esperándolos están.

Al Rey le besan la mano,
el Cid no quiere besar,
sus parientes castellanos
todos juntado se han.

—Herederó sois, Alfonso,
nadie os lo quiere negar;
pero si os place, señor,
non vos debe de pesar
que nos fagáis juramento
cual vos lo querrán, tomar
vos y doce hombres buenos,
cuales vos queráis juntar,
que de la muerte del Rey
no tuvistes qué culpar.

—Pláceme, los castellanos,
todo os lo quiero otorgar.
En Santa Gadea de Burgos
allí el Rey se va a jurar;
Rodrigo toma la jura,
él la quiere razonar
con un cerrojo sagrado
le comienza a conjurar:

—Don Alonso, y los leoneses,
vos venís aquí os salvar
que en la muerte de don Sancho

non tuviste que culpar,
ni tampoco de ella os plugo,
ni a ella disteis lugar:
tal muerte mueras, Alfonso,
si non dijerdas verdad,
villanos sean en ella
non fidalgos de solar,
que non sean castellanos,
por más deshonra a te dar,
sino de Asturias de Oviedo
que no tienen piedad.
—Amén, amén, dijo el Rey,
que nunca fui en tal maldad.
Tres veces toma la jura,
tantas le va a preguntar,
el Rey, viéndose afincado,
contra el Cid se fue a airar:
—Mucho me afincaís, Rodrigo,
en lo que no hay que dudar,
cras me besaréis la mano,
y agora me hacéis jurar.
—Sí, señor, dijera el Cid,
si el sueldo me habéis de dar
que en las tierras de otros reyes
a fijosdalgos lo dan.
Cuyo vasallo yo fuere
también me lo ha de pagar;
si vos dármelo quisiéredes,
a mí en placer vendrá.
El Rey por tales razones
contra el Cid se fue a enojar;
siempre de allí adelante
gran tiempo le quiso mal.

ROMANCES DEL JURAMENTO QUE TOMO EL CID AL REY DON ALFONSO

En Sancta Gadea de Burgos,
do juran los hijosdalgo,
allí le toma la jura
el Cid al Rey castellano.
Las juras eran tan fuertes

que al buen Rey ponen espanto;
sobre un cerrojo de hierro
y una ballesta de palo:

—Villanos te maten, Alonso,
villanos, que no hidalgos,
de las Asturias de Oviedo,
que no sean castellanos;
mátente con aguijadas,
no con lanzas ni con dardos;
con cuchillos cachicuernos,
no con puñales dorados;
abarcas traigan calzadas,
que no zapatos con lazo;
capas traigan aguaderas,
no de contray ni frisado;
con camisones de estopa,
no de Holanda ni labrados;
caballeros vengan en burras,
que no en mulas ni en caballos;
frenos traigan de cordel,
que no cueros fogueados.

Mátente por las aradas,
que no en villas ni en poblado;
sáquente el corazón
por el siniestro costado;
si no dijeres la verdad
de lo que te fuere preguntado,
si fuiste ni consentiste
en la muerte de tu hermano.

Jurado había el Rey
que en tal nunca se ha hallado,
pero allí hablara el Rey
malamente y enojado:

—Muy mal me conjuras, Cid,
Cid, muy mal me has conjurado;
mas hoy me tomas la jura,
mañana me besarás la mano.

—Por besar mano de rey
no me tengo por honrado,
porque la besó mi padre
me tengo por afrentado.

—Vete de mis tierras, Cid,
mal caballero probado,

y no vengas más a ellas
dende este día en un año.
—Pláceme, dijo el buen Cid,
pláceme, dijo, de grado,
tú me destierras por uno,
yo me destierro por cuatro.
Ya se parte el buen Cid,
sin al Rey besar la mano,
con trescientos caballeros,
todos eran hijosdalgo,
todos son hombres mancebos,
ninguno no había cano;
todos llevan lanza en puño
y el hierro acicalado,
y llevan sendas adargas,
con borlas de colorado;
mas no le faltó al buen Cid
adonde asentar su campo.

* * *

—Fincad ende más sesudo,
don Rodrigo, con vos fablo;
catad que soy vuestro rey,
magüer que no esté jurado;
y este cerrojo de hierro
y esta ballesta de palo
como fincan en mi jura,
fincan también en mi agravio.
Yo fago testigo a Dios
y a nuestro patrón Santiago
que non he sido traidor
en la muerte de don Sancho.
Non mostréis, con ser sañudo,
ser, Rodrigo, apasionado,
que magüer que haya razón,
se ha de humillar el vasallo.
Si con las huestes, Rodrigo,
fincades sañudo y bravo,
sed con los reyes humilde,
y seréis más estimado.
Non eclipséis con la lengua
los fechos de vuestros brazos,

que el hablar sin ocasión
es de homes afeminados.
Bien se me lembra del tiempo
que como noble soldado
habéis servido en las lides
a mi padre don Fernando;
mas non vos ensoberbezcan
los triunfos que heis alcanzado,
que es la jactancia un borrón,
que borra fechos muy claros.
Decís que si parte he sido
en la muerte de mi hermano,
que me den villanos muerte;
fabláis bien, serán villanos:
non fincará contra rey
ningún vasallo fidalgo,
que un fidalgo nunca emprende
facer tal desaguisado.
Esto dijo don Alfonso
teniendo puesta la mano
sobre un cerrojo de hierro,
y una ballesta de palo.

* * *

Por la muerte que le dieron
en Zamora al rey don Sancho,
han jurado al rey Alfonso
los hombres buenos y honrados,
castellanos y leoneses,
con gallegos y asturianos.
El Cid rehúsa la jura
y así el buen Rey le ha hablado:
—Decid, ¿por qué non queréis,
buen Cid, besarme la mano,
pues que lo han hecho los grandes
cuantos hay en mi reinado?
El Cid respondió: —Señor,
ficiéralo de buen grado,
si no fuera por el vulgo,
que gran sospecha ha tomado
que por vuestra orden y mía
a traición murió don Sancho.

Para que mejor se entienda
la verdad y lo contrario,
es bien que fagáis la jura,
en un altar consagrado,
de que nunca hubisteis parte
en hecho tan feo y malo.
El Rey contento de esto,
y en un altar consagrado,
ambas las dos manos puso
sobre un Evangelio santo,
diciendo non haber parte
en la muerte de su hermano.
El Cid tres veces repite,
por lo que el Rey enojado
le dijo: —Basta que hagáis
lo justo, y no demasiado;
pero yo juro y prometo
que presto me haga vengado.
—Buen Rey, faced vuestra guisa,
respondió el Cid sosegado,
que yo tengo hecho mi oficio
como caballero honrado.

ROMANCE DE ALFONSO VI Y SU HERMANA ELVIRA

En las almenas de Toro,
allí estaba una doncella,
vestida de paños negros,
reluciente como estrella.
Pasara el rey don Alfonso,
namorado se había de ella,
dice: —Si es hija de rey
que se casaría con ella,
y si es hija de duque
serviría por manceba.
Allí hablara el buen Cid,
estas palabras dijera:
—Vuestra hermana es, señor,
vuestra hermana es aquélla.
—Si mi hermana es, dijo el Rey,
fuego malo encienda en ella:
llámenme mis ballesteros,

tírenle sendas saetas,
y a aquel que la errare
que le corten la cabeza.
Allí hablara el buen Cid,
de esta suerte respondiera:
—Mas aquel que la tirare
pase por la misma pena.
—Ios de mis tiendas, Cid,
no quiero que estéis en ellas.
—Pláceme, respondió el Cid,
que son viejas, y no nuevas;
irme he yo para las mías
que son de brocado y seda,
que no las gané holgando,
ni bebiendo en la taberna,
ganélas en las batallas
con mi lanza y mi bandera.

EL CID RECIBE EL APELATIVO DE CAMPEADOR

Ese buen Cid Campeador
ya se parte de Castilla;
por mando del rey Alfonso
lleva su mensajería
a Almucanis, ese moro
Rey de Córdoba y Sevilla,
para que le dé las parias
pasadas que le debía.
En Sevilla estaba el Cid
faciendo a lo que veína.
Mudafar, rey de Granada,
a Almucanis mal quería;
caballeros castellanos
Mudafar consigo había,
son de los más estimados
que había dentro en Castilla:
don García Ordoño el uno,
que conde todos decían;
Fernán Sánchez era el otro,
yerno del rey don García;
y Lope Sánchez, su hermano,
estaba en su compañía,

y otro caballero honrado,
Diego Pérez se decía.
Ellos con grandes poderes
con el Mudafar venían
contra Almucanis el rey
que pechero es de Castilla.
El Cid cuando aquesto supo
mucho pesado le había;
enviárale sus cartas,
y en ellas así decía:
"Que non vengan con su gente
contra el reino de Sevilla,
que es pechero al rey Alfonso
con quien amistad tenía;
y si lo quieren facer,
que su Rey ayudaría
a Almucanis su vasallo,
que otra cosa no pedía."
Recibido han las cartas
mas en nada las tenían,
entran en tierras del Rey,
del rey moro de Sevilla;
quemando van y estragando
fasta Cabra, aquesa villa,
El Cid, cuando aquesto supo,
contra ellos se partía;
moros llevaba consigo,
cristianos los que podía.
Las huestes se habían juntado,
el Cid mataba y hería;
muy reñida es la batalla,
durado ha casi un día,
fasta que venciera el Cid
y en huida los ponía.
A caballeros cristianos
el buen Cid muchos prendía,
de moros non había cuenta
los que cautivado había.
Tres días tuviera presos
los cristianos que vencía;
volvióse con gran despojo
a Sevilla, do partía.
Almucanis dio las parias,

y a Castilla se volvía.
Mucho plugo al rey Alfonso
de lo que el Cid fecho había,
y de aquel día adelante
al Cid, *Campeador*, decían.

QUERELLA DEL CID CON BERMUDO, ABAD DE CARDEÑA

Fablando estaba en el claustro
de San Pedro de Cardena
el buen rey Alfonso al Cid,
después de misa, una fiesta.
Trataban de las conquistas
de las mal perdidas tierras
por pecados de Rodrigo,
que amor disculpa y condena.
Propuso el buen Rey al Cid
el ir a ganar a Cuenca,
y Rodrigo mesurado
le dice de esta manera:
—Nuevo sois, el rey Alfonso,
nuevo sois en la tierra;
antes que a guerra vayades
sosegad las vuesas tierras.
Muchos daños han venido
por los reyes que se ausentan,
que apenas han calentado
la corona en la cabeza.
Y vos no estáis muy seguro
de la calunia propuesta
en la muerte de don Sancho
sobre Zamora la vieja;
¡que aún hay sangre de Bellido,
magüer que en fidalgas venas,
y el que fizo aquel venablo,
si le pagan fará treinta!
Bermudo en lugar del Rey
dice al Cid: —Si vos aquejan
el cansancio de las lides
o el deseo de Jimena,
id vos a Vivar, Rodrigo,

y dejadle al Rey la empresa
que homes tiene tan fidalgos
que non volverán sin ella.
—¿Quién vos mete, dijo el Cid,
en el consejo de guerra,
fraile honrado, a vos agora,
la vuesa cogulla puesta?
Subid vos a la tribuna
y rogad a Dios que venzan,
que non venciera Josué
si Moisés non lo ficiera;
llevad vos la capa al coro,
yo el pendón a las fronteras,
y el Rey sosiegue su casa
antes que busque la ajena,
que non me farán cobarde
el mi amor, ni la mi queja,
que más traigo siempre al lado
a Tizona que a Jimena.
—Home soy, dijo Bermudo,
que antes que entrara en la regla,
si non vencí reyes moros
engendré quien los venciera;
y agora en vez de cogulla,
cuando la ocasión se ofrezca,
me calaré la celada,
y pondré al caballo espuela.
—¡Para fugir, dijo el Cid,
podrá ser, padre, que sea,
que más de aceite que sangre
manchado el hábito muestra!
—Callede, le dijo el Rey,
en mal hora, que no en buena;
acordársevos debía
de la jura y la ballesta.
Cosas tenedes, el Cid,
que farán hablar las piedras,
pues por cualquier niñería
facéis campaña la iglesia.
Pasaba el conde de Oñate
que llevaba la su dueña,
y el Rey, por facer mesura,
acompañóla a la puerta.

QUERELLA DEL REY CONTRA EL CID

—Si atendéis que de los brazos
vos alce, atended primero,
si no es bien que con los míos
cuide subirvos al cielo.

¡Bien estáis afinojado,
que es pavor veros enhiesto!
Que asiento es, asaz debido,
el suelo, de los soberbios!
¡Descubierto estáis mejor,
después que se han descubierto
de vuestas altanerías

los mal guisados excesos!
¿En qué os habéis empachado,
que dende el pasado invierno
non vos han visto en las Cortes,
puesto que Cortes se han fecho?

¿Por qué, siendo cortesano,
traéis la barba y cabello
descompuesto y desviada,
como los padres del yermo?

¡Pues aunque vos lo pregunto,
asaz que bien os entiendo!

¡Bien conozco vuestas mañas
y el semblante falagüeño!

Querréis decir que cuidando
en mis tierras y pertrechos,
non cuidades de aliñarvos
la barba y cabello luengo.

Al de Alcalá contrallasteis
mis treguas, paz y concierto;
bien como si el querer mío
tuviérades por muy vueso.

A los fronterizos moros
diz que tenéis por tan vuestos,
que os adoran como a Dios;
¡grandes algos habréis de ellos!
Cuando en mi jura os hallasteis,
después del triste suceso
del rey don Sancho mi hermano,
por Bellido traidor muerto,

todos besaron mi mano,
y por rey me obedecieron:
sólo vos me contrallasteis
tomándome juramento.
En Santa Gadea lo fice
sobre los cuatro Evangelios
y en el ballestón dorado,
teniendo el cuadrillo al pecho.
Matárades a Bellido
si ficierais como bueno,
que no ha faltado quien dijo
que tuvisteis asaz tiempo;
fasta el muro lo seguisteis,
y al entrar la puerta dentro
¡bien cerca estaba quien dijo,
que non osasteis de miedo!
Y nunca fueron los míos
tan astutos y mañeros,
que cuidasen que don Sancho
muriese por mis consejos;
murió porque a Dios le plugo
en su juicio secreto;
quizá porque de mi padre
quebrantó sus mandamientos.
Por estos desaguizados,
desavenencias y tuertos,
con título de enemigo
de mis reinos vos destierro.
Yo tendré vuestos condados
fasta saber por entero,
con acuerdo de los míos,
si confiscárvoslos puedo.
¡Non repliquedes palabra,
que vos juro por San Pedro
y por San Millán bendito,
que podré enforaros luego!
Estas palabras le dijo
el rey don Alfonso el Sexto,
inducido de traidores,
al Cid, honor de sus reinos.

RESPONDE EL CID A LA QUERELLA

—Téngovos de replicar
y de contrallarvos tengo,
que no han pavor los valientes
ni los non culpados miedo;
si finca muerta la honra
a manos de los denuestos,
menos mal será enforcarme
que el mal que me habedes fecho.
Yo seré en tierra homildoso
a guisa de vueso siervo,
que teniendo los mis brazos
cuido alzarme sin los vuestos.
Cúbranse y non vos acaten
los ociosos falagüenos,
que magüer yo non lo soy
me puedo cubrir primero.
Dos vegadas hubo Cortes
desde antaño por invierno,
diz que por la pro común,
o por los vuestos provechos;
vos en León las ficisteis,
pero yo en los campos yermos
faciendo las mías, desfice
del contrario los pertrechos.
Lo fecho en Alcalá vedes,
non lo que fice primero,
y es mal juzgador quien juzga
sin notar todo el proceso.
Folga que el moro de allende
respeta mis fechos buenos,
que si non me los respeta
non vos guardará respeto.
¡Azaz me semejáis blando,
porque de tiempo tan luengo
de apretarvos en la jura
vos duele el escocimiento!
Mentirá el que me achacare
del traidor Dolfos el tuerto,
pues sabedes lo que fue
y lo que fice en el reto;

además que sin espuelas
cabalgué entonces por yerro.
¡Vencen pesadas falsías
al noble y sencillo pecho!
Y pues gasté mis haberes
en prez del servicio vuesto,
y de lo que hube ganado
vos fice señor y dueño,
non me lo confiescaredes
vos ni vuestos consejeros,
que mal podredes tollerme
la hacienda que non tengo.
De hoy más seré facendoso,
pues hoy de vos me destierro,
y de hoy para mí me gano,
pues hoy para vos me pierdo.
Estas palabras decía
el noble Cid, respondiendo
a las querellas injustas
del rey don Alfonso el Sexto.

LAMENTACIONES DEL CID, QUE SALE DESTERRADO

Del rey Alfonso se queja
ese buen Cid castellano
por la injusta paga y premio
que a sus servicios ha dado.
Dice entre airado y furioso,
el rostro triste y turbado:
—No te llamo, Rey, injusto,
porque al fin soy tu vasallo,
ni porque me desterraste
de tu reino y mi condado,
sólo porque me perdí
en hacer tu gusto y grado.
Mal quisto estoy con el mundo
por acrecentar tu Estado,
y por suplir tus flaquezas,
dicen que robo y que mato.
Esos falsos consejeros,
que te están aconsejando,

corderos en la apariencia
y lobos en los estragos,
¡oh cuán fáciles te hacen
mil dificultosos casos,
que quizá sin mi presencia
resultaran en mil daños!
Acuérdate, rey Alfonso,
que soy el Cid, tu vasallo,
más presto para servirte
que tú para darme el pago
de mis honrados servicios;
aunque tú me has desterrado,
movido, según entiendo,
de que estoy atesorando,
y sin mirar que si tengo
algo, todo lo he ganado
a trueco de sangre y fuerza
de mi cuerpo y de mi brazo,
y no viviendo en el ocio
que hay en tu real palacio,
donde se pasan los días
en hacer grandes estragos,
no en los moros fronterizos,
sino en deshonar hidalgos.
No quiero ya los favores,
Rey, de todos tus privados,
que sin ellos los tendré
de muchos buenos hidalgos.
Esto decía Rodrigo
cuando estaba aparejando
lo necesario y forzoso
para salir desterrado.

OTROS ROMANCES DEL DESTIERRO DEL CID

De palacio sale el Cid
sentido de una palabra,
que quien palabras no siente
el sentimiento le falta.
Las manos tuerce furioso,
aunque no por castigarlas,
porque contra su cabeza

sus manos no se levantan.
Hechos dos Etnas los ojos
brotan fuego y vivas llamas,
porque en ellos como en lienzo
pinta su pasión el alma.
Erizados los cabellos,
revuelta la barba cana,
que el tiro de la deshonra
descompone barba-canas.
Paséase sin compás
y alterada voz levanta,
que el corazón, con decir
su pesadumbre, descansa:
—Mal fablaste de mí, el Rey,
con voz muy desentonada;
yo, palabra non vos dije,
ca por mí mis obras fablan,
y fablara mi Tizona
por mi honor y por su fama,
sino que el ser vos quien sois
la enmudece en la su vaina.
Vuestra fabla, rey Alfonso,
a mi fama non la infama,
ca el señor a su vasallo
aunque más diga no agravia.
Desterraisme de mi tierra,
de esto non me finca saña;
ca el hombre bueno, fidalgo,
de tierra ajena hace patria.
Están muchos envidiosos,
junto a vos, de mis fazañas,
ca de ordinario la envidia
a la virtud acompaña.
Dicen entre juglerías
razones desaguissadas,
y porque non vomitedes
va la píldora dorada.
Mil mentiras falagüeñas,
non verdades, a vos fablan;
ca una vegada bregaron
la verdad e la privanza.
Non sentiredes mi mengua
fasta la primer batalla,

ca el bien non es conocido
fasta que nos face falta.
Esto dijo el Cid Ruy Díaz
cuando en Babieca cabalga,
y hacia Valencia camina,
tierra rica, hermosa y llana.

* * *

Grande saña cobró Alfonso
contra el buen Cid castellano
porque le tomó la jura
de la muerte de su hermano;
encubrió la su enemiga,
aguardó a hacerse vengado.
El rey moro de Toledo,
que Alimaimon es llamado,
del Cid se quejara al Rey
que en su reino se había entrado,
y hasta dentro de Toledo
sus moros ha cautivado.
Siete mil son los cautivos,
sin otro mucho ganado.
Mucho al rey Alfonso pesa,
contra el Cid estaba airado.
Mucho más que antes estaba
con el Rey lo habían mezclado
por envidia que le tienen
los grandes de su reinado.
Escribióle el Rey al Cid,
que salga de su reinado
dentro de los nueve días,
que más no le da de plazo.
El buen Cid a sus parientes
las cartas les ha mostrado,
todos se quejan del Rey
de haberlo tan mal mirado
desterrando un caballero
tan valiente y esforzado,
que muy bien había servido
a él, a su padre y su hermano.
Ofrécense de ir con él
a lo servir muy de grado,

y que todos morirían
con él juntos en el campo.
El Cid les agradecía
la palabra que le han dado,
y otro día salió el Cid
de Vivar, que era su Estado,
con toda su compañía
con ánimos esforzados.
Volvióse a sus caballeros
y esto les está hablando:
—Amigos, si a Dios pluguiese
que a Castilla nos volvamos,
dígovos que tornaremos
todos muy ricos y honrados.

LOS COFRES DE ARENA

Don Rodrigo de Vivar
está con doña Jimena
de su destierro tratando,
que sin culpa le destierran.
El rey Alfonso lo manda,
sus envidiosos se huelgan,
llórale toda Castilla,
porque huérfana la deja.
Gran parte de sus haberes
ha gastado el Cid en guerra,
no halla para el camino
dinero sobre su hacienda.
A dos judíos convida,
y sentados a su mesa
con amigables caricias
mil florines les pidiera.
Díceles que por seguro
dos cofres de plata tengan,
y que si dentro de un año
no les paga, que la vendan,
y cobren la logrería
como concertado queda.
Dióles dos cofres cerrados,
entrambos llenos de arena,
y confiados del Cid

dos mil florines le prestan.
—¡Oh necesidad infame,
a cuántos honrados fuerzas
a que por salir de ti
hagan mil cosas mal hechas!
¡Rey Alfonso, señor mío,
a traidores das orejas,
y a los fidalgos leales
palacios y orejas cierras!
Mañana saldré de Burgos
a ganar en las fronteras
algún pequeño castillo
adonde mis gentes quepan;
mas según son de orgullosos
los que llevo en mi defensa,
las cuatro partes del mundo
tendrán por morada estrecha.
Estarán mis estandartes
tremolando en las almenas;
caballeros agraviados
hallarán guarida en ellas;
y por conservar el nombre
de tus reinos, que es mi tierra,
los lugares que ganare
serán Castilla la Nueva.

JURAMENTO DEL CID AL SALIR DE SAN PEDRO DE CARDEÑA

Ese buen Cid Campeador,
que Dios en salud mantenga,
faciendo está una vigilia
en San Pedro de Cardena;
que el caballero cristiano
con las armas de la Iglesia
debe de guarnir su pecho
si quiere vencer las guerras.
Doña Elvira y doña Sol,
las dos hijas tan bellas,
acompañan a su madre
ofreciendo rica ofrenda.
Cantada que fue la misa,

el abad y monjes llegan
a bendecir el pendón,
aquel de la cruz bermeja.
Soltó el manto de los hombros,
y en cuerpo, con armas nuevas,
del pendón prendió los cabos,
y de esta suerte dijera:
—Pendón bendecido y santo,
un castellano te lleva,
por su rey mal desterrado,
bien plañido por su tierra,
a mentiras de traidores
inclinando sus orejas,
dio su prez y mis fazañas:
¡Desdichado dél y de ellas!
¡Cuando los reyes se pagan
de falsías halagüeñas,
mal parados van los suyos,
luengo mal les viene cerca!
Rey Alfonso, rey Alfonso,
esos cantos de sirena
te adormecen por matarte:
¡Ay de ti si no recuerdas!
Tu Castilla me vedaste
por haber folgado en ella,
que soy espanto de ingratos,
y conmigo non cupieran.
¡Plegue a Dios que no se caigan,
sin mi brazo, tus almenas!
Tú, que sientes, me baldonas;
sin sentir, me lloran ellas.
Con todo, por mi lealtad
te prometo las tenencias
que en las fronteras ganaren
mis lanzas y mis ballestas;
que venganza de vasallo
contra el rey, traición semeja,
y el sufrir los tuertos suyos
es señal de sangre buena.
Esta jura dijo el Cid,
y luego a doña Jimena
y a sus dos fijas abraza:
mudas y en llanto las deja.

CORRERIAS DEL CID Y CONQUISTA DE VALENCIA

TALA EL CID LOS CAMPOS DE VALENCIA

Ya que acabó la vigilia
aquel noble Cid honrado,
y dejó a doña Jimena
y a sus dos fijas llorando,
a la vista de San Pedro,
en un espacioso llano,
dijo, con grande denuedo,
a los que le están mirando:
—Quinientos fidalgos sois
los que me heis acompañado,
a quien no diré lo mucho
que os obliga el ser fidalgos;
pero, pues que me destierra
el Rey por injustos casos,
faced cuenta, mis amigos,
que todos vais desterrados,
y que han de guardar mi honra
vueso valor y mi brazo;
que aunque él ha sido injusto,
no lo han de ser sus vasallos,
antes derramar la sangre
por vencer a los contrarios.
Todos responden: —Buen Cid,
vueso hablar es excusado,
pues basta que nos mandéis

para quedar obligados.
Por tierras de moros entran
muchas batallas ganando,
rindiendo muchos castillos
y reyes atributando.
Tanto pudo el gran valor
de aquel noble Cid honrado,
que en poco tiempo conquista
hasta Valencia llegando,
donde alcanzó gran tesoro,
y un gran presente ha enviado
al ingrato rey Alfonso
de cien hermosos caballos,
todos con ricos jaeces
de diferentes bordados;
y cien moros, que los llevan
de las riendas, sus esclavos;
y cien llaves de las villas
y castillos que ha ganado;
y también al Rey envía
cuatro reyes, sus vasallos;
aqueste presente lleva
Ordoño, su gran privado.

EL CID RETA DE VILES Y COBARDES A SUS DETRACTORES

“Mentirosos adalides,
que de las vidas ajenas
guisáis plato para el gusto
de muchas sordas orejas;
fidalgos de Villalón,
caballeros de Valduerna,
hombres buenos de Villalva,
y cristianos de Sansueña,
escuchadme si fincáredes
con memoria, que mis quejas
son fijas de vueso agravio,
y de vuesa culpa nietas:
yo soy el Cid Campeador,
que finco sobre Consuegra,
tan humilde al rey Alfonso

cuanto a mi doña Jimena;
yo soy aquel que mis armas
toda la semana entera
non se quitan dos vegadas
del cuerpo que las sustenta;
y el que en las batallas crudas
con mi lanza y mi ballesta
soy el primero de todos,
y que non duermo en las tiendas;
non fago tuerto a los míos,
magüer facerlo pudiera,
antes les entrego juntos
los haberes y tenencias;
peleo con la Tizona,
non ofendo con la lengua
por non con ella imitar
a las mal fabladas fembras;
como en el suelo, por falta
de las levantadas mesas,
y por postre tengo asaltos,
que son frutas que me alegran;
non desentierro las vidas
de hombre bueno o mujer buena
nin digo si fue fidalgo,
nin si ha pechado o si pecha;
non trato sobre comida
de facer a nadie ofensa,
sinon de si han apretado
bien las cinchas a Babieca;
non me acuesto imaginando
con mentiras quitar tierras,
si acaso puedo las gano,
y si non finco sin ellas;
y conquistando el castillo,
fago pintar en sus piedras
las armas del rey Alfonso,
y yo humillado a par de ellas;
lloro, quando estoy a solas,
la mi consorte Jimena,
que finca cual tortolilla,
sola y triste en tierra ajena,
que magüer es tierra suya,
tiene enemigos muy cerca,

que pues lo son de su esposo,
quién duda lo serán de ella.
Pido justicia, y mis voces
cuido fasta el cielo llegan,
que como son voces justas,
non dudo que llegar puedan.”
Aquesto escribe Rodrigo
a los condes de Consuegra,
a los fidalgos y ricos
sin honor y sin hacienda.

CORRERIAS POR TIERRAS DE MONZON

Ese buen Cid Campeador
de Zaragoza partía,
sus gentes lleva consigo,
y la su seña tendida;
para correr a Monzón,
a Huesca también corría,
a Onda con Almenar
estragado los había.
El rey Pedro de Aragón
muy gran pesar recibía
cuando supo que el buen Cid
tan cerca de sí yacía.
Apellidara sus gentes,
muchas son en demasía;
llegando han a Piedra Alta,
sus tiendas fincar facía;
a ojos está del Cid,
mas para él no venía.
El Cid salió de Monzón
con doce en su compañía,
a holgarse por el campo,
armados de buena guisa.
Los de ese rey de Aragón
le tuvieron puesta espía;
caballeros eran ciento
y cincuenta que a él salían.
El Cid lidiara con todos,
como bueno los vencía;
siete son los caballeros

y caballos que prendía,
los otros huyen del campo,
que aguardarle no querían;
los presos piden merced,
que los suelte le pedían;
el Cid, como es muy honrado,
lo que piden concedía.

TRAICION DE ALMOFALAS, EL REY ALZA EL DESTIERRO AL CID PARA QUE LE VENGUE

Adofir de Mudafar
a Rueda en guarda tenía
por el buen rey don Alfonso,
que conquistado la había.
Almofalas, ese moro,
con sobrada maestría
metióse dentro el castillo,
con él alzado se había.
Adofir cuando lo supo
al Rey su mensaje envía,
pidiéndole su socorro
para recobrar la villa.
El Rey envió a Ramiro
y a ese conde don García,
con muchas gentes armadas,
que van en su compañía.
El moro, cuando lo supo,
dijo el castillo daría
a ese buen rey don Alfonso,
y que a otro no quería.
Convidóle a comer
por hacelle alevosía
allá dentro del castillo;
el Rey temido se había.
El infante don Ramiro
con el Conde en compañía,
entraron para comer,
que ir el Rey no quería;
mas luego que entraron dentro
a entrambos quitan la vida,
con otros que van con ellos,

y al Rey mucho le dolía.
Túvose por deshonrado,
y al Cid sus cartas envía,
que estaba cerca de allí
desterrado de Castilla.
Rodrigo, que vio el mensaje,
para el Rey luego venía;
caballeros fijosdalgo
acompañado lo habían.
Cuando lo vido el buen Rey,
su perdón le concedía;
contóle lo acontecido,
que le vengue le pedía,
y que con él se viniese
a su reino y señoría.
El Cid le besó las manos
por el perdón que le hacía;
mas no lo quiso aceptar
si el Rey no le prometía
de dar a los fijosdalgo
un plazo de treinta días
para salir de la tierra,
si algún crimen cometían;
y que fasta ser oídos
jamás los desterraría,
nin quebrantaría los fueros
que sus vasallos tenían,
nin menos que los pechase
más de lo que convenía;
y que si lo tal ficiese
contra él alzarse podían.
Todo lo promete el Rey,
que nada contradecía;
y a Castilla caminando,
Rodrigo el cerco ponía.
Al moro que tal mal fizo
por gran fambre lo prendía,
y a todos los más traidores
al Rey luego los envía.
El Rey los ha recibido,
de ellos fizo gran justicia,
y mucho agradece al Cid
el presente que le hacía.

CONSEJOS Y ENCARGOS DEL CID A SU ESPOSA

Fablando estaba en celada
el Cid con la su Jimena
poco antes que se fuese
a las lides de Valencia:
—Bien sabéis, dice, señora,
cómo las nuevas querencias
en fe de su voluntad
muy mal admiten ausencia;
pero piérdese el derecho
adonde interviene fuerza,
que el servir al Rey lo es
quien noble sangre semeja.
Faced en la mi mudanza
como tan sesuda fembra,
y en vos no se vea ninguna
pues venís de honrada cepa.
Ocupad las pocas horas
en catar vuestas haciendas;
un punto no estéis ociosa,
pues es lo mismo que muerta.
Guardar vuestros ricos paños
para cuando yo dé vuelta,
que la fembra sin marido
debe andar con gran llaneza.
Mirad por las vuestas fijas,
celadlas; pero no entiendan
que algún vicio presumís,
porque faréis que lo entiendan;
no las apartéis un punto
de junto a vuesa cabeza,
que las fijas sin su madre
muy cerca están de perderla.
Sed grave con los criados,
agradable con las dueñas,
con los extraños sagaz,
y con los propios severa.
Non enseñéis las mis cartas
a la más cercana dueña,
porque no sepa el más sabio
cómo paso yo las vuestas;

mostraldas a vuesas fijas,
si non tuvierdes prudencia
para encubrir vuestro gozo,
que suele ser propio en fembras.
Si vos consejaren bien
faced lo que vos consejan,
y si mal vos consejaren
faced lo que más convenga.
Veinte y dos maravedís
para cada día os quedan,
tratadvos como quien sois,
no enduréis la despena.
Si dineros vos faltaren
faced como no se entienda,
enviádmelos a pedir,
non empeñéis vuestras prendas;
buscad sobre mi palabra,
que bien fallaréis sobre ella
quien a vuestra cuita corra,
pues yo acudo a las ajenas.
Con tanto, señora, adiós,
que el ruido de armas resuena.
Y tras un estrecho abrazo,
ligero subió a Babiaca.

PREDICE UN MORO LA PERDIDA DE VALENCIA

Apretada está Valencia,
puédese mal defensar,
porque los almorávides
no la quieren ayudar.
Viendo aquesto un moro viejo
que solía adivinar,
subiérase a una alta torre
para bien la contemplar.
Cuanto más la mira hermosa,
más le crece su pesar;
sospirando con gran pena,
aquesto fue a razonar:
—¡Oh Valencia! ¡Oh Valencia,
digna de siempre reinar!
Si Dios de ti no se duele

tu honra se va apocar,
y con ella las holganzas
que nos suelen deleitar;
las cuatro piedras caudales
do fuiste el muro a sentar,
para llorar, si pudiesen,
se querrían ayuntar.
Tus muros tan preminentes,
que fuertes sobre ella están,
de mucho ser combatidos
todos los veo temblar;
las torres que las tus gentes
de lejos suelen mirar,
que su alteza ilustre y clara
los solía consolar,
poco a poco se derriban
sin podellas reparar;
y las tus blancas almenas,
que lucen como el cristal,
su lealtad han perdido
y todo su bel mirar.
Tu río tan caudaloso,
tu río Guadalaviar,
con las otras aguas tuyas
de madre salido ha;
tus arroyos cristalinos
turbios ya siempre vendrán,
tus fuentes y manantiales
todos secados se han.
Tus verdes huertas viciosas
a ninguno gozo dan,
que la raíz de sus yerbas
bestias roído las han;
tus prados de cien mil flores
olores de sí no dan,
mustios andan y marchitos,
sin color ni olor están.
Aquel honrado provecho
de tu playa y de tu mar,
en deshonra y daño torna,
¡mal te puede aprovechar!
Los montes, campos y tierras
que tú solías mandar,

el humo de los sus fuegos
tus ojos cegado han.
Es tan grave tu dolencia
y tanta tu enfermedad,
que los hombres desesperan
de salud poderte dar.
¡Oh Valencia! ¡Oh Valencia!
Dios te quiera remediar,
que muchas veces predije
lo que agora veo llorar.

EL CID INCREPA DE COBARDE A MARTIN PELAEZ

Cercada tiene a Valencia
ese buen Cid castellano,
con los moros que están dentro
cada día peleando;
muchos han muerto y prendio
y a otros ha cautivado.
Al real del buen Rodrigo
un caballero ha llegado:
Martín Peláez ha por nombre,
Martín Peláez, asturiano,
muy crecido es en el cuerpo,
en los miembros arreciado.
Aqueste es de buen donaire,
pero muy acobardado,
halo mostrado en las lides
y batallas do se ha hallado.
Mucho le pesó al buen Cid
cuando lo vido a su lado;
no es para vivir con él
hombre tan afeminado.
Un día entrara el buen Cid
y con él los sus vasallos
en batalla con los moros,
pelean como esforzados;
allá va Martín Peláez
bien armado y a caballo,
antes de dar el torneo
al real había tornado;
fuese para su posada

cubierto y disimulado.
En ella anduvo escondido
hasta que el Cid ha tornado;
dejó muertos muchos moros,
a ellos ganara el campo.
El Cid se sentó a comer,
como tiene acostumbrado,
solo en su cabo a una mesa,
y en el su escaño asentado,
y en otra sus caballeros,
los que tiene por preciados;
con aquestos nadie come
sino los más afamados.
Así lo ordenó el buen Cid
por facerlos esforzados,
y que cada uno procure
facer fechos estimados,
para comer a la mesa
de Alvar Fáñez y su hermano.
Bien cuidó Martín Peláez
que non vio el Cid lo pasado,
y así las manos se lava,
a la mesa se han sentado
donde está don Alvar Fáñez
con la compañía de honrados.
El Cid se fue para él,
y del brazo le ha trabado,
diciendo: —Non sois vos tal
para en tal mesa sentarvos
con esos parientes míos,
a quien vos podáis llegarvos;
más valen que yo ni vos,
que son buenos y aprobados;
sentadvos a la mi mesa,
comed conmigo a mi plato.
Con mengua de entendimiento
no creyó que es baldonado,
asentóse con el Cid
a su mesa y a su lado,
y el Cid con grande cordura
esta reprensión le ha dado:

* * *

—De vuestra honra el crisol
ha manchado el justo cielo,
pues salistes de la lid
y os vieron salir fuyendo.
Levantá, Martín Peláez,
pues se ha visto al descubierto
que fuiste afeminado,
como cobarde mancebo.
No comáis entre infanzones,
que para comer con ellos
es menester pelear
con ánimo y fuerte pecho.
Tened memoria, Martín,
de vuestros padres y abuelos,
y repetid las palabras
que voy agora diciendo:

*Primero he de morir entre paganos,
que me quiten la honra entre cristianos;
pues que tan justo el cielo me persigue
yo he de hacer que su furia se mitigue.*

Ponderad estas palabras,
mirad no las lleve el viento;
que tener vida sin honra
es vivir un hombre muerto.
¿De qué sirvió la nobleza?
En el campo, ¿qué se hicieron
los títulos y renombres
pues se escribieron en negro?
¿Do dejastes el trotón?
Cuido lo dejaste muerto,
que quien de sí no se membra
mal cuidará de lo ajeno.
Esto decía el buen Cid
a Martín con gran secreto,
y levantando la voz
dijo con pecho de acero:

*Primero he de morir entre paganos
que me quiten la honra entre cristianos.*

* * *

Corrido Martín Peláez
de lo que el Cid ha hablado,
de ello cobró gran vergüenza,
de ello está muy ocupado.
Fuese para su posada,
triste estaba y muy cuitado
viendo como el Cid ha visto
su cobardía tan claro,
por lo cual no consintió
que coma con los honrados;
propónese ser valiente
o de morir en el campo.
Otro día salió el Cid,
junto a Valencia ha llegado;
salieron luego los moros
a ferir en los cristianos;
llegan denonadamente
con los esfuerzos sobrados.
Martín Peláez fue el primero
que la lid había entrado,
y firió tan recio en ellos
que a muchos ha derribado.
Allí perdió todo el miedo,
muy gran esfuerzo ha cobrado,
peleó valientemente
mientras la lid ha durado.
Unos mata y otros hiere,
hizo en ellos grande estrago,
los moros dicen a gritos:
—¿De do ha venido este diablo?
¡Hasta aquí no le hemos visto
tan valiente y esforzado!
A todos nos hiere y mata,
del campo nos ha lanzado.
Por las puertas de Valencia
a los moros ha encerrado,
los brazos hasta los codos
en sangre lleva bañados;
ninguno hay tal como él
si no es el Cid afamado.
Los moros fueron vencidos,
Peláez se había tornado,
esperándole está el Cid

fasta que fuera llegado;
con muy crecido placer
Rodrigo lo había abrazado
díjole: —Martín Peláez,
vos sois bueno y esforzado.
non sois tal que merezcáis
de hoy más conmigo sentaros.
asentaos con Alvar Fáñez,
que era mi primo hermano,
y con estos caballeros,
que son buenos y estimados,
que los vuestros buenos fechos
siempre serán bien mentados;
seréis de ellos compañero,
sentaros heis a su lado.
De aquel día en adelante
fizo fechos muy granados
de esforzado caballero,
bueno como el máspreciado.
Aquí se cumplió el proverbio
entre todos divulgado,
“que el que a buen árbol se arrima
de buena sombra es tapado”.

MENSAJES QUE EL CID, DUEÑO YA DE VALENCIA, ENCOMIENDA A ALVAR FAÑEZ

—Partíos ende los moros,
non pongáis mientes en al,
cuidá de los doloridos,
y los muertos soterrad;
decidles a los cuitados
y a las cuitadas contad,
que el saber nueso en la guerra
es humildoso en la paz;
poned la fucia en facer
que me vengan a fablar.
Porque les diga mi boca
toda la mi voluntad,
que non quiero sus haciendas,
nin se las he de tirar,
nin para mis barraganas

sus fijas he de tomar,
que yo non uso mujeres
sinon la mía natural,
que en Sa Pedro de Cardaña
yace agora al mi mandar.
Y mándovos yo, Alvar Fáñez,
si he poder de vos mandar,
vais por ella y por mis fijas,
mis fijas otro que tal.
Llevad treinta marcos de oro
con que se puedan guiar
para venir a Valencia
a la ver y a la gozar;
llevá otros tantos de plata
para San Pedro y su altar,
y entregadlos a don Sancho,
que ende yace por abad;
y al noble rey don Alfonso
mi buen señor natural,
llevá doscientos caballos
bien guarnecidos al mi usar;
y a los honrados judíos
Raquel y Vidas, llevá
doscientos marcos de oro,
tantos de plata, y non más,
que me endonaron prestados,
cuando me partí a lidiar,
sobre dos cofres de arena,
debajo de mi verdad;
rogarles heis de mi parte
que me quieran perdonar,
que con acuita lo fice
de mi gran necesidad;
que aunque cuidan que es arena
lo que en los cofres está,
quedó soterrado en ella
el oro de mi verdad.
Págales la logrería
que soy tenuto a les dar
del tiempo que su dinero
he tenido a mi mandar;
y vos, Martín Antolínez,
le iredes a acompañar,

y las mis buenas venturas
a mi Jimena contad.
Diréis al rey don Alfonso,
que me empreste su juglar,
porque a mi Jimena agrada
mucho el tañer y cantar.
Aquesto dijera el Cid
después que ya entrado ha
en Valencia vitorioso,
pues conquistado la ha.

MENSAJE Y PRESENTES DEL CID A SU REY

Desterrado estaba el Cid
de la corte, y de su aldea
de Castilla, por su rey;
cansado de vencer guerras,
y en las venturosas armas
apenas las manchas secas
de la sangre de los moros
que ha vencido en sus fronteras;
y aún estaban los pendones
tremolando en las almenas
de las soberbias murallas
humilladas de Valencia;
cuando para el rey Alfonso
un rico presente ordena
de cautivos y caballos,
de despojos y riquezas.
Todo lo despacha a Burgos;
y a Alvar Fáñez que lo lleva,
para que lo diga al Rey,
le dice de esta manera:
Dile, amigo, al rey Alfonso,
que reciba su grandeza,
de un fidalgo desterrado
la voluntad y la ofrenda,
y que en este don pequeño
solamente tome en cuenta
que es comprado de los moros
a precio de sangre buena;
que con mi espada en dos años

le he ganado yo más tierras
que le dejó el rey Fernando
su padre, que en gloria sea;
que en feudo de ello lo tome,
y que no juzgue a soberbia,
que con parias de otros reyes
pague yo a mi rey mis deudas;
que pues él como señor
me pudo quitar mi hacienda,
bien puedo yo como pobre
pagar con hacienda ajena;
y que juzgue que en su dicha
son delante mis enseñas
millaradas de enemigos
como ante el sol las tinieblas;
y espero en Dios que mi brazo
ha de hacello rico, mientras
la mano aprieta a Tizona,
y el talón fiere a Babieca.
Y en tanto mis envidiosos
descansen, mientras les sea
firme muralla mi pecho
de su vida y de sus tierras,
y entreténganse en palacio,
y guárdense no me vendan;
que del tropel de los moros
soltaré una vez la presa,
y llegarán su avenida
a ver entre sus almenas;
y defiendan bien sus honras
como manchan las ajenas;
y si les diere en los ojos
lo que les dio en las orejas,
verán que el Cid no es tan malo
como son sus obras buenas;
y si sirven a su rey
en la paz como en la guerra,
mentirosos lisonjeros,
con la espada o con la lengua;
y verá el buen rey Alfonso
si son de Burgos las fuerzas,
los caminos de ladrillo,
o los ánimos de piedra.

Que le suplico permita
se pongan esas banderas
a los ojos del glorioso
mi Príncipe de la Iglesia,
en señal que con su ayuda
apenas enhiestas quedan
en toda España otras tantas,
y ya me parto por ellas.
Y le suplico me envíe
mis fijas y mi Jimena,
de esta alma sola afligida,
regaladas dulces prendas;
que si non mi soledad,
la suya al menos le duela,
porque de mi gloria goce
ganada en tan larga ausencia.
Mirad, Alvaro, no erréis;
que en cada razón de aquestas
lleváis delante del Rey
mi descargo y mi limpieza.
Decidlo con libertad,
que bien sé que habrá en la rueda
quien mis pensamientos mida,
y vuestas palabras mismas.
Procurad que aunque les pese,
a los que a mi bien les pesa,
no lleven más que la envidia
de mí, de vos ni de ellas.
Y si en mi Valencia amada
no me hallareis a la vuelta,
peleando me hallarédes
con los moros de Consuegra.

CUMPLE ALVAR FAÑEZ EL ENCARGO DEL CID

Llegó Alvar Fáñez a Burgos
a llevar al Rey la empresa
de cautivos y caballos,
de despojos y riquezas.
Entró a besarle la mano,
después de darle licencia,
y puesto ante él de rodillas

este recaudo comienza:
—Poderoso rey Alfonso,
reciba vuesa grandeza
de un fidalgo desterrado
la voluntad y la ofrenda.
Don Rodrigo de Vivar,
fuerte muro en tu defensa,
por envidia desterrado
de su casa y de su tierra,
pide que con libertad
hable puesto en su defensa,
y así quiero por no errar
decir sus palabras mismas,
dice: “que este don pequeño
tomes solamente en cuenta,
que es ganado de los moros
a precio de sangre buena;
que con su espada en dos años
te ha ganado el Cid más tierras,
que te dejó el rey Fernando,
tu padre, que en gloria sea;
que en feudo de esto lo tomes,
y no juzgues a soberbia
que con parias de otros reyes
él pague a su rey sus deudas;
y pues tú como señor
le quitaste su hacienda,
que bien puede como pobre
pagar con hacienda ajena.
Que fíes en Dios y en él
que te ha de hacer rico, mientras
la mano aprieta a Tizona
y el talón hiere a Babieca.
Y que gustes que en San Pedro
se pongan estas banderas
a los ojos del glorioso
gran Príncipe de la Iglesia,
en señal que con su ayuda
apenas enhiestas quedan
en toda España otras tantas,
y ya se parte por ellas.
Que te suplica le envíes
sus fijas y su Jimena,

del alma triste afligida
regaladas dulces prendas,
y si non su soledad,
la suya al menos te duela,
para que su gloria goce
ganada en tan larga ausencia.”
No quisiera haber errado,
que en cada palabra de éstas
te traigo, Rey, de Rodrigo
su descargo y su limpieza.
Apenas dio la embajada
cuando la envidia revienta
de envidiosos lisonjeros,
y corredores de orejas.
Movióse un conde agraviado,
y díjole al Rey: —Tu Alteza
no dé crédito a estas cosas,
que son engaños que ceban.
Querrá ahora el Cid Rodrigo,
con esto que te presenta,
venirse a Burgos mañana
a confirmar tus ofensas.
Caló Alvar Fáñez la gorra,
y empuñando en la derecha,
tartamudo de coraje,
le dio al Conde esta respuesta:
—Nadie se mude ni hable,
y el que se moviere atienda
que le fabla el Cid presente,
pues yo lo soy en su ausencia;
y cuando en mi pobre esfuerzo
cupiere alguna flaqueza,
la gran firmeza del Cid
me ayuda desde Valencia.
No le venda ningún falso
ni sus lisonjas le vendan,
que de él y de mí, en su nombre,
no aseguro la cabeza.
Y tú, Rey, que las lisonjas
acomodas y aprovechas,
haz de lisonjas murallas,
y verás cómo pelean.
Perdona, que con enojo

pierdo el respeto a tu Alteza,
y dame, si me has de dar,
del Cid las queridas prendas:
a doña Jimena digo,
y a sus dos hijas con ella,
pues te ofrezco su rescate
como si estuvieran presas.
Levantóse el rey Alfonso,
y a Alvar Fáñez pide y ruega
que se sosiegue, y los dos
vayan a ver a Jimena.

CARTA DEL CID AL REY

“El vasallo desleale,
el desterrado, el traidor,
el que non cupo en Castilla
magüer que en ella nació,
el aviltado de todos,
y más que de ellos de vos;
el que de sí non se miembra
por tratar de vuestro pro,
el que de vuestos denuestos
ya non se acuerda, non,
desde Valencia os envía
salud: otórgueosla Dios.
Non satisface los tuertos
que le ficistéis, señor,
pues de ellos ha resultado
vuestro provecho y su honor.
Sus maldicientes perdona,
aunque indignos de perdón,
que los divinos secretos
tienen asaz gran fondón;
que por donde el home cuida
que amaga su perdición
viene su pro a las vegadas:
¡Mirad, pues, cuán altos son!
Yo hablaré de experiencia,
que he recibido el favor
y vos sois en grave parte
el instrumento de Dios.

En ese arquetón de plata
vos endono un rico don,
estimadlo, Alfonso, en mucho
que merece estimación.
Cinco coronas van ende,
cada con su real pendón;
cinco cetros de oro puro
que de cinco reyes son;
cinco llaves van también,
que como a rey y señor
vos entriega el vuestro siervo,
non lo ficiera un traidor.
Chantadlas en vueso escudo,
que non menguaréis de honor,
¡Farta sangre asaz me cuesta
su prolija aquistación!
Non deis nada al mandadero,
que ya le he pagado yo,
que es Alvar Fáñez Minaya
un mi sirviente de pro;
conocedle, señor Rey,
y fabladle con amor,
ya que yo no he alcanzado
este agasajo de vos,
que el buen hablar en los reyes
cuesta muy poco, señor,
y face vasallos leales,
lo que non face el temor,
que non el temor y amores
comen en un plato, non,
y el temido, pocas veces
fue amado de corazón.
Diréis que aqueste Rodrigo
siempre fue aconsejador,
y aina os dirán los tiempos
si tenéis otro mejor;
que non soy tan mal vasallo
que con muchos como yo
non restaurara de presto
lo que el rey godo perdió.
Gocéis lo que os doy mil años,
que hoy vos pongo en posesión;
non quiero para mí nada,

sólo escucho vuestro amor,
y que por la mi Jimena,
que es dueña de gran valor,
miredes, y por mis fijas,
sólo vos pido este don
en pago de mis servicios,
si merecen galardón,
que non vos será afanoso
cumplir vuestra obligación."

GANADA VALENCIA, EL CID VA A SAN PEDRO DE CARDEÑA

Victorioso vuelve el Cid
a San Pedro de Cardena
de las guerras que ha tenido
con los moros de Valencia.
Las trompetas van sonando
por dar aviso que llega,
y entre todos se señalan
los relinchos de Babieca.
El Abad y monjes salen
a recibirlo a la puerta,
dando alabanzas a Dios
y al Cid mil enhorabuenas.
Apeóse del caballo,
y antes de entrar en la iglesia
tomó el pendón en sus manos,
y dice de esta manera:
—Salí de ti, templo santo,
desterrado de mi tierra;
mas ya vuelvo a visitarte
acogido en las ajenas.
Desterróme el rey Alfonso
porque allá en Santa Gadea
le tomé el su juramento
con más rigor que él quisiera.
Las leyes eran del pueblo,
que no excedí un punto de ellas,
pues como leal vasallo
saqué a mi rey de sospecha.
¡Oh envidiosos castellanos,

cuán mal pagáis la defensa
que tuvistes en mi espada
ensanchando vuestra tierra!
Veis aquí os traigo ganado
otro reino y mil fronteras,
que os quiero dar tierras más,
aunque me echáis de las vuestras.
Pudiera dárselo a extraños;
mas para cosas tan feas
soy Rodrigo de Vivar,
castellano a las derechas.

VICTORIA DEL CID SOBRE MIRAMAMOLIN

Ya se salen de Valencia
con el buen Cid castellano
sus gentes bien ordenadas,
las de a pie y las de a caballo;
su seña lleva tendida
Bermúdez el esforzado;
por la puerta la Culebra
salían todos al campo.
Don Jerónimo, arzobispo,
delante va bien armado;
para contra el moro rey
Miramamolín llamado,
que venía contra el Cid
a le quitar lo ganado.
Cincuenta mil caballeros
trae el moro a su mandado;
las haces muy ordenadas,
ambas se habían juntado;
como los moros son muchos,
y tan pocos los cristianos,
tiénenlos en grande aprieto;
mas el buen Cid ha llegado
a grandes voces diciendo,
en Babieca cabalgando:
—¡Dios ayuda y Santiago!
Firiendo van en los moros,
firiendo van y matando.
Grande favor había el Cid

en verse bien cabalgado
en su caballo Babieca,
y el brazo lleva bañado
en la sangre de los moros
fasta el codo ensangrentado;
no hiere más de una vez
al moro que osa aguardallo.
Fuido han en fin los moros,
y el campo les han dejado;
mas yendo en su seguimiento
con el rey moro había dado.
Tres veces ya lo ha herido,
mas el moro es bien armado,
y el caballo del buen Cid
mucho adelante ha pasado,
y cuando tornara al moro
mucha tierra le ha cobrado;
no lo pudiera alcanzar,
en un castillo se ha entrado.
De las gentes que traía
De las gentes que traía
solamente habían quedado
no más de mil y quinientos,
los más muerto y cautivado.
Gran haber hubiera el Cid
de oro y plata y de caballos,
y una tienda la más rica
que se viera entre cristianos.
A don Alvar Salvadores
en la tienda lo ha hallado,
de lo cual se alegró el Cid,
y a Valencia se ha tornado;
y Jimena con sus fijas
gran placer habían tomado.

BODAS DE LAS HIJAS DEL CID Y AFRENTA DE CORPES

CASA EL CID A SUS HIJAS CON LOS CONDES DE CARRION

Considerando los Condes
lo que el de Vivar vale,
y que su fama se aumenta
por las fazañas que face,
al rey don Alfonso piden
que con sus fijas les case,
porque ser yernos del Cid
es bien que puede estimarse.
El Rey por facelles bien
luego le envió un mensaje
que se viniese a Requena
para que con él lo trate.
Rodrigo vista la nueva
dio de ello a Jimena parte;
que en tal caso las mujeres
suelen ser muy importantes.
Sabido, no gustó de ello,
y dijo al Cid: —Non me place
magüer sean de linaje,
mas fágase ende, Rodrigo,
lo que a vos más os agrade,
que no hay mengua de consejo
do está el Rey y vos estades.

Rodrigo partió a Requena,
y también el Rey se parte
juntamente con los Condes,
porque el Cid los vea y fable.
Después de dicha una misa,
delante el Rey y los grandes,
por don Jerónimo, obispo,
con muchas solemnidades,
el Rey al Cid apartó
de todos los circunstantes,
y estas palabras propuso
con gravadoso semblante:
—Bien sabedes, don Rodrigo,
que os tengo amor asaz grande,
y por vuestras cosas cuido
con solicitud bastante;
por ende habéis de saber
que fice a questo viaje
por fablaros de un negocio
que importa con vos se fable.
Los condes de Carrión
me han rogado que vos trate
en que les deis vuestas fijas,
y que con ellas los case;
que estarán agradecidos
si esta merced se les face,
porque es gran razón se estimen
fijas que son de tal padre.
Codician vuesa amistad,
atienden al trato afable,
aman mucho vuestas cosas,
y estiman a vuesa sangre.
Agradeció el Cid entonces
al Rey la merced tan grande,
y díjole se sirviese
de todo lo que a él tocase,
que de él, de fijas, de haberes,
ficiese lo que mandase;
que él no casaba a sus fijas,
mas las da que se las case.
Dióle el Rey gracias por ello
y mandó les entregasen
ocho mil marcos de plata

para el día en que se casen;
y al tío de las doncellas,
que era el buen don Alvar Fáñez,
mandó el Rey que las tuviese
fasta que se desposasen.
Luego el Rey llamó a los Condes
y mandó que le besasen
las manos al Cid Ruy Díaz,
y le fagan homenaje.
Ficiéronlo así los Condes
delante el Rey y los grandes,
y convidó el Cid a todos
porque en sus bodas se hallen.
Partióse el Rey a Castilla
y el de Vivar con él parte,
y a dos leguas mandó el Rey
que no pasen adelante.
Fuese Rodrigo a Valencia
donde quiso se juntasen
los Condes y caballeros,
porque las bodas se acaben.
Cuando el Cid los vido juntos
díjole a don Alvar Fáñez
que lo que el Rey le mandó
luego al punto efectuase;
que trajese a sus sobrinas,
y que a los condes o infantes
que llaman de Carrión
al punto las entregase.
Diéronselas, y los Condes,
con amorosas señales,
dieron muestras del contento
que de este suceso nace,
porque es tan fuerte el amor,
y son sus efectos tales,
que lo publican los ojos,
aunque la lengua lo calle.
Fizo el Obispo su oficio,
dio bendiciones y paces,
hubo fiestas ocho días
de cañas, toros y bailes;
dio grandes dones el Cid
a los Condes y magnates,

que aquel que es grande en sus fechos
suele ser en todo grande.

COBARDIA DE LOS CONDES ANTE UN LEON

Acabado de yantar,
la faz en somo la mano,
durmiendo está el señor Cid
en el su precioso escaño;
guardándole están el sueño
sus yernos Diego y Fernando,
y el tartajoso Bermudo
en lides determinado;
fablando están juglerías,
cada cual por hablar paso,
y por soportar la risa
puesta la mano en los labios;
cuando unas voces oyeron
que atronaban el palacio,
diciendo: —¡Guarda el león!
¡Mal muera quien lo ha soltado!
No se turbó don Bermudo,
empero los dos hermanos
con la cuita del pavor
de la risa se olvidaron,
y esforzándose las voces
en puridad se hablaron,
y aconsejándose aprisa
que no fuyesen despacio.
El menor, Fernán González,
dio principio al fecho malo,
en zaga el Cid se escondió
bajo su escaño agachado.
Diego, el mayor de los dos,
se escondió a trecho más largo
en un lugar tan lijoso,
que no puede ser contado.
Entró gritando el gentío,
y el león entró bramando,
a quien Bermudo atendió
con el estoque en la mano.
Aquí dio una voz el Cid,

a quien como por milagro
se humilló la bestia fiera,
humildosa y coleando.
Agradecióselo el Cid,
y al cuello le echó los brazos,
y llevólo a la leonera
faciéndole mil falagos.
Aturdido está el gentío
viendo lo tal, no acatando
que ambos eran leones,
mas el Cid era más bravo.
Vuelto, pues, a la su sala,
alegre y no demudado,
preguntó por sus dos yernos
su maldad adivinando.
Bermudo le respondió:
—Del uno os daré recaudo,
que aquí se agachó por ver
si el león es fembra o macho.
Allí entró Martín Peláez,
aquel temido asturiano,
diciendo a voces: —Señor,
albricias, ya lo han sacado.
El Cid replicó: —¿A quién?
El respondió: —Al otro hermano,
que se sumió de pavor
do no se sumiera el diablo.
Miradle, señor, do viene,
empero faceos a un lado,
que habéis, para estar par dél,
menester un incensario.
Desenjaularon al uno,
metieron otro del brazo,
manchados de cosas malas
de boda los ricos paños.
Movido de saña el Cid
a uno y a otro mirando,
reventando por hablar,
y por callar reventando,
al cabo soltó la voz
el soberbio castellano,
y los denuestos les dijo
que vos contaré despatio.

REPRENDE EL CID A SUS YERNOS

—Non quisiera, yernos míos,
haber visto tal guisado,
cual el de este mal suceso,
magüer cuido algún gran daño.
¿Son éstas ropas de bodas?
¡Haya mal grado el diablo!
¿Qué pavor ha sido el vueso,
que habéis fecho tal recaudo?
Teniendo las vuestas armas,
¿por qué fugisteis entrambos?
¿Non estábades conmigo
para siquiera mirallo?
Pedisteis al Rey mis fijas
cuidando de valer algo,
non fice mi voluntad,
mas fice en el su mandado.
¿Vosotros sodes los novios
para mi vejez guardados?
¡Buena vejez me darédes
siendo tan afeminados!
No quiero pasar de aquí,
que si miro lo pasado
reviento de pesadumbre
considerando este caso.
Estas palabras el Cid
les dijo muy enojado
por haber así fuido
del león los dos hermanos;
agraviáronse los Condes,
y con él quedan odiados.

SALE EL CID DE VALENCIA CONTRA BUCAR

—Si de mortales heridas
fincare muerto en la guerra,
llevadme, Jimena mía,
a San Pedro de Cardaña;
y así buena andanza hayades
que me fagades la huesa

junto al altar de Santiago,
amparo de lides nuevas.
Non me curedes plañir,
porque la mi gente buena
viendo que falta mi brazo
non fuya y deje mi tierra.
Non vos conozcan los moros
en vuestro pecho flaqueza,
sino que aquí griten armas,
y allí me fagan obsequias
y la Tizona que adorna
esta mi mano derecha,
non pierda de su derecho,
ni venga a manos de fembra,
y si permitiere Dios
que el mi caballo Babieca
fincare sin su señor,
y llamare a vuesa puerta,
abridle y acariñadle
y dadle ración entera,
que quien sirve a buen señor,
buen galardón dél espera.
Ponedme de vuesa mano
el peto, espaldar y grevas,
brazal, celada y manoplas,
escudo, lanza y espuelas;
y puesto que rompe el día
y me dan los moros priesa,
dadme vuesa bendición
y fincad enhorabuena.
Con esto salió Rodrigo
de los muros de Valencia
a dar la batalla a Búcar.
¡Plegue a Dios que con bien vuelva!

DEFENSA DE VALENCIA CONTRA BUCAR

La venida del rey Búcar
a la ciudad de Valencia
está consultando el Cid
con muchos homes de cuenta.
Estando en aquesta fabla

han entrado por la puerta
sus yernos, disimulando
la traición que asaz le ordenan.
Asiento les diera el Cid
a la su mano derecha,
él temblando de atrevido,
y ellos tiemblan de flaqueza,
que los ánimos cobardes
carecen de fortaleza.

En estas fablas estando
toda la gente trae nuevas
con cajas, pífanos, trompas,
de como los moros llegan.
Subióse el Cid con los suyos
a una torre tan soberbia
como son sus pensamientos,
que igualan a las estrellas.
Puesto de pechos el Cid
en las soberbias almenas,
miraba al Rey que ha llegado
con el ejército y tiendas,
de que sus cobardes yernos
ya se temen y recelan.

El Cid ha sido avisado
que un recaudo del Rey llega;
bajóse por recibillo,
sin bajar su fortaleza.

A las razones del moro
atiende el Cid con prudencia,
y turbado de su aspecto
le dice de esta manera:

—El rey Búcar, mi señor,
ha venido de su tierra
a deshacer el gran tuerto
con que tú le tienes ésta.

Envíatela a pedir,
y en viendo que no la dejas,
te apercibe a la batalla,
y procura defendella.

Oídas estas razones,
no haciendo de ellas cuenta,
alegre responde el Cid,
mostrando mucha clemencia:

—Dile al Rey que se aperciba,
que yo pondré mi defensa;
Valencia me cuesta mucho
y no pienso salir de ella,
porque he pasado en ganalla
muy grandes cuitas y penas.
Gracias infinitas doy
a la infinita grandeza
que me otorgó la victoria
en tan peligrosa guerra;
a solo Dios lo agradezco,
y a la sangre y gente buena
de mis parientes y amigos
que también mucho les cuesta.
El moro se despidió,
cobarde en ver su presencia,
y temeroso de oírle
al Rey le lleva la nueva.
El Cid se queda ordenando
cosas sobre esta hacienda,
y conoció de sus yernos
la cobardía que encierran.
Mandóles que se quedasen
porque no prueben sus fuerzas;
ellos, temerosos de esto,
corridos de tal afrenta,
le dicen que han de ir con él
a tan peligrosa empresa.
Juntas las gentes del Cid
sus haces trazan y ordenan;
todos salen al real,
y el Cid con tanta braveza,
que los moros, temerosos,
sus haces juntan apriesa.
Al son de pífano y cajas
la batalla se comienza,
animándolos Rodrigo,
que lleva la delantera;
con su gente puesta en orden
la batalla les presenta.
Embístense ambas las partes,
y en la batalla sangrienta
dieciocho reyes prende,

y a todos ellos prendiera,
mas poniendo a los pies alas
desembarazan la tierra;
y aunque costó mucha sangre
durando tan grande pieza,
la vitoria llevó el Cid,
y con ella entró en Valencia.
Recibiólo la ciudad
con aplauso y buena estrena,
deséanle mil saludes
para su amparo y defensa,
y él, contento y muy alegre,
se va a ver a su Jimena.

ORDOÑO BERMUDEZ REPRENDE A FERNAN GONZALEZ POR SU COBARDIA

—Tirad, fidalgos, tirad
a vuestro trotón el freno,
que en fuir de aquese modo
mostráis el pavor del pecho.
De un home solo fuís,
mirad que no es de homes buenos
fuir en tal lid de un moro
donde hay tantos que lo vieron.
Si non queredes morir
como buen fidalgo a fierro,
non viváis entre fidalgos,
que fincan contino muertos.
Tornadvos luego a Valencia,
que si non facéis más que eso,
también saldrán a lidiar
las damas que quedan dentro.
¡Mal andanza vos dé Dios!
Pues con aspecto tan feo
así en público fuís,
¿qué vos dirán en secreto?
¡Mal la doctrina tomastes
de mi tío vuestro suegro,
pues non mancháis la Tizona,
deshonrando el honor viejo!
Decides que sois fidalgos,

¡pues yo vos juro a San Pedro,
que tales desaguizados
non facen fidalgos buenos!
Las armas traéis doradas,
non las regaléis, mancebos,
porque son hierros dorados
que publican vuestros yerros.
Tomad aquese caballo
del moro que yace muerto,
y decid que le vencistes,
que de callar os prometo.
Galanes sois entre damas,
sed valientes entre perros,
porque non digan de vos
a los que os han parentesco;
y adiós, que quiero partirme
porque el Cid, mi tío, es viejo,
y le quiero ir a ayudar,
pues no le ayudan sus yernos.
Esto dijo el buen Bermúdez,
porque el infante don Diego
en la Vega de Valencia
fuyó de un moro gran trecho.

ROMANCE DEL REY MORO QUE PERDIO A VALENCIA

Helo, helo, por do viene
el moro por la calzada,
caballero a la gineta
encima una yegua baya;
borceguíes marroquíes
y espuela de oro calzada,
una adarga ante los pechos
y en su mano una zagaya.
—Mirando estaba a Valencia,
cómo está tan bien cercada:
—¡Oh Valencia, oh Valencia,
de mal fuego seas quemada!
Primero fuiste de moros
que de cristianos ganada.
Si la lanza no me miente,

a moros serás tornada,
aquel perro de aquel Cid
prendérello por la barba:
su mujer doña Jimena
será de mí captivada,
su hija Urraca Hernando
será mi enamorada,
después de yo harto della
la entregaré a mi compañía.
El buen Cid no está tan lejos,
que todo bien lo escuchaba.
—Venid vos acá, mi hija,
mi hija doña Urraca;
dejad las ropas continas
y vestid ropas de pascua.
Aquel moro hi-de-perro
detenémelo en palabras,
mientras yo ensillo a Babieca
y me ciño la mi espada.

La doncella muy hermosa
se paró a una ventana:
el moro desque la vido,
desta suerte le hablara:
—¡Alá te guarde, señora,
mi señora doña Urraca!
¡Así haga a vos, señor,
buena sea vuestra llegada!
Siete años ha, rey, siete,
que soy vuestra enamorada.
—Otros tantos ha, señora,
que os tengo dentro en mi alma.

Ellos estando en aquesto,
el buen Cid que asomaba.
—Adiós, adiós, mi señora,
la mi linda enamorada,
que del caballo Babieca
yo bien oigo la patada.

Do la yegua pone el pie,
Babieca pone la pata.
Allí hablara el caballo,
bien oiréis lo que hablaba:
—¡Reventar debía la madre,
que a su hijo no esperaba!

Siete vueltas la rodea
al derredor de una jara;
la yegua que era ligera
muy adelante pasaba,
fasta llegar cabe un río
adonde una barca estaba.
El moro desde que la vido,
con ella bien se holgaba;
grandes gritos da al barquero
que le allegase la barca:
el barquero es diligente,
túvosela aparejada;
embarcó muy presto en ella,
que no se detuvo nada.
Estando el moro embarcado
el buen Cid que llegó al agua,
y por ver al moro en salvo
de tristeza reventaba;
mas con la furia que tiene,
una lanza le arrojaba,
y dijo: —¡Recoged, mi yerno,
arrecogedme esa lanza,
que quizá tiempo verná
que os será bien demandada!

HUYE BUCAR DEL CID

Encontrádose ha el buen Cid
en medio de la batalla
con aquese moro Búcar,
que tanto le amenazaba.
Cuando el moro vido al Cid
vuelto le ha las espaldas;
hacia la mar iba huyendo,
parece llevaba alas;
caballo trae corredor,
muy recio lo espoleaba;
alongado se ha del Cid,
que Babieca no le alcanza
por estar laso y cansado
de la batalla pasada.
El Cid con gran voluntad

de vengar en él su saña,
para escarmiento del moro
y de toda su compañía,
hiérele de las espuelas,
mas poco le aprovechaba.
Cerca llegaba del moro
y la espada lo arrojaba,
en las espaldas le hirió,
mucho sangre derramaba.
El moro se entró huyendo
en la barca que le aguarda.
Apeárase el buen Cid
para tomar la su espada,
también la del moro,
que era muy buena y muy preciada.

ROMANCES DE LA AFRENTA DE CORPES

De concierto están los condes,
hermanos Diego y Fernando;
afrentar quieren al Cid,
muy gran traición han armado.
Quieren volverse a sus tierras,
sus mujeres han demandado,
y luego su suegro, el Cid,
se las hubo entregado.
—Mirad, yernos, que tratades
como a dueñas hijasdalgo
mis hijas, pues que a vosotros
por mujeres las he dado.
Ellos ambos le prometen
de obedecer su mandado.
Ya cabalgaban los condes,
y el buen Cid ya está a caballo
con todos sus caballeros
que le van acompañando;
por las huertas y jardines
van riendo y festejando;
por espacio de una legua
el Cid los ha acompañado.
Cuando dellas se despide,
las lágrimas le van saltando,

como hombre que ya sospecha
la gran traición que han armado,
manda que vaya tras ellos
Alvaráñez, su criado.
Vuélvese el Cid y su gente,
y los condes van de largo.
Andando con muy gran priesa
en un monte habían entrado,
muy espeso y muy oscuro,
de altos árboles poblado.
Mandaron ir toda su gente
adelante muy gran rato;
quédanse con sus mujeres
tan solos Diego y Fernando.
Apéanse de los caballos,
y las riendas han quitado;
sus mujeres que lo ven
muy gran llanto han levantado.
Apéanlas de las mulas
cada cual para su lado;
como las parió su madre
ambas las han desnudado,
y luego a sendas encinas
las han fuertemente atado.
Cada uno azota la suya,
con riendas de su caballo;
la sangre que de ellas corre
el campo tiene bañado;
mas no contentos con esto,
allí se las han dejado.
Su primo que las fallara,
como hombre muy enojado,
a buscar los condes iba;
como no los ha hallado,
volvióse para ellas
muy pensativo y turbado;
en casa de un labrador,
allí se las ha dejado.
Vase para el Cid su tío,
todo se lo ha contado.
Con muy gran caballería
por ellas ha enviado.
De aquesta tan grande afrenta

el Cid al Rey se ha quejado.
El Rey, como aquesto vido,
tres Cortes había armado.

* * *

En las malezas de un monte,
desnudas por gran traición,
dos soles contempla el mundo:
doña Elvira y doña Sol,
hijas de Jimena Gómez
y del buen Cid Campeador;
regalo del alma suya,
y prendas del corazón.
Allí en la blanca azucena,
muestra el lirio su color,
y en dos albas claras bellas
la grana por arrebol;
dos cielos que llueven perlas,
y estrellas dan al licor,
y entre aljófar y corales
esta voz forma el dolor:

¡Ay duro roble!

¡Ay soledad! ¡Ay breña!

¡Ay, quien del mundo fía, cómo sueña!

—¡Ay aleves Condes, dicen,
cuán ciegos en vuestro error
dejáis presas nuestras manos,
seltas las del vengador!
¡Ay famoso Cid!, tus obras
ganadas con tu valor,
hoy en duros robles mueren
a manos del desamor.
Mil baluartes y muros
ha derribado el temor
de tu brazo, a quien ultrajan
las chozas de Carrión.
¡Espanto de mil traiciones,
ya dirá el mundo traidor,
que se le atreven los Condes
al que es de reyes señor!

¡Ay duro roble!, etc.

¡Ay honor, prenda del alma!
Decidle al Cid que os ganó
entre lanzas de dos hierros,
que en uno solo os perdió.
Id luego, no vais agora;
pero no lo haréis vos, no,
que aborrecéis a desnudos
y a deshonorados mejor.
Id, pues que sois tan altivo,
decid al rey en León,
que se duela cuando os mire
o que os vuelva cual os vio.
Y en tanto de estas montañas,
con tierna lamentación,
volveremos de las fieras,
en piedad dulce el rigor.

¡Ay duro roble!

¡Ay soledad! ¡Ay breña!

¡Ay, quien del mundo fía, cómo sueña!

* * *

Al cielo piden justicia
de los condes de Carrión
ambas las fijas del Cid,
doña Elvira y doña Sol.
A sendos robles atadas
dan gritos que es compasión,
y no las responde nadie
sino el eco de su voz.
El menosprecio y afrenta
sienten, que las llagas non;
que es dolor a par de muerte
en la mujer un baldón.
Tal fuerza tiene consigo
la verdad y la razón,
que hallan en los montes gentes
y en las fieras compasión.
A los lamentos que hacen
por allí pasó un pastor,

por donde no puso pie
cosa humana, si ahora non.
Danle voces que se acerque,
y él non osa de pavor,
que son hijos de ignorancia
el empacho y el temor.
Por Dios te rogamos, home,
que hayas de nos compasión;
así tus ganados vayan
siempre de bien en mejor,
nunca les falten las aguas
en el estío y calor,
las yerbas no se les sequen
con la helada y con el sol;
tus tiernos fijuelos veas
criados en bendición,
y peines tus blancas canas
sin dolencia y sin lesión;
que desates nuestras manos,
pues que las tuyas no son
como las que nos ataron,
de malicia y de traición.
Estando en estas palabras
el buen Ordoño llegó
en hábito de romero
de orden del Cid su señor;
prestamente las desata
disimulando el dolor.
Ellas, que lo conocieron,
juntas lo abrazan las dos;
llorando les dice: —Primas,
secretos del cielo son,
cuya voz y cuya causa
está reservada a Dios.
No tuvo la culpa el Cid,
que el Rey se lo aconsejó;
¡mas buen padre tenéis, dueñas,
que vuelva por vueso honor!

* * *

—¡Atended a la mi fabla,
aleves yernos del Cid,

cobardes como traidores,
que siempre es cobarde un vill!
¿Hombres buenos sois vosotros?
Non sois, sí canalla ruin,
que el Cid en sus fechorías
da demostración de sí.
Non fuyáis, aleves Condes,
que non vos valdrá el fuir,
que es águila la venganza
cuando el agravio es neblí.
Un home solo os va en zaga,
non fuyáis, facedle huir;
¡mas es la razón gigante
que se acompaña con mil!
Volved, que non me desmayan
las espadas que ceñís,
que el Cid las cubrió de sangre,
pero vosotros de orín.
Sus dos fijas le azotasteis;
pero fue tuerto, que al fin
al Cid ofendéis y a Dios,
al rey Alfonso y a mí:
todos cuatro son leones,
y más bravos, si advertís
que tomarán la venganza
sin pasta ni menjuí.
De esta suerte a los infantes,
dando rienda a su rocín,
los sigue el valiente Ordoño,
el buen sobrino del Cid.

* * *

No con poco sentimiento
mira a los Condes infames,
entre unas ramas oculto
el cuidadoso Alvar Fáñez.
Al mandato de su tío
obedece, porque sabe
que las sospechas dudosas
suelen engendrar verdades.
Viendo desnudas sus primas
a la inclemencia del aire,

amarradas a dos robles,
así empezó a lamentarse:
—*¡Cómo es que así se trate
la honra de mi tío y vuestro padre!*

No quiso llegar a ellas
mientras los dos miserables
al peregrino suceso
dieron fin para ausentarse.
Bien se atreviera a los dos
y a ciento de su linaje,
sino fuera en guarda suya
una gran cuadrilla infame.
Y viendo que estaban solas,
triste ante sus ojos parte,
que es propio en un pecho noble
cuando no puede vengarse.
Al cielo vuelve los ojos
reventando de coraje,
y dice, mirando atento
de sus primas las señales:

—*¡Cómo es que así se trate, etc.*

Si vuestra honra es la mía,
no es bien honrado me llame
si no gano como fuerte
lo que hoy pierdo por cobarde.
Entended, aleves Condes,
que a mi tío no afrentastes,
ni que se mancha tal paño
con cuatro gotas de sangre.
No puede, aunque fue en dos primas,
afrenta aquesta llamarse,
si el Cid que el baldón recibe
no lo escucha ni lo sabe;
mas desátenvos mis manos,
que del recibido ultraje
venganza nos dará el cielo,
si yo no fuere bastante:

—*¡Cómo es que así se trate, etc.*

Con su capa las cubría
que están desnudas al aire,
mientras la noche vecina
su manto piadoso esparce.
A la choza de un pastor

vinieron a repararse
que a veces pueden humildes
hacer merced a los grandes.
En esto amaneció el día,
y el pastor corriendo parte
a dar las nuevas al Cid,
y así replica Alvar Fáñez:
*—¡Cómo es que así se trate
la honra de mi tío y vuestro padre!*

JURA EL CID VENGAR LA AFRENTA HECHA A SUS HIJAS

—Elvira, soltá el puñal,
doña Sol, tiradvos fuera,
non me tengades el brazo,
dejadme, doña Jimena:
non me tolláis el rencor,
que me empacha la vergüenza,
que todas mis fechorías
manchen mis suertes siniestras.
¡A mis fijas, falsos Condes,
y a mis acatadas dueñas,
canes, facéis tales tuertos
tenudas en lueñas tierras!
¡A mí, que vos di humildoso
mis fijas, cuando os la diera
de mil pulidas garnachas
guarnidas, y ricas prendas!
Endonévos mis espadas,
lo mejor de mi hacienda,
y en dos mil maravedís
me empeñara yo en Valencia;
cadenas de oro de Arabia
con buenos ingenios fechas,
que en la su mandadería
me enviara el rey de Persia;
caballos os di ruanos,
y para en plaza seis yeguas,
sendas capas de contray
con los aforros de felpa;
¡y en pago de mis fiducias,

y en pago de mis recuestas,
me las enviades, Condes,
azotadas sin vergüenza,
sus albos cuerpos desnudos,
ligadas sus manos bellas,
sus crenchas desmelenadas,
sus tristes carnes abiertas!
¡Voto hago al Pescador,
que gobierna nuestra Iglesia,
y mal grado haya con él,
cuando le fable en Cardeña,
si en Fromesta y Carrión,
Torquemada y Valenzuela,
villas de vuestros condados,
queda piedra sobre piedra!
Antolínez testimonio,
Peláez vino con ellas;
yo vos pondré la caluña
tal que atemorice en vella;
que con ella y mi razón,
ellos y sus parentelas
han de fincar a mis manos,
a mis agravios desfechas.
Camperos tiene el buen Rey,
que vos apañen y prendan;
fágame justicia en todo
y tendré mi espada queda.
Esto fabló y dijo el Cid,
y cabalgando en Babieca
partió de Valencia a Burgos
a dar al Rey su querella.

ULTIMOS HECHOS Y MUERTE DEL CID CAMPEADOR

JIMENA DESPIDE AL CID, QUE PARTE PARA LA CORTE

Asida está del estribo
la noble Jimena Gómez,
y en tanto que al Cid le habla
el Cid su gabán compone.
—Mirad, le dice, señor,
que la sangre de aquel conde
que matasteis bueno a bueno,
que la venguéis como noble.
A las cortes vais, buen Cid,
y a lo que os lleva a la corte
ha de dar corte la espada,
porque no tiene otro corte.
Al Rey habrán prevenido,
y a sus amigos los condes,
que es de cobardes muy propio
socorrerse de invenciones.
No acetéis del rey Alfonso
excusas, ruegos ni dones;
que mal se cubre una injuria
con afeite de razones.
Considerad vuestras fijas
amarradas a dos robles,
de quien hoy tiemblan las hojas
condolidas de sus voces;

y mirad aquella ofensa
contra mí fecha en el monte,
descubre en vos las señales,
y en mis fijas los azotes.
Dios os guarde donde vades,
que son los competidores
cruels como cobardes
como cobardes traidores.
Yo sé bien que vais seguro,
si no fuere de traiciones,
que atrevidos con mujeres
nunca lo son con los hombres.
No entréis, señor, en batalla,
que menguáis vuestos blasones
honrando con vuesa espada
una sangre tan enorme.
El que venció a tantos reyes
no se iguale a aquestos homes,
que relinchos de Babieca
han vencido otros mejores.
Cobrad vuestas dos espadas
para Bermudo y Ordóñez,
que ellos pondrán en sus filos
el uso de vuestos golpes.
Sacará del fuego mío
la Tizona los tizones,
y la famosa Colada
la mancha de mis pasiones.
Por mi aviso y vuesa mano
que a mi venganza se ponen,
desde luego la esperanza
me promete alegres dones.
—Así suceda, Jimena,
el famoso Cid responde,
y abajando la cabeza
picó a Babieca y partióse.

SALE EL CID PARA LAS CORTES DE TOLEDO

Recibiendo el alborada
que viene a alegrar la tierra,
tocaban a recoger

seis clarines por Valencia.
Don Rodrigo de Vivar,
el buen Cid, su gente apresta
para partir a Toledo,
que a cortes el Rey le espera.
Ya la plaza del palacio
está de gente cubierta,
de escuderos y fidalgos
esperando que el Cid venga.
El sale ya de la sala,
ya está en medio la escalera
y sálenle a acompañar
sus dos hijas y Jimena.
Abrázalas cortésmente,
y ruégales que se vuelvan,
que en ver presentes sus hijas
tiene presente su afrenta.
Descendió fasta el zaguán
donde estaba su Babiaca,
que de ver triste a su amo
casi siente su tristeza.
Salió en cuerpo hasta la plaza
armado con armas negras,
sembradas de cruces de oro,
desde la gola a las grevas.
Vio su gente tan lucida,
y en la ventana a Jimena,
y por facer lozanía
puso al caballo las piernas.
Llevó los ojos de todos,
y al cabo de la carrera
quitó a Jimena la gorra
y tocaron las trompetas;
todos siguieron tras él,
¡cuán lucida gente lleva!,
pues alegre el sol de vellos
en las armas reverbera.
Caminan por sus jornadas,
y a la vista de Requena
detuvo la rienda el Cid,
que no quiso entrar en ella.
Acordóse en aquel punto
que allí fue la vez primera

que le llamó el sexto Alfonso
estando él quieto en ella.
Con grave y severa voz,
levantando la visera
y afirmado en los estribos,
le dice de esta manera:
—Teatro de mi deshonra,
do se hizo la tragedia
en que mis aleves yernos
fueron los autores de ella;
principio de mi desdicha,
do sin ser jueves de cena
comieron con faz doblada
ambos Judas a mi mesa;
al Rey vo a pedir justicia,
ruego a Dios que no la tuerza,
que a postre de mi venganza
no estaréis en mi frontera.
Y llevado de furor
puso al caballo las piernas
contra la flaca muralla
que de verle airado tiembla.

DE COMO EL CID FUE A LAS CORTES

Por Guadalquivir arriba
cabalgan caminadores,
que, según dicen las gentes,
ellos eran buenos hombres;
ricas aljubas vestidas
y encima sus albornoces,
capas traen aguaderas
a guisa de labradores.
Daban cebada de día
y caminaban de noche,
no por miedo de los moros,
mas por las grandes calores.

Por sus jornadas contadas
llegados son a las cortes;
sáuelos a recibir
el Rey con sus altos hombres.
—Viejo que venís, el Cid,

viejo venís y florido.
—No he de holgar con las mujeres,
mas de andar en tu servicio;
de pelear con el rey Búcar,
rey que es de gran señorío;
de ganalle las sus tierras,
sus villas y sus castillos;
también le gané yo al Rey
el su escaño tornido.

PRESENTASE EL CID EN LAS CORTES

Tres cortes armara el Rey,
todas tres a una sazón,
las unas armara en Burgos,
las otras armó en León,
las otras armó en Toledo
donde los hidalgos son,
para cumplir de justicia
al chico con el mayor.
Treinta días da de plazo,
treinta días, que más no,
y el que a la postre viniese
que lo diesen por traidor.
Veinte nueve son pasados,
los condes llegados son;
treinta días son pasados,
y el buen Cid no viene, non.
Allí hablaran los condes:
—Señor, dadlo por traidor.
Respondiérales el Rey:
—Eso non faría, non,
que el buen Cid es caballero
de batallas vencedor,
pues que en todas las mis cortes
non lo había otro mejor.
Ellos en aquesto estando
el buen Cid que asomó
con trescientos caballeros,
todos fijosdalgo son,
todos vestidos de un paño,
de un paño y de una color,

si no fuera el buen Cid
que traía un albornoz:
—Manténgavos Dios, el Rey,
y a vosotros sálveos Dios,
que no hablo yo a los condes,
que mis enemigos son.

QUERELLA DEL CID ANTE EL REY

—Yo me estando en Valencia,
en Valencia, la mayor,
buen Rey, vi yo vuestra seña
y vuestro honrado pendón.
Saliera yo a recibirle
como vasallo a señor,
enviástesme una carta
con un vuestro embajador:
que diese yo las mis hijas
a los condes de Carrión.
No quería Jimena Gómez,
la madre que las parió;
por cumplir vuestro mandado
otorgáraselas yo.
Treinta días duran las bodas,
treinta días, que más non;
y un día estando comiendo
soltárase un león.
Los condes eran cobardes,
luego piensan la traición,
pidiéranme las mis hijas
para volver a Carrión;
como eran sus mujeres
entregáraselas yo.
¡Ay, en medio del camino,
cuán mal paradas que son!
Hallólas un caballero,
¡déle Dios el gualardón!,
a la una dio su manto,
y a la otra su ropón.
Hallólas tan malparadas
que de ellas hubo compasión.
Si el escudero quisiera,

los condes cornudos son.
Allí respondieron los condes
una muy mala razón:
—Mentides, el Cid, mentides,
que non éramos traidores.
Levantóse Pero Bermúdez,
el que las damas crió,
y al conde que esto hablara
diole un grande bofetón.
Allí hablara el Rey
y dijera esta razón:
—¡Afuera, Pero Bermúdez!,
no me revolváis quistión.
—Otórganos campo, Rey,
otórganoslo, señor;
que con muy gran dolor vive
la madre que las parió.
Ya les otorgaba el campo,
ya les partían el sol.
Por el Cid va Nuño Gustos,
hombre de muy gran valor;
con él va Pero Bermúdez
para ser su guardador.
Los condes, como lo vieron,
no consienten campo, non;
allí hablara el buen Rey,
bien oiréis lo que habló:
—Si no otorgáis el campo
yo haré justicia hoy.
Allí hablara un criado
de los condes de Carrión:
—Ellos otorgan el campo
mañana en saliendo el sol.
Allí hablara el buen Cid,
bien oiréis lo que habló:
—Si quieren uno a uno
o si quieren dos a dos:
allá va Nuño Gustos
y el ayo que las crió.
Dijo el Rey: —Pláceme, Cid,
y así lo otorgo yo.
Otro día de mañana
muy bien les parten el sol.

Los condes vienen de negro
y los del Cid de color.
Ya los meten en el campo,
de vellos es gran dolor;
luego abajaban las lanzas,
¡cuán bien combatidos son!
A los primeros encuentros
los condes vencidos son,
y Gustos y Pero Bermúdez
quedaron por vencedores.

OTRO ROMANCE AL MISMO ASUNTO

Medio día era por filo,
las doce daba el reloj,
comiendo está con los grandes
el rey Alfonso en León,
cuando entraba por la sala
ese buen Cid Campeador,
armado de todas armas,
demudado la color.
A pedir viene justicia
a su Rey y gran señor
del agravio que le han hecho
los condes de Carrión.
Poniendo en el Rey los ojos
y en sus orejas la voz:
—¡Justicia venga del cielo
si no me la hacéis, señor!
Justicia vengo a pedir
pudiendo tomarla yo,
que con sangre de alevosos
suelo yo limpiar mi honor.
Desterrado, ausente y pobre,
Rodrigo de Vivar soy,
que venganza de traidores
conmigo a la par nació.
Si les faltó atrevimiento
yo no sé quién se le dio
si no es que los envidiosos
siguen tras vuestra opinión.
Tan a guisa de traidores,

como es verdad que lo son,
se atrevieron a mis hijas
doña Elvira y doña Sol.
Pagaránmelo sus hijos
de aquese conde traidor,
porque de su sangre aleve
no me ha de quedar varón.
Si los tenía agraviados,
armado en frontera estoy,
a fuer de buen caballero
les diera satisfacción.
Mira, Alfonso, por mi honra,
por la vuestra mira Dios,
que si escucháis a traidores
no estáis muy seguro vos.
Los agravios que os han hecho
vengádoslos he bien yo,
pues gozáis por mi trabajo
el reino que tenéis hoy;
por mí os temen las fronteras
que vieron vuestro pendón,
y mis hijas agraviadas
no hallan socorro en vos;
reyes moros tengo amigos,
que vasallos míos son,
para hallar favor en ellos
ya que en vuestra corte non.
Guarden todos su cabeza
que estoy vivo aunque me voy,
y a mi espada y a mi brazo
le ha de venir su sazón.
Las espaldas vuelve el Cid
y el Rey de comer alzó,
y mandó que se pregonen
las cortes para León.
Los grandes se alborotaron,
ninguno a comer tornó,
sus amigos de cuidado,
sus contrarios de temor.

ROMANCE DE LA ACUSACION QUE HIZO EL CID

—Digádesme, aleves condes,
¿qué fallasteis en mis hijas
o cuando a dicha cuidasteis
dueñas de tan alta guisa?
¿Por aventura, por ellas
los fidalgos de Castilla
qué baldones vos han dado?
¿En qué vuestro honor vos quitan?
Por madre han doña Jimena
la mi doña Sol y Elvira,
de tal madre, ¿qué enseñanzas
ni qué fembras de tal vida?
En dote vos di con ellas
los haberes que tenía
y las mis ricas espadas,
que menos fallo en mi cinta.
Yo vos las demando, condes,
ante el Rey que ende nos mira,
porque a Tizona y Colada
no es bien que aleves las ciñan.
Muy fambrientas las tenedes,
no yantan como solían,
que siempre pechos cobardes
dan escasas las heridas.
Con todo, vos rieto, infantes,
por facer mi sangre limpia,
porque el golpe del agravio
no hay miembro que no lastima.
Tenudo soy a facello
por vuestra honra y la mía,
que la mancha del honor
sólo con sangre se quita.
Do por ellas me afrentades,
con ser mis fijas queridas,
que aunque son mi sangre, estaba
en vuestras mujeres mismas;
en los robledos de Corpes
me la depasteis vertida,
mas tras la de dueñas tales
corren varones de estima.

A los sus yernos el Cid
tales razones decía,
levantado de su escaño,
la mano en la barba asida.

RECLAMA EL CID SUS ESPADAS Y DEMAS BIENES

Después que el Cid Campeador
pidió derecho del tuerto
porque fueron emplazados
los condes para Toledo,
el rey don Alfonso el Bravo,
aquel que con gran denuedo
al foradar de la mano
tuvo siempre el brazo quedo,
mandó que dentro en tres meses
pareciesen en Toledo,
o fincasen por traidores
ellos y el conde don Suero.
Mandó que se fagan cortes,
y se junten a ellas cedo
sus grandes y ricos homes,
que quiere tomar su acuerdo,
que si los condes son nobles,
Alfonso es rey de derecho;
magüer que el Cid en honor
es honrado caballero.
Antes de cumplir el plazo
todos a cortes vinieron,
y el Cid trujo en su compañía
novecientos caballeros.
Salió el Rey a recibirlo
a dos leguas de Toledo;
unos de envidiosos callan,
otros dicen que es exceso.
Palacios de Galiana
mandó el Rey estén compuestos,
las paredes de brocado
y el suelo de terciopelo.
Junto a la silla del Rey
su escaño del Cid pusieron,
de que mofaban los condes,

profazando y zahiriendo.
Sentados en cortes todos,
fabló el Rey a sus porteros:
—Mándovos que callen todos,
infanzones y homes buenos;
vos, el Cid, decid su culpa,
y ellos defiendan su pleito.
Librarse vos ha justicia
con que quedéis satisfecho.
Seis alcaldes vos señalo
de mi casa y mi consejo,
y que todos ellos juntos
juren por los Evangelios
que cuidarán de ambas partes
asaz entender el pleito;
y entendido, juzgarán
sin pasión, amor ni miedo.
Levantóse luego el Cid,
y sin más alongamientos
pide le den sus espadas
Tizona y Colada luego.
El Rey miraba a los condes,
que responden atendiendo;
pero ninguna razón
en su defensa dijeron.
Los jueces mandan las den
sin ningún detenimiento;
magüer hubieron pavor,
entregarlas no quisieron.
El Rey dijo: —Descorteses,
volvédse las a su dueño,
que supo mejor ganallas
de los moros de Marruecos.
Ya cobradas las espadas,
dos mil marcos de dinero
les pide y todas las joyas
que les dio en los casamientos.
Unánimes los jueces,
de común consentimiento
los condenan a que paguen
de contado todo el precio.
Comenzó de nuevo el Cid,
los ojos como de fuego,

y el rostro como una gualda,
a demandalles el tuerto.

APOSTROFA EL CID A SUS ESPADAS

El temido de los moros,
aquella gloria de España,
el que nunca fue vencido,
el rayo de las batallas,
ese buen Cid Campeador,
defensor de nuestra patria,
espejo de capitanes,
y de traidores venganza,
en las cortes de Toledo,
do le fueron entregadas
ante el Sexto rey Alfonso
por los condes las espadas,
así fablaba con ellas,
sin hartarse de mirallas:
—¿Do estáis, mis queridas prendas?
¿A do estáis, mis prendas caras?
No caras porque os compré
por dinero, oro ni plata;
mas caras porque os gané
con el sudor de mi cara,
al rey moro de Marruecos,
siendo Valencia cercada,
a vos gané, mi Tizona,
que vos traía en su guarda;
y al conde de Barcelona
a vos os gané, Colada,
cuando les tomé a los moros
los castillos de Brianda.
Yo nunca os fice cobardes,
antes por la fe cristiana
en la sarracena gente
os traje siempre cebadas.
A los condes, mis dos yernos,
por ser joyas tan preciadas,
vos dí, y ellos, ¡mal pecado!,
os tienen de orín manchadas.
Non érades para ellos,

que vos traían afrentadas,
por de dentro muy fambrientas,
por defuera pavonadas.
Libres estáis de las manos
que os traían cautivadas,
el Cid os mira en las suyas,
donde seréis más honradas.
Dijo, y a Pedro Bermúdez,
y a don Alvar Fáñez llama,
y manda que se las guarden
mientras las cortes duraban.

SENTENCIA DE ALFONSO VI

En las cortes de Toledo,
a do yace Alfonso el Sexto,
el Cid le fabla a Bermudo
con muy grande sentimiento:
—¿Non fabláis vos, Pedro mudo?
Fabad, que non estáis muerto;
¿non sabedes que mis fijas
son vuesas primas en deudo?
Ende más que en su deshonra
mucha parte os cabe de ello.
Mucho le pesó a Bermudo
de lo que el Cid ha propuesto.
Juntóse con Garci Ordóñez,
y desque fue cerca puesto,
le diera tan gran puñada,
que dio con él en el suelo.
Alborótanse las cortes,
no queda nadie en su asiento;
aquí sacan las espadas,
allí dicen mil denuestos.
Unos apellidan Cabra,
otros Valencia, otros Reino;
el Rey está ardiendo en ira,
diciendo: —¡Afuera, teneos!
Otra vez replicó: —¡Afuera!
Sin más audiencia condeno
con acuerdo de mi corte
y de mi real consejo,

por los méritos que fallo
que resultan de este pleito,
a los condes de Carrión
que lidien conforme al reto,
y que el Cid haya cumplido
con dalles tres escuderos,
y los que mejor lidiaren,
ellos salven su derecho.
Pidieron plazo los condes
para guisar en el fecho,
y al cabo de ruegos muchos
la noche se puso en medio.
Volvióse el Rey a su casa,
la corte a su alojamiento,
y al salir de los palacios
donde las cortes se han fecho,
de Navarra y de Aragón
al Rey vienen mensajeros.
Cartas le traen de sus Reyes,
pidiéndole otorgamiento
de las dos hijas del Cid
para dos fijos mancebos.
Don Ramiro el de Navarra
le pide, si bien me acuerdo,
a la mayor, doña Elvira,
dueña de virtud y arreo;
a la menor, doña Sol,
ha pedido el rey don Pedro
para su hijo don Sancho,
de Aragón propio heredero.
Partióse a Valencia el Cid,
ufano, alegre y contento,
desagraviadas sus fijas,
a guisar los casamientos.

LOS CAMPEONES DEL CID VENCEN A LOS CONDES

Ya se parte el rey Alfonso,
de Toledo se partía
para ir a Carrión,
que los condes no venían
a lidiar con los del Cid,

que retados los tenían
por la deshonra que hicieron,
aleve y gran villanía,
a los dos fijas del Cid,
doña Sol y doña Elvira.
Consigo llevó los seis
jueces de la tal porfía;
don Ramón, yerno del Rey,
llevaba en su compañía,
y los que habían de lidiar
con los que el aleve hacían.
A Carrión es llegado
a la vega que ende había;
sus tiendas mandara armar,
lo condes a él venían
con su tío Suer González,
que la gran traición urdía.
Traen consigo sus parientes,
muchos son en demasía,
armados venían todos
de ricas fuertes lorigas,
que entre sí han acordado,
que si tiempo se ofrecía,
de matar a los del Cid
de cualquier guisa lo harían,
antes de entrar en la lid,
porque así les convenía.
Los del Cid lo habían sentido,
y al Rey: —Señor, le decían,
en vuesa mano y merced
el de Vivar nos ponía;
por eso, Señor, pedimos
non consintáis que hoy día
nos fagan desaguisados,
nin tuerto, ni alevosía,
que con la merced de Dios
el Cid vengado sería;
derecho habremos de aquesto,
que Dios nos ayudaría.
El Rey dijo: —Non temáis,
magüer yo lo proveería.
Mandó dar luego un pregón
que estas palabras decía:

“Quien tuerto o desaguisado
a los del Cid les ficiese,
que la cabeza y sus bienes,
allí todo lo perdiese.”
El los metiera en el campo
do la lid hacerse había.
Los infantes y su tío,
también al campo acudían;
gran compañía traen consigo
de gente que los seguía;
el Rey a muy grandes voces
estas palabras decía:
—Infantes de Carrión,
la lid que hacerse quería
en Toledo la quisiera,
y non en aquesta villa.
Dijisteis que guarnimientos
a vos allí fallecían;
vine al vueso natural
por faceros cortesía;
los caballeros del Cid
conmigo yo los traía,
en mi fe y en mi verdad
ellos sus vidas ponían.
Condes, yo vos desengaño
a vos y a vusa valía,
non fagades contra ellos
lo que hacer non se debía,
que aquel que lo tal ficiese
ya yo mandado tenía
en campo le despedacen,
sin que nadie se lo impida.
A los condes les pesó
de lo que el Rey les avisa.
La Colada y la Tizona
al Rey suplicado habían
que no entren en la lid,
que era mucha su valía.
El Rey les dijera: —Infantes,
facer eso no podía,
pidiéradeslo en Toledo,
que aquí lugar ya no había;
meted vos muy buenas armas,

que no se os contradiría,
que crecidos sois de cuerpo,
pelead con valentía.
En el campo son metidos
todos seis como cumplía;
arreada está la gente
y todos se apercibían;
embrazaron los escudos,
pónense las capellinas;
firiéronse de las lanzas,
que so los brazos tenían.
A Pedro Bermudo luego
Fernán González hería:
pasólo todo el escudo,
en la carne no le hería;
el firió a Fernán González
de una muy grande ferida;
pasóle de lado a lado,
mucho sangre le salía,
y ya desmayado, en tierra,
Fernán González caía
por las ancas del caballo,
asido a la misma silla;
la lanza echara de sí,
mano a Tizona ponía.
Díjole a Fernán González:
—¡Traidor, perderás la vida!
Y él, conociendo la espada
que el buen Bermúdez traía,
temiérase de la muerte,
y antes que le diera herida,
dijo: —Yo vencido soy,
y por tal me conocía.
Martín Antolín de Burgos
con el otro está en gran prisa;
quebrado habían las lanzas,
con las espadas reñían.
Antolín le diera un golpe
con Colada, espada fina,
por cima de la cabeza,
que mal ferido lo había;
cortárale el guarnimiento,
y el casco también hendía;

Diego González desmaya,
cuidó que no escaparía.
Grandes voces da el infante
por golpes que recibía;
sacóle el caballo fuera
del cerco que el Rey ponía:
vencido es como su hermano,
y por tal él se tenía.
Nuño Busto y Suer González
se fieren con valentía;
las lanzas traen muy fuertes,
recias son a maravilla.
Suer González a Nuño Bustos
el escudo le partía,
pasóle de parte a parte,
que el golpe muy recio iba;
pasólo los guarnimientos,
a la carne no prendía.
Firme estuvo Nuño Bustos,
que era de grande valía,
pasárale con la lanza
el escudo que tenía,
y fuera de las espaldas,
el hierro se parecía.
Suer González cayó en tierra,
Nuño Bustos le ponía
la su lanza sobre el rostro,
herirlo otra vez quería.
—Non lo firades, por Dios,
su padre a voces decía,
que mi fijo ya es vencido,
y creo muerto estaría.
Nuño Busto a los fieles
dijo si aquello valía:
—No vale nada, responden,
si él propio no lo decía.
Suer González volvió en sí:
—Yo soy vencido, publica.
Por alevosos el Rey
los tiene desde aquel día,
con su tío Suer González,
que el consejo dado había.
Fuyéronse de la tierra,

que jamás no parecían,
ni más alzaron cabeza.
Los del Cid con honra fincan,
dioles muy grandes haberes,
a Valencia se volvían.
Gran compañía les da el Rey,
muy seguros los envía
para su señor el Cid,
que por tal le conocían.

CARTA DEL REY AL CID SOBRE LA DERROTA DE LOS CONDES

Acabada la batalla
por el de Vivar pedida
contra los aleves condes
que le afrentaron sus fijas,
el noble rey don Alfonso,
que el suceso honroso estima
que haya sido por el Cid,
como el que tenía justicia,
con los tres fuertes guerreros,
que por él lidiado habían
y alcanzado la vitoria,
así escribe al Cid Ruy Díaz:
“A vos, el Cid castellano,
el de la espada temida,
pestilencia de los moros
y defensa de Castilla;
a vos, a quien guarde el cielo
en próspera y larga vida
para que estemos seguros
de la enemiga morisma;
a vos el rey don Alfonso
salud por ésta os envía,
como vuesto más amigo,
aunque enemigos resistan.
El suceso del combate
que se ha hecho en esa villa
de Carrión, por el orden
que se dio en las cortes mías,
os lo escribo por mi mano,

y va con mi sello y firma,
porque sea testimonio
verdadero y sin malicia,
y que en la edad venidera
cómo fue, se entienda y diga,
sin que amistad o respetos
hagan que acorten o añidan.
Luego que fueron las cortes
en Toledo concluidas,
a esta villa nos partimos
por los dos condes pedida;
su demanda dio sospecha
por ser en su tierra misma,
que tierra que cría alevos
no sin recelo se pisa.
Yo aseguré este recelo,
porque a los tres que venían
por vos, a lidiar con ellos,
guardé con la guarda mía.
Siempre los tuve delante,
conociendo bien que había
de la parte de los condes
más traición que valentía.
Llegó el plazo y día asignado
en que habían de ser vistas
la justicia y la razón
lidiar con la alevosía.
Hízose un fuerte palenque
cerrado, y puestos encima
asientos y seis jueces,
y enfrente mi real silla.
A todo estuve presente,
porque en mi ausencia no digan
que el rostro escondí al efecto
en que el honor vueso iba,
porque no fablen aquellos
que vueso daño codician,
que os falta el rey don Alfonso
como no os faltó en la vida,
aunque por malditos medios
traidores nos revolvían
vuesa lealtad condenando
con envidiosas mentiras.

Advertido de este engaño,
a maldades conocidas
les cerré el oído a aquellos
que os condenaban en vida.
He querido que entendáis
que su maldad entendida
hago el honor vuestro mío,
cual lo mostré en la conquista;
que yo propio y a mi lado
metí los tres que venían
a defender vuestra causa,
que yo llamo propia mía.
Puestos por mí en el palenque,
los dos condes a la mira,
y Suer González su tío,
llegaron, cual convenía,
de fuertes armas cubiertos
con muy grande compañía
de parientes y de amigos,
y el pueblo que los seguía.
Cuando yo vi tanta gente
que en torno a todos seguía,
temí el seguro no fuese
el robo de las Sabinas.
Mandé sentar a los jueces,
y yo tomando mi silla,
sosegado el alboroto,
fue de mí esta razón dicha:
“Condes, las hijas del Cid
por vos sin causa ofendidas
con la traza más soez
que se ha visto, ni hay escrita,
demandaron la venganza
de su afrentosa ignominia
al Cid su padre, que al punto
salió a ella por sus hijas.
Pidió campo a todos tres,
para que en él fuese vista
cómo quedaba su ofensa
con la sangre vuestra, limpia.
Respondisteis que con él
la batalla, que os pedía,
no queríades facer

porque yo lo ayudaría;
que enviase a quien quisiese
que sobre la causa misma
con vos ficiese batalla
según fueros de Castilla.
Estos tres nobles guerreros
el Cid por su parte envía,
que ya en el campo os aguardan,
os retan y desafían.
Haced vuestra obligación,
que es lo que os fuerza y obliga,
que es tiempo que las razones
a las armas se remitan.”
Quisiéronme dar respuesta;
y de mí no siendo oída,
a dar principio al combate
fueron, aunque lo temían.
Partióles el campo luego
un rey de armas, con insignias
del terrible ministerio
que administrándoles iba.
De tres en tres en sus puestos
se pusieron, recogidas
las riendas a los caballos,
las lanzas apercebidas.
Contra el conde don Fernando,
que a la victoria se aplica,
Martín Antolínez fue
fuego echando por la vista.
A don Diego, el otro hermano,
que encendió la horrible cisma,
le cupo Pedro Bermúdez
para la batalla esquivá;
Nuño Bustos de Linzuela,
ardiendo en honrosa ira,
se opuso con Suer González
autor de la alevosía.
Cuando vi tres contra tres
en dos hileras distintas,
la lid de los Curiacios
se me figura que vía.
A este punto el ronco son
de la trompa les avisa

que den principio a la lid
para el fin que pretendían.
Arremtieron a una
todos, la señal oída,
cada cual con el contrario,
que enfrente de sí tenía.
Don Fernando y Antolínez,
que igualmente se herían,
quebraron juntos las lanzas,
firmes quedan en las sillas;
mas desnudando a Colada,
después de muchas heridas,
que Antolínez le dio al conde
con destreza y valentía,
le dio un golpe en lo más alto
del yelmo, que las hebillas
faltaron, y la cabeza
fue en dos partes dividida.
Derribóle del caballo,
y el suyo dejando, encima
del cuello se puso en pie,
y el acero al pecho afirma.
A este punto un gran ruido
se alzó y una vulgar grita,
pidiendo no le matase,
cumpliendo con que se rinda.
Fue poderoso el clamor
de aplacar la ardiente ira
del vencedor animoso,
para dejallo con vida;
mas puesto sobre él de pies,
a Pedro Bermúdez mira
que traía al conde don Diego
sin valor con que resista.
Diole un golpe con Tizona,
después de tener rompidas
las lanzas, y fue tan fuerte
que hombre y caballo derriba.
Pidióle misericordia,
pidiendo en merced la vida,
confesando su maldad,
diciendo que se rendía.
No dio oído a sus plegarias,

mas la fiera espada hince
por el alevoso pecho,
con que dio fin a su vida.
El valiente Nuño Bustos,
y Suer González querían
cada uno de por sí
la victoria de aquel día.
Duró mucho este combate,
mas la justicia divina
dio victoria a Nuño Bustos,
como a quien tenía justicia.
Atravesó a su contrario
de parte a parte, y fue grima
verle venir del caballo
cayendo la boca arriba.
Con esto acabó el combate,
y los vencedores gritan
si había que hacer más,
o más traidores que rindan.
Respondiéronles que no,
que la victoria tenían
ganada como valientes,
sin haber quien se lo impida.
Dos cajas y un pregonero,
puestos a este punto encima
del palenque, resonaron,
y la victoria os aplican.
El rey de armas con mi guarda
a los vencedores guían
adonde los aguardaba
yo, y toda mi compañía.
Luego dieron los jueces
sentencia definitiva,
que por traidores infames,
de honor los inhabilitan.
Esta sentencia fue al punto
confirmada, y queda escrita
para que pueda dar fe,
sin la mía, con seis firmas.
Buen Cid, esto es lo que pasa,
sin que falte ni se añida,
sin que odio ni amistad
fagan que otra cosa escriba.

Ved si no quedáis contento,
y queréis que se prosiga
contra todo su linaje
sin dejar persona viva.
Encomendadme a Jimena
y abrazadme a vuesas hijas,
y decidles que de nuevo
su causa tomo por mía.”

LLEGAN LOS CAMPEONES DEL CID A VALENCIA

De aquese buen rey Alfonso
los del Cid se despedían
para volverse a sus tierras,
pues ya vencidos tenían
a los condes de Carrión
por el aleve que hacían.
Llegados son a Valencia,
a do el buen Cid residía;
gran placer hubo con ellos,
muy gran gozo, y alegría,
muy mayor, cuando dijeron
cómo el buen Rey dado había
por alevosos los condes,
y a don Suer que los regía.
Hincado se había de hinojos
las manos puestas arriba,
grandes gracias da a Dios
por la venganza que había
de los malos yernos suyos,
y el tío que los regía.
A doña Jimena Gómez
muy alegre le decía:
—Jimena, ya sois vengada
de tan grande villanía
como hicieron los condes
a nos, y a las nuevas hijas.
Cuando sus hijas oyeron
lo que tanto oír querían,
recibieron gran placer,
el mayor que ser podía.
Muy gran loor dan a Dios,

gracias grandes le rendían,
porque vengó su deshonra,
y con los brazos corrían
a abrazar al buen Bermúdez,
y a toda su compañía;
besarles quieren las manos
del placer que ende habían,
muy grandes fiestas hicieron
que duraron ocho días,
porque Dios les dio venganza
de los que el mal cometían.

ALFONSO VI HONRA AL CID

—Erguíos, no estéis postrado,
que no es justo ni razón,
que esté ante mí de finojos
quien reyes afinojó.
Cubrid las canas honradas
de grande prez y valor,
y del más leal vasallo
que tuvo rey ni señor.
Quedaos a yantar conmigo,
que me faréis gran favor,
y me tendrán las viandas
de este yantar, mejor pro.
Y desde que hayamos yantado,
vos quiero facer favor
de contaros de la enmienda
del tuerto de Carrión;
mas quiero facerlo luego:
sabed que le plugo a Dios
de guardarles sendos reyes
a Elvira y a doña Sol:
seré en las bodas padrino,
pues casamentero soy,
porque paraijas vuestas
los tales padrinos son.
Alvar Fáñez de Minaya
vueso presente nos dio,
yo, y nusco le recibimos
con gran talento y amor,

y por primeras mercedes
bien dignas de quien vos sois,
mando que no haya cadera
en vuesa comparación,
si no fuera, cual yo, Rey
o dignidad superior.
Esto dijo el rey Alfonso
a ese buen Cid Campeador.

MENSAJE Y PRESENTES QUE ENVIO AL CID EL SOLDAN DE PERSIA

Llegó la fama del Cid
a los confines de Persia,
cuando andaba por el mundo
dando razón de quién era,
y como lo oyó el Soldán,
y supo bien la certeza
de los hechos del buen Cid,
un presente le apareja.
Cargó copia de camellos
de grana, púrpura y sedas,
oro, plata, incienso y mirra,
con otras muchas riquezas,
y con un pariente suyo,
de los de su casa y mesa,
le envía al Cid el presente
diciendo de esta manera:
—Dirás a Ruy Díaz el Cid,
que el Soldán se le encomienda,
que de sus nuevas oír
le tengo grande querencia,
y por vida de Mahoma,
y de mi real cabeza,
que le diera mi corona
sólo por verle en mi tierra.
Y que aqueso don pequeño
reciba de mi grandeza,
en señal que soy su amigo,
y lo seré hasta que muera.
El moro tomó el camino,
y en poco llegó a Valencia,

pidiendo licencia al Cid
para hablarle en su presencia.
El Cid salió a recibirlo
antes de saltar en tierra,
y cuando lo viera el moro
de verle delante tiembla.
Empezó a darle recaudo,
y como a darlo no acierta
de turbado, el Cid le toma
la mano y así dijera:
—Bien venido seas, el moro,
bien venido a mi Valencia;
si tu Rey fuera cristiano,
fuera yo a verle a su tierra.
Con estas y otras razones
a la ciudad ambos llegan,
adonde los ciudadanos
ficeron muy grande fiesta.
El Cid le mostró su casa,
a sus fijas y a Jimena,
de que el moro está espantado
viendo tan grande riqueza.
Estúvose algunos días
el moro holgándose en ella,
hasta que se quiso ir,
y pidió para ir licencia.
En retorno del presente
que del Soldán recibiera,
otras cosas le envía el Cid,
las cuales allá no hubiera.
Despedido que fue el moro,
Rodrigo con su Jimena
se quedó y con sus dos fijas
dando a Dios gracias inmensas.

SAN PEDRO INVITA AL CID QUE SE PREPARE PARA LA MUERTE

Estando en Valencia el Cid,
de trabajos muy cansado,
cansado de tantas guerras
como por él han pasado;

nuevas el Cid son venidas
que le ponen en cuidado;
que el rey Búcar, fuerte moro,
sobre Valencia ha llegado.
Treinta reyes trae consigo,
valientes son y esforzados;
mucha gente trae consigo
de a pie son, y de a caballo.
Echado estaba el buen Cid
sobre su cama acostado;
pensando estaba cuidadoso
en fecho tan afamado,
suplicando a Dios del cielo,
que siempre esté de su bando,
y de peligro tan grande
con honra le saque a salvo.
Cuando el Cid no se cató,
un hombre vido a su lado,
el rostro resplandeciente,
como cresco y muy honrado,
tan blanco como la nieve,
con olor muy sublimado;
díjole: —¿Duermes, Rodrigo?
Recuerda y está velando.
Díjole el Cid: —¿Quién sois vos
que así lo habéis preguntado?
—San Pedro llaman a mí,
Príncipe del apostolado.
Vengo a decirte, Rodrigo,
otro que no estás cuidando,
y es que dejes este mundo,
Dios al otro te ha llamado
y a la vida que no ha fin
do están los santos holgando,
morirás en treinta días,
desde hoy, que esto te fablo.
Dios te quiere mucho, Cid,
y esta merced te ha otorgado;
y es que después de tú muerto
venzas a Búcar en campo.
Tus gentes habrán batalla
con todos los de su bando,
y esto será con ayuda

del apóstol Santiago,
y él verná a la batalla,
ya se lo tiene mandado.
Tú, Rodrigo Campeador,
faz enmienda a tu pecado,
porque muerto que tú seas
a la gloria seas llevado;
que Dios por amor de mí
ha todo aquesto ordenado,
porque honraste la mi casa,
de Cardeña era nombrado.
Cuando lo oyera el buen Cid
glan placer había tomado,
saltó luego de la cama,
de rodillas humillado,
para besarle los pies
al buen Apóstol honrado.
Dijo San Pedro: —Rodrigo,
aquesto ya es excusado,
que a mí no podrás llegar,
no te trabajes en vano;
mas ten por cosa muy cierta
aquesto que te he contado.
Esto dicho, el buen Apóstol
a los cielos se ha tornado.
Rodrigo quedó contento,
alegre y muy consolado,
dando a Dios crecidas gracias
por lo que le había otorgado.

EL CID CONSUELA A LOS SUYOS

En Valencia estaba el Cid
doliente del mal postrero,
que agravios en pechos nobles
pueden más que el tiempo.
A su cabecera tiene
religiosos y hombres buenos,
y en torno de su persona
sus amigos y sus deudos,
cuyo semblante mirando
de dolor y cuita lleno,

con tan sesudas razones
así conforta su duelo:
—Bien sé, mis buenos amigos,
que en tan duro apartamiento
no hay causa para alegraros
y hay mucha para doleros;
pero mostrad mi enseñanza
contra los adversos tiempos,
que a vencer a la fortuna
es más que vencer mil reinos.
Mortal me parió mi madre,
y pues pude morir luego,
lo que el cielo os dio de gracia
no lo pidáis de derecho.
No muero en tierras extrañas,
que en mis propias tierras muero,
cuanto y más que siendo tierra
es propia heredad de muertos.
No siento el verme morir,
que si esta vida es destierro,
los que a la muerte guiamos
a nuestra patria volvemos.
Tan sólo llevo en el alma
que en poder de un Rey vos dejo
en quien vos podrá empecer
ser míos o ser ya vuestos.
Que trate bien mis soldados,
pues le defienden sus reinos,
y crea a piernas quebradas
más que a sabios consejeros.
Que traiga siempre en balanza
el castigo con el premio,
que a lealtad de vasallos
virtud parte y parte miedo.
Que estime un noble leal
más que a muchos falagüeños,
que de muchos homes malos
no puede hacerse uno bueno.
Y a quien menester hubiere
nunca le faga denuestos,
ni pague servicios propios
por pareceres ajenos.
Y non fablo de agraviado,

antes le quedo debiendo,
que las sinrazones tuyas
fueron mis merecimientos.
En esto entraba Jimena,
cuyo desamparo viendo,
ellos se enjugan los ojos
y el Cid su parlamento.

TESTAMENTO DEL CID

Coronadas de victorias
aquellas dichosas sienes,
con un frío insoportable
el buen Cid está a la muerte.
Presente se halló San Pedro,
que quiso hallarse presente
para mostrar que su vida
mereció fin tan alegre.
Doña Jimena le llora,
que mucho su muerte siente,
porque si le quiso en vida
mucho más le quiere en muerte.
Comenzó el buen Cid sus mandas
como ve que le conviene
para el pro de sus criados,
de su alma, hacienda y gente.
Dice: "Porque sé que Búcar
con crecido poder viene
para cercar a Valencia,
mando mi cuerpo se lleve
bien armado y en Babiaca,
de suerte que me sustente,
mi Tizona en la una mano
y en la otra mi insignia lleve;
y mando que no se vista
nadie luto, pues conviene,
antes con ropa de seda
grande alegría se muestre,
y que se toquen contino
los instrumentos que hubiere,
y se ponga en la muralla
Jimena, y consigo lleve

sus damas, y las demás
que mejor le parecieren;
y que mis gentes se vistan
de blanco, morado y verde.
Acabada la batalla
mando mi cuerpo se lleve
con mi tesoro a Castilla,
el cual quiero que herede
mi mujer doña Jimena,
y de esto el cargo le quede
a don Jerónimo, obispo,
para que en todo dispense.
Quiero que cada hijodalgo,
después de mi muerte, herede
quinientos maravedís,
y mil quien los mereciere.
Pero Bermúdez, mi primo,
en do Jimena estuviere,
la sirva de mayordomo
si en tiempo le venciere.
Item, mando que las villas,
castillos y casas fuertes
las herede el rey Alfonso,
como al presente las tiene,
porque yo nunca gané
ciudades ni villas fuertes,
sino en nombre, y como suyo,
de mis señores los reyes.
Y no hago restitución
de ningún cargo de bienes
a los reyes de Castilla,
porque antes ellos me deben
el tesoro que he gastado
peleando contra infieles;
lo cual todo lo perdono
sin que ellos nada me suelten.
Item, mando que Babieca
después de muerto le entierren,
porque no coman las aves
carnes que tanto merecen.
Y a San Pedro de Cardena
mando que mi cuerpo lleven,
que es monesterio en Castilla

donde quiero que le entierren.
Y a Dios pido me perdone
cuando de este mundo fuere.”

MUERTE DEL CID

Banderas antiguas, tristes,
victorias de un tiempo amadas,
tremolando están al viento
y lloran aunque no hablan.
Sonaban las roncadas voces
de las destempladas cajas,
y los pífanos soberbios
calles y plazas arrancan.
Estábase el Cid Campeador
humilde y manso en la cama,
y sujeto a la inclemencia
de la vengativa parca.
Hizo traer las reliquias
de sus victorias pasadas
y mandó que las trujesen
sus compañeras espadas.
Y desde fueron traídas
levantábase en la cama,
tomándolas en sus manos
les dijo estas palabras:
—Colada y Tizona mías;
no Colada más calada
por mil contrarios arneses
y por mil contrarias armas,
¿cómo os fallaréis sin mí?,
¿a quién os dejaré en guarda
que no manche vuestro honor,
pues que tan fácil se mancha?
Y luego en diciendo aquesto
mandó que a Babieca traigan,
que quiere verle primero
que comience su jornada.
Entró el caballo más manso
que una corderilla mansa,
abriendo los anchos ojos,
como si sintiera, calla.

—Ya me parto, caro amigo,
quien os gobierna ya falta;
quisiera pagaros bien,
pero recibid por paga
que con los fechos que he fecho
será inmortal vuestra fama.
Y no diciendo más que esto,
la muerte tiró una jara.

EL CID, DESPUES DE MUERTO, VENCE AL REY BUCAR

Muerto yace ese buen Cid
que de Vivar se llamaba
Gil Díaz, su buen criado,
cumpliera lo que le mandara.
Embalsamara su cuerpo,
y muy yerto se paraba.
Cara tiene de hermosura,
muy hermosa y colorada,
los ojos igual abiertos,
muy apuesta la su barba;
non parece que está muerto,
antes vivo semejaba;
y para que esté derecho
este ardid Gil Díaz usaba:
puso el cuerpo en una silla,
una tabla en las espaldas,
y otra delante del pecho,
y a los lados se juntaban;
llegaban bajo los brazos,
y el colodrillo tapaban.
Esta era la de atrás,
y otra llegaba a la barba,
teniendo el cuerpo derecho
a ningún cabo inclinaba.
Doce días son pasados
después que el Cid acabara;
aderézanse las gentes
para salir a batalla
con Búcar, ese rey moro,
y contra la su canalla.

Cuando fuera medianoche
el cuerpo así como estaba
le ponen sobre Babieca,
y al caballo lo ataban.
Derecho está e igual
estar vivo semejaba,
calzas tiene en las sus piernas
de blanco y negro labradas,
parecían brasonetas
de las que en vida calzaba;
vistiéronle vestidura,
que el pespunte se mostraba,
y su escudo puesto al cuello
con su divisa ondeada;
capellina en su cabeza
de pergamino pintada.
parece que era de fierro,
según está bien labrada.
En la su mano derecha
la Tizona le fue atada
sutilmente, a maravilla
iba en la su mano alzada.
De un cabo iba el obispo
don Jerónimo de fama,
del otro iba Gil Díaz,
el que a Babieca guiaba.
Salió don Pedro Bermúdez
con seña del Cid alzada,
con cuatrocientos fidalgos,
que con él van en su guarda;
saliera luego el recuaje,
otros tantos le guardaban;
saliera el cuerpo del Cid
con gente muy esforzada.
Ciento son los guardadores,
que el cuerpo honrado llevaban,
tras él va doña Jimena,
con toda la su compañía,
con seiscientos caballeros,
que para guarda le daban;
callando van y tan paso
que veinte no semejaban.
Ya están fuera de Valencia,

claro el día se mostraba.
Alvar Fáñez fue el primero
que arremetió con gran saña
contra el gran poder de moros,
que Búcar trae en su compañía.
Halló delante de sí
una mora muy gallarda,
gran maestra en el tirar
con saetas de aljaba
de los arcos de Turquía,
estrella era nombrada
por la destreza que había
en el herir de la jara.
Ella fuera la primera
que a caballo cabalgara
con otras cien compañeras,
muy valientes y esforzadas.
Los del Cid las fieren recio,
muertas en tierra quedaran.
Visto los había el rey Búcar
con los reyes de su banda,
y quedan maravillados
en ver la gente cristiana.
Setenta mil caballeros
les pareció que llegaban,
todos blancos como nieve,
y uno que los asombraba,
más crecido que ninguno,
en blanco caballo andaba,
cruz colorada en el pecho,
en su mano señal blanca;
la espada semeja a fuego
con que a los moros llagaba;
gran mortandad face en ellos,
fuyendo van que no aguardan.
El rey Búcar y sus reyes
el campo desamparaban;
camino van de la maar
do los navíos estaban.
Los del Cid los van firiendo,
ninguno había de escapa;
en la mar se ahogan todos,
más de diez mil se anegaban,

que con la prisa que traen
todos juntos no se embarcan.
De los reyes mueren veinte,
Búcar huyendo se escapa;
los del Cid ganan las tiendas
con mucho oro y mucha plata;
el más pobre queda rico
de lo que ende ganara.
Caminan para Castilla,
como el buen Cid ordenaba
llegados son a San Pedro,
de Cardaña se nombraba,
do quedó el cuerpo del Cid,
el que a España tanto honraba.

OTRO ROMANCE AL MISMO ASUNTO

Mientras se apresta Jimena
con algunos de los suyos
para partir de Valencia
con el silencio nocturno,
y los nobles castellanos,
más valerosos que muchos,
con fingidas alegrías
velan los soberbios muros;
Alvar Fáñez de Minaya,
don Ordoño y don Bermudo
para la batalla aprestan
del Cid el cuerpo difunto.
No le visten la loriga
que él en las lides trujo,
por cumplir lo que mandó
en su postrimero punto.
De pergamino pintado
le ponen yelmo y escudo,
y en medio de dos tablones
el embalsamado bulto;
y de un cendal claro verde
vestido un tabardo justo,
al pecho su roja insignia,
honor y asombro del mundo.
Unas calzas de colores,

guarnecidas de dibujo,
en lienzo crudo pintadas,
y ellas son de lienzo crudo.
El derecho brazo alzado,
al menos cuanto se pudo,
en la mano su Tizona
el limpio fierro desnudo.
De esta guisa le aprestaron,
y cuando aprestado estuvo
pavor les dio de miralle,
¡tal se muestra de sañudo!
Trujeron, pues, a Babieca,
y en mirándole se puso
tan triste, como, si fuera
más razonable que bruto.
Atáronle a los arzones
fuertemente por los muslos,
y los pies a los estribos
porque fuesen más seguros
Y a la lumbré del lucero,
que por verle se detuvo,
con su capitán sin alma
salieron al campo juntos,
donde vencieron a Búcar
sólo porque a Dios le plugo,
y acabando la batalla,
el sol acabó su curso.

CONDUCEN EL CUERPO DEL CID A SAN PEDRO DE CARDEÑA

Vencido queda el rey Búcar
con todos sus allegados
de la campaña del Cid
en el campo valenciano.
Para Castilla caminan,
el buen Cid era finado,
caballero va en Babieca
con los suyos a su lado.
No llevaba armas ningunas
sino sobre sí unos paños;
los que no saben su muerte

por vivo lo habían juzgado.
Cada vez que hacen jornada
quitábanlo del caballo,
quedaba yerto y derecho
en la silla cabalgado.
La buena Jimena Gómez
su mensaje había enviado
a los parientes del Cid
para que vengan a honrallo,
y también a sus dos yernos,
que eran reyes coronados.
En tanto que ellos venían
Alvar Fáñez ha hablado
que pongan el cuerpo muerto
en ataúd y tapado.
Y con púrpura le cubran,
con clavos de oro clavado.
No quiso doña Jimena,
y así lo ha razonado:
—El Cid tiene el rostro hermoso,
los ojos muy aseados,
mientras esté de esta suerte
no hay para qué sea mudado,
que mis yernos folgarán,
y mis fijas en su cabo
de verlo como ahora está,
que non su cuerpo enterrado.
Todos hubieron por bien
lo que Jimena ha ordenado:
don Sancho y también García
están al Cid aguardando,
y media legua de Olmedo
todos se habían juntado.
Ese buen rey de Aragón
caballeros tiene armados,
al revés traen los escudos
de los arzones colgados,
las capas traían negras
muy grande duelo mostrando,
las capillas traen tendidas,
según uso castellano.
Doña Sol y las sus dueñas
estameña han cobijado;

gran duelo querían hacer,
mas su madre lo ha vedado,
porque así lo mandó el Cid,
y así ha de ser obrado.
El Rey y la su mujer,
para el Cid habían llegado;
ambos las manos le besan,
de lo ver se han espantado,
que no semejaba muerto,
sino vivo y muy honrado;
muchos vienen a lo ver
de Castilla, ese reinado;
también vino don García,
Rey de ese reino navarro;
consigo trae su mujer,
fija del buen Cid loado.
Las manos besan al Cid,
muchas lágrimas llorando.
Todos van para San Pedro
porque allí le han enterrado,
aquese buen rey Alfonso,
que ha sabido lo pasado,
de Toledo se partiera
y a San Pedro había llegado.
Saliéronle a recibir
los al Cid emparentados;
mucho honra fizo el Rey
al cuerpo del Cid honrado;
mandó que no se enterrase,
sino que el cuerpo arreado
se ponga junto al altar,
y a Tizona en la su mano:
así estuvo mucho tiempo,
que fueron más de diez años.

ROMANCE DEL JUDIO QUE QUISO BURLARSE DEL CUERPO DEL CID

En Sant Pedro de Cardaña
está el Cid embalsamado,
el vencedor no vencido
de moros ni de cristianos.

Por mando del rey Alfonso
en su escaño está sentado,
su noble y fuerte persona
de vestidos arreado;
descubierto tiene el rostro
de gran gravedad dotado,
su blanca barba crecida
como de hombre estimado;
la buena espada Tizona
puesta la tiene a su lado;
no parece que está muerto,
sino vivo y muy honrado.
Siete años estuvo así,
como está ya razonado;
por su alma, que es en gloria,
hacen fiesta cada año.
A ver su cuerpo tan bueno
muchas gente se ha llegado.
Fuera de donde está el Cid
la fiesta se hizo un año;
su cuerpo quedaba solo,
ninguno le ha acompañado.
Estando de esta manera,
un judío había llegado
cuidando estaba entre sí,
de esta suerte razonando:
—Este es el cuerpo del Cid
por todos tan alabado,
y dicen que en la su vida
nadie a su barba ha llegado.
Quiero yo asirle de ella,
y tomarla en la mi mano,
que pues aquí yace muerto,
por él no será excusado;
yo quiero ver qué hará,
si me pondrá algún espanto.
Tendió la mano el judío
para hacer lo que ha pensado,
y antes que a la barba llegue,
el buen Cid había empuñado
a la su espada Tizona,
y un palmo la había sacado.
El judío que esto vido

muy gran pavor ha cobrado;
tendido cayó de espaldas
amortecido de espanto.
Halláronlo allí caído
los que en la iglesia han entrado;
agua le echan por el rostro
para facerlo acordado,
y vuelto que fuera en sí
todos le han preguntado
qué cosa fuera la causa
de verlo tan mal parado.
El luego les declaró
la causa de lo pasado.
Todos dan gracias a Dios
por el milagro contado,
en se acordar que su siervo
no quiso fuese ensuciado
por mano de aquel judío,
que tan mal lo había pensado.
Cristiano se volvió luego,
Diego Gil era llamado;
fincó en servicio de Dios
en San Pedro el ya nombrado,
y en él acabó sus días
como cualquier buen cristiano.

HONOR QUE HIZO AL CID SANCHO DE NAVARRA

De Castilla van marchando
a Navarra con su gente
don Sancho, a quien dieron nombre,
por sus hechos, de valiente.
Delante lleva el despojo,
que ganó su brazo fuerte
en las tierras de Castilla,
sin que nadie lo impidiese.
Triunfante, rico y contento
por sus jornadas se vuelve,
dejando a los castellanos
despojados de sus bienes.
Por San Pedro de Cardeña
mandó que el curso enderecen

la escolta y la cabalgada,
para que por allí fuesen.
Como llegase la fama
al abad que en guarda tiene
el santo cuerpo del Cid,
aguardó que el Rey se acerque
aderezóse entre tanto,
como en procesión solemne,
y con la insignia del Cid
sale para cuando llegue.
Al son de las roncadas cajas,
marchando de siete en siete,
al Rey que llevan en medio
miran ufanos y alegres
tremolando las banderas
junto al Rey, que alegremente
en ellas ponía los ojos,
como en su mayor deleite.
Yendo el valiente don Sancho
marchando con sus jinetes,
llegó donde el santo abad
le aguardaba alegremente.
Puso en tierra las rodillas
diciendo: —Rey, no desprecies
mi razón, ni a la voz mía
tu justo oído le cierras.
Bien sabes, valiente Rey,
y cuantos estáis presentes,
que esa presa es de cristianos,
y no es justo que la lleves.
Las guerras que traen contigo
son causa para ponerte
siempre la espada en la mano,
por su daño, y con sus muertes.
Muy bien pudiera excusarse
la sangre que de ellos viertes,
con que volvieras la espalda
a los moros que nos vencen.
Mira, buen Rey, esta insignia
que es del Cid de quien descende
y póngotela delante
para que esa presa dejes.
Conociendo el Rey la insignia,

del caballo se descende,
y en el suelo de rodillas
la saluda de esta suerte:
—¡Oh estandarte poderoso
de aquel varón excelente,
que fue muro de Castilla
y cuchillo de la muerte;
de quien tembló la morisma,
quien deshizo sus poderes;
quien venció muerto al rey Búcar,
y tuvo vasallos reyes;
a quien hablaban los santos,
y le acampañaban siempre,
y le alcanzaron de Dios
que vencido no se viese!
A vos y ante vos consagro,
como a quien tan bien ce deben,
estos despojos de guerra,
y en vuestro templo se cuelguen.
Y en diciendo estas razones,
mandó que los presos suelten,
y toda la presa junta
al bendito abad se entregue
por amor y reverencia
del Cid, a quien se la ofrece,
reconociéndole muerto,
que nunca su nombre muere.

VINDICACION SEMIBURLESCA DE LAS HAZAÑAS DEL CID QUE SE TIENEN POR FABULOSAS

Cuantos dicen mal del Cid,
ninguno con verdad habla,
que el Cid fue buen caballero,
de los mejores de España;
gran servidor de sus reyes,
gran defensor de su patria,
enemigo de traidores,
y amigo de gente honrada;
el que en la vida y la muerte

mereció digna alabanza,
aunque malvados poetas
se atreven y desacatan.
Dice uno: —No son verdad
los hechos que dél se cantan,
y que las historias nuestras
son consejas y patrañas.
Contra el que niega el principio,
el filósofo nos manda
que no arguyamos, y es justo,
porque niega de ignorancia.
Decir mal de las historias
suele el que a la verdad falta,
para decir su mentira
y arrojarle en la baraja.
Dicen: —que los necios crean
que muerto venció batallas,
como si fuera imposible
al que los santos guardaban.
Niegan que no fue verdad,
que sacó la media espada
contra el judío que quiso
tocalle muerto a la barba.
Estos ruines poetas,
como están fuera de gracia,
no entienden que Dios se acuerda
de los suyos y los guarda;
y sin que leyes del duelo
le obligasen a esta causa,
la ley que guardó de Dios
muerto le libró de infamia.
Los condes de Carrión
dicen también, como enfadan,
y que no fue caso honroso
ponellos el Cid demanda.
¿Qué quieres tú, mal poeta,
que los condes se quedaran
con semejante traición,
y el ofendido no hablara?
¿Qué es lo que del Cid dijeras,
si con salir a la causa,
y destruir los aleves,

lo murmuras y lo ultrajas?
Sin duda de tales fechos
tu mal intento se paga,
y en tu mujer y tus hijas
más sufrieras y callaras,
o por faltarte el valor,
o porque cosas tan altas
no son para flacos pechos
donde las lenguas son almas.
¿Cuál diablo te engañó,
poeta con pies de caña,
a tratar del noble Cid,
de sus sucesos y casa?
¿No tenías a la mano
otros con quien te estrellaras,
que cuanto dijeras de ellos
les hiciera consonancia?
¿No pudieras hablar, di,
con lengua desmesurada
del otro que en todas ciencias
sin saber romance, habla,
y come más colación,
que diez asnos beben agua?
¿O del otro adulador,
que con la voz señalada
osa murmurar de todos
como prenda rematada?
¿Del hijo de no sé quién,
que entre fidalgos se ensancha,
y es un libro de novelas
la mayor verdad que trata?
Aquí pareciera bien,
que afilaras la navaja,
y hablaras a tus anchuras,
y no del honor de España.
De tu loco atrevimiento
débase tomar venganza,
y yo te cito y aplazo
para que en mi audiencia vayas.
Descomulga tus escritos,
tus versos repone y tacha,
condena tu mala lengua,

y abomina tus palabras.
Ruego a Dios sobre tus obras,
en pago del mal que hablas,
tantas cámaras te den,
que entrar no puedas en cama.

INDICES

Índice de Títulos

INFANCIA Y MOCEDAD DE RODRIGO (*Reinado de Fernando I*).

Rodrigo ejerce el oficio de juez a los diez años de edad.	13
Prueba que Diego Laínez hizo a sus hijos.	14
Rodrigo se apresta para vengar la afrenta hecha a su padre.	16
Rodrigo consuela a su padre y da muerte al conde Lozano.	17
De cómo vino Rodrigo a besar las manos al Rey sobre seguro.	19
Romances de Jimena Gómez pidiendo justicia contra Rodrigo.	21
Pide Jimena al Rey que la despose con Rodrigo.	26
Rodrigo prende cinco reyes moros, que le dan el título de Cid.	28
Tres romances de las bodas del Cid con Jimena.	29
Milagro del gafo.	34
El Cid gana Calahorra para Castilla.	36
Quéjase Jimena al Cid de que la deje para acudir a las batallas.	38
Nuevas quejas de Jimena por igual motivo.	39
Entre San Esteban de Gormaz y Atienza, derrota el Cid a los moros.	41
Conquista de Coimbra con la ayuda de Santiago Apóstol.	42
El Cid pide tributo al moro.	44

Romance del moro Abdalla.	45
El Cid hace que los reyes moros presten homenaje al rey Fernando.	46
El Cid y el Rey acuden a Roma.	47
Carta de Jimena al Rey lamentándose de las ausencias del Cid.	50
Responde el Rey a la carta de Jimena.	52
Jimena sale a misa de parida.	54
Quejas de doña Urraca porque su padre la deja desheredada.	56
Otro romance de la muerte del rey don Fernando Primero.	57
Quejas de doña Urraca.	58
Respuesta del rey Fernando y donación de Zamora.	59

REINADO DE SANCHE II Y CERCO DE ZAMORA.

Batalla entre los Reyes de Castilla y de León.	61
Alfonso, prisionero de su hermano Sancho II.	63
Rodrigo contradice las intenciones reivindicatorias de Sancho II.	64
Romances varios del cerco de Zamora.	65
Romances de la muerte del rey don Sancho.	73
Romances del reto a Zamora.	78

COMIENZOS DEL REINADO DE ALFONSO VI Y DESTIERRO DEL CID.

Sale Alfonso de Toledo para ocupar el trono de Castilla.	94
Otro romance al mismo asunto.	98
Romances del juramento que tomó el Cid al rey don Alfonso.	100
Romance de Alfonso VI y su hermana Elvira.	104
El Cid recibe el apelativo de Campeador.	105
Querella del Cid con Bermudo, abad de Cardeña.	107
Querella del Rey contra el Cid.	109
Responde el Cid a la querella.	111
Lamentaciones del Cid, que sale desterrado.	112
Otros romances del destierro del Cid.	113
Los cofres de arena.	116
Juramento del Cid al salir de San Pedro de Cardeña.	117

CORRERÍAS DEL CID Y CONQUISTA DE VALENCIA.

Tala el Cid los campos de Valencia.	119
El Cid reta de viles y cobardes a sus detractores.	120
Correrías por tierras de Monzón.	122
Traición de Almofalas. El Rey alza el destierro al Cid para que le vengue.	123
Consejos y encargos del Cid a su esposa.	125
Predice un moro la pérdida de Valencia.	126
El Cid increpa de cobarde a Martín Peláez.	128
Mensajes que el Cid, dueño ya de Valencia, encomienda a Alvar Fáñez.	132
Mensaje y presentes del Cid a su Rey.	134
Cumple Alvar Fáñez el encargo del Cid.	136
Carta del Cid al Rey.	139
Ganada Valencia, el Cid va a San Pedro de Cardeña.	141
Victoria del Cid sobre Miramamolín.	142

BODAS DE LAS HIJAS DEL CID Y AFRENTA DE CORPES.

Casa el Cid a sus hijas con los condes de Carrión.	144
Cobardía de los condes ante un león.	147
Reprende el Cid a sus yernos.	149
Sale el Cid de Valencia contra Búcar.	149
Defensa de Valencia contra Búcar.	150
Ordoño Bermúdez reprende a Fernán González por su cobardía.	153
Romance del rey moro que perdió a Valencia.	154
Huye Búcar del Cid.	156
Romances de la afrenta de Corpes.	157
Jura el Cid vengar la afrenta hecha a sus hijas.	164

ULTIMOS HECHOS Y MUERTE DEL CID CAMPEADOR.

Jimena despide al Cid que parte para la corte.	166
Sale el Cid para las cortes de Toledo.	167
De cómo el Cid fue a las cortes.	169
Preséntase el Cid en las cortes.	170
Querella del Cid ante el Rey.	171
Otro romance al mismo asunto.	173
Romance de la acusación que hizo el Cid.	175
Reclama el Cid sus espadas y demás bienes.	176
Apostrofa el Cid a sus espadas.	178

Sentencia de Alfonso VI.	179
Los campeones del Cid vencen a los condes.	180
Carta del Rey al Cid sobre la derrota de los condes.	185
Llegan los campeones del Cid a Valencia.	191
Alfonso VI honra al Cid.	192
Mensaje y presentes que envió al Cid el Soldán de Persia.	193
San Pedro invita al Cid que se prepare para la muerte.	194
El Cid consuela a los suyos.	196
Testamento del Cid.	198
Muerte del Cid.	200
El Cid, después de muerto, vence al rey Búcar.	201
Otro romance al mismo asunto.	204
Conducen el cuerpo del Cid a San Pedro de Cardeña.	205
Romance del judío que quiso burlarse del cuerpo del Cid.	207
Honor que hizo al Cid Sancho de Navarra.	209
Vindicación semiburlesca de las hazañas del Cid que se tienen por fabulosas.	211

Índice de primeros versos

Acababa el rey Fernando.	56
Acabada la batalla.	185
Acabado de yantar.	147
Adofir de Mudafar.	123
Afuera, afuera, Rodrigo.	66
A Jimena y a Rodrigo.	29
Al arma, al arma, sonaban.	38
Al cielo piden justicia.	160
Ante los nobles y el vulgo.	90
Apenas era el Rey muerto.	55
Apretada está Valencia.	126
Arias Gonzalo responde.	80
Asida está del estribo.	166
A su palacio de Burgos.	31
Atended a la mi fabla.	161
Atento escucha las quejas.	59
Banderas antiguas, tristes.	200
Cabalga Diego Laínez.	19
Cercada tiene a Coimbra.	42
Cercada tiene a Valencia.	128
Con el cuerpo que agoniza.	76
Considerando los condes.	144
Consolando al noble viejo.	17
Coronadas de victorias.	198
Corrido Martín Peláez.	131
Cuanto dicen mal del Cid.	211
Cuidando Diego Laínez.	14

De aquese buen rey Alfonso.	191
De Castilla van marchando.	209
De concierto están los condes.	157
Delante del Rey de León.	23
Del rey Alfonso se queja.	112
De palacio sale el Cid.	113
De Rodrigo de Vivar.	26
Después que Bellido Dolfos.	78
Después que el Cid Campeador.	176
Después que retó a Zamora.	81
Desterrado estaba el Cid.	134
De vuestra honra el crisol.	130
De Zamora sale Dolfos.	74
Día era de los Reyes.	21
Digádesme, aleves condes.	175
Doliente estaba, doliente.	57
Domingo por la mañana.	32
Don Rodrigo de Vivar.	116
Doña Urraca, la infanta.	94
El Cid fue para su tierra.	70
El hijo de Arias Gonzalo.	84
El temido de los moros.	178
"El vasallo desleale.	139
Elvira, soltó el puñal.	164
Encontrádose ha el buen Cid.	156
En las almenas de Toro.	104
En las cortes de Toledo.	179
En las malezas de un monte.	159
En los solares de Burgos.	50
En Sancta Gadea de Burgos.	100
En Sant Pedro de Cardena.	207
En Toledo estaba Alfonso.	98
Entrado ha el Cid en Zamora.	68
Entre dos Reyes cristianos.	61
En Valencia estaba el Cid.	196
En Zamora está Rodrigo.	46
Erguíos, no estéis postrado.	192
Ese buen Cid Campeador/de Zaragoza.	122
Ese buen Cid Campeador/que Dios en.	117
Ese buen Cid Campeador/ya se parte.	105
Estando en Valencia el Cid.	194
Fablando estaba en celada.	125
Fablando estaba en el claustro.	107

Fincad ende más sesudo.	102
Grande saña cobró Alfonso.	115
Helo, helo, por do viene.	154
Junto al muro de Zamora.	72
La noble Jimena Gómez.	39
La venida del rey Búcar.	150
Llegado es el rey don Sancho.	67
Llegó Alvar Fáñez a Burgos.	136
Llegó la fama del Cid.	193
Mediodía era por filo.	173
Mentirosos adalides.	120
Mientras se apresta Jimena.	204
Morir vos queredes, padre.	58
Muerto yace ese buen Cid.	201
Muy grandes huestes de moros.	41
No con poco sentimiento.	162
Non me culpedes si he fecho.	13
Non quisiera, yernos míos.	149
Partíos ende los moros.	132
Pensativo estaba el Cid.	16
Pidiendo a las diez del día.	52
Por aquel postigo viejo.	93
Por el val de las Estacas/el buen.	45
Por el val de las Estacas/pasó el Cid.	44
Por Guadalquivir arriba.	169
Por la muerte que le dieron.	103
Recibiendo el alborada.	167
Rey don Sancho, rey don Sancho, / cuando en Castilla reinó, / corrió a Castilla.	47
Rey don Sancho, rey don Sancho, / cuando en Castilla reinó, / le salían.	63
Rey don Sancho, rey don Sancho, / no digas.	73
Rey don Sancho, rey don Sancho, / ya que te apun- tan.	64
Reyes moros en Castilla.	28
Riberas del Duero arriba.	70
Salió a misa de parida.	54
Sentado está el señor Rey.	24
Si atendéis que de los brazos.	109
Si de mortales heridas.	149
Sobre Calahorra, esa villa.	36
Téngovos de replicar.	111
Tirad, fidalgos, tirad.	153

Tres cortes armara el Rey.	170
Tristes van los zamoranos.	85
Vencido queda el rey Búcar.	205
Victorioso vuelve el Cid.	141
Ya cabalga Diego Ordóñez.	81
Ya que acabó la vigilia.	119
Ya se parte don Rodrigo.	34
Ya se parte el rey Alfonso.	180
Ya se salen de Valencia.	142
Ya se sale por la puerta.	87
Yo me estando en Valencia.	171

TEMAS DE ESPAÑA

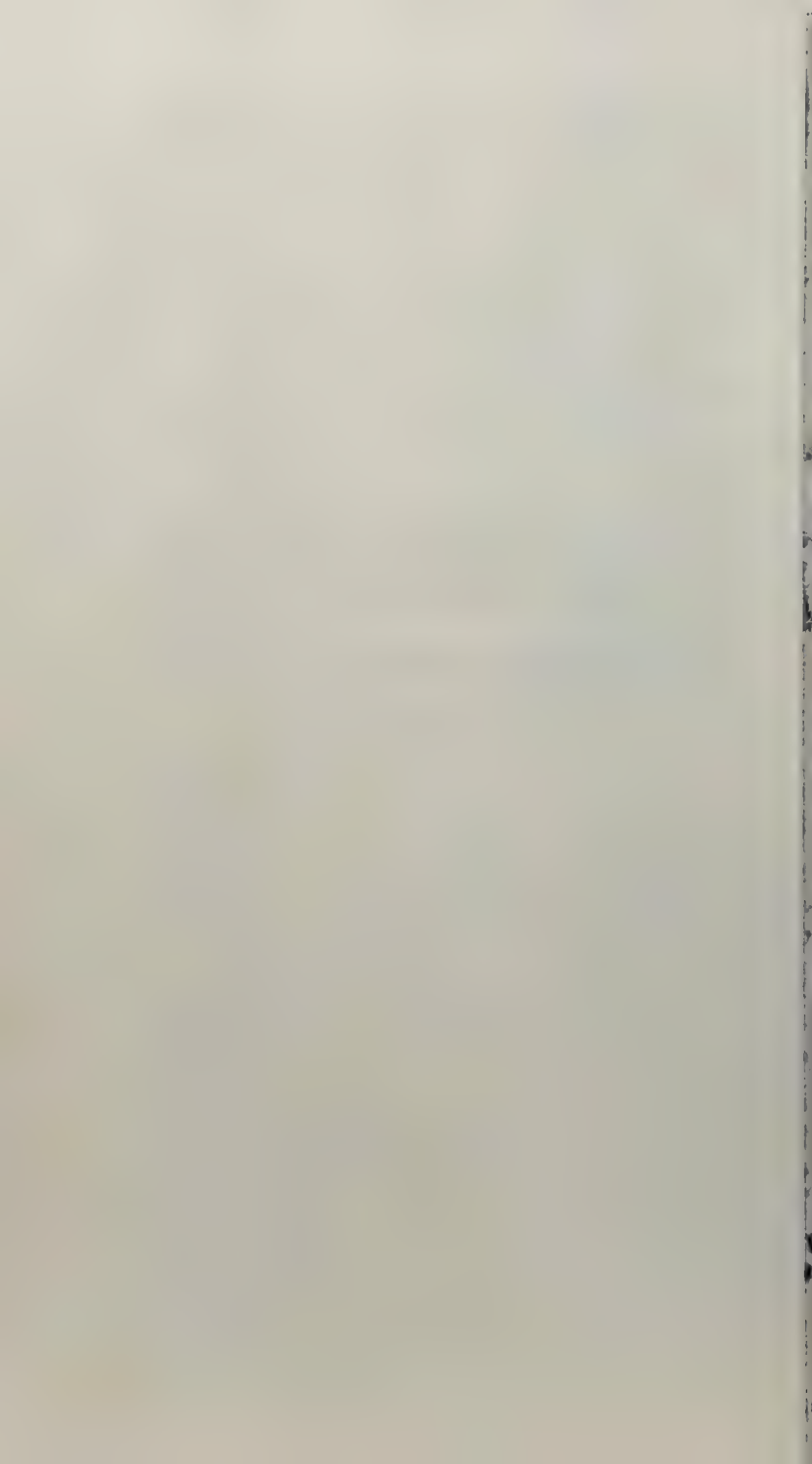
1. Juan Ramón Jiménez: *Platero y yo*. 4.^a ed. Texto completo. Ilustraciones de R. Zamorano. 252 págs.
2. *Poesía española*. (Antología por J. Campos.) 237 págs.
3. Calderón de la Barca: *El Alcalde de Zalamea* y *La vida es sueño*. (Introducción de Jorge Campos.) 3.^a ed., 283 págs.
4. *Don Juan Tenorio* (*El burlador de Sevilla*, de Tirso de Molina, y *Don Juan Tenorio*, de José Zorrilla). (Prólogo de F. García Pavón.) 3.^a ed., 383 págs.
5. *Poesía hispanoamericana*. (Antología.) 265 págs.
6. Lope de Vega: *Fuenteovejuna* y *Peribáñez y el Comendador de Ocaña*. (Estudio preliminar de F. García Pavón.) 3.^a ed., 296 págs.
7. *El niño en la poesía castellana*. (Antología por J. Martínez Ortiz.) 114 págs.
8. *Siete poetas españoles*. (Antología de A. Machado, Alberti, Salinas, Guillén, Aleixandre, J. Ramón Jiménez García Lorca.) 4.^a ed., 220 págs.
9. Eugenio Noel: *España, fibra a fibra*. (Recopilación y estudio por José G. Mercadal.) 2.^a ed., 194 págs.
10. *El Greco*. (Antología por M. Villegas.) 270 págs.
11. *Cuatro poetas de hoy*. (Antología de José Luis Hidalgo, José Hierro, Gabriel Celaya y Blas de Otero.) 2.^a ed., 251 págs.
12. *Refranero clásico español*. (Selección, introducción, notas y vocabulario por Felipe C. R. Maldonado.) 2.^a ed., 211 págs.

13. Gerardo Diego: *Poesía española contemporánea*. (Antología.) 4.^a ed., 674 págs.
14. *Romancero español*. (Antología por Felipe C. R. Maldonado.) 235 págs.
15. *Valencia*. (Antología por J. Campos.) 140 págs.
16. Duque de Rivas: *Don Alvaro o la fuerza del sino*. (Introducción por Jorge Campos.) 2.^a ed., 189 págs.
17. *Cancionero tradicional*. (Selección de José Hesse.) 147 páginas.
18. M. Criado de Val: *Teatro medieval*. 210 págs.
19. *Teatro menor del siglo XVII*. (Antología por F. García Pavón.) 216 págs.
20. *La jota aragonesa*. (Antología por J. García Mercadal.) 202 págs.
21. *Cancionero popular taurino*. (Antología por M. Martínez Remis.) 183 págs.
22. *El Madrid de Mesonero Romanos*. (Selección de José Hesse.) 156 págs.
23. *Poesía última*. (Selección de Francisco Ribes.) 2.^a ed., 195 págs.
24. *Siete narradores de hoy*. (Antología por Jesús Fernández Santos.) 2.^a ed., 190 págs.
25. *Cancionero infantil*. (Selección por B. Gil.) 160 págs.
26. Fernande Olivier: *Picasso y sus amigos*. 160 págs.
27. *Lazarillo de Tormes*. (Edición y notas de Carmen Castro.) 3.^a ed., 112 págs.
28. Miguel de Unamuno: *Niebla*. (Introducción de Harriet S. Stevens y Ricardo Gullón.) 3.^a ed., 192 págs.
29. *Muertes de toreros*. (Antología por B. Gil.) 140 págs.
30. *La Andalucía de Estébanez*. (Selección de J. Campos.) 140 págs.
31. José Pellicer: *Avisos históricos*. (Selección y prólogo de Enrique Tierno Galván.) 254 págs.
32. *Cante flamenco*. (Selección y estudio por Ricardo Malina.) 163 págs.
33. *Crónicas taurinas*. (Estudio y selección por José Altabella.) 163 págs.
34. *Vida teatral en el Siglo de Oro*. (Antología por José Hesse.) 150 págs.
35. Joaquín Dicenta: *Juan José*, y Federico Oliver: *Los semidioses*. (Presentación y estudio por F. García Pavón.) 167 págs.

36. María de Zayas: *Novelas*. (Selección de José Hesse.) 122 págs.
37. *Cancionero del campo*. (Presentación y selección por Bonifacio Gil.) 132 págs.
38. Fernán Caballero: *Cuadros de costumbres*. (Selección y estudio por José Hesse.) 174 págs.
39. Juan Ramón Jiménez: *La colina de los chopos*. (*Madrid posible e imposible*.) (Selección, ordenación y prólogo de Francisco Garfias.) 178 págs.
40. *Coros y chirigotas. El Carnaval de Cádiz*. (Recopilación de Ramón Solís.) 153 págs.
41. *Romancero del Cid*. (Recopilación de Felipe C. R. Maldonado.) 214 págs.
42. Gil Vicente: *Don Duardos y Autos*. (Selección e introducción de Mercedes Guillén.) 185 págs.
43. Miguel de Unamuno: *Cancionero*. (Selección e introducción de Antonio Ramos Gascón.) 123 págs.
44. José de Palafox: *Autobiografía*. (Preparación e introducción de José G. Mercadal.) 167 págs.
45. William Beckford: *Un inglés en la España de Godoy*. (Traducción, selección y prólogo de Jesús Pardo.) 157 págs.
46. José Luis Hidalgo: *Los muertos*. (Presentación e introducción de Jorge Campos.) 2.^a ed., 130 págs.
47. *Romances de ciego*. (Recopilación y estudio preliminar de Julio Caro Baroja.) 414 págs.
48. José Zorrilla: *Traidor, inconfeso y mártir*. (Edición y prólogo de Elías Torre Pintuelles.) 239 págs.
49. Miguel Hernández: *Poesías*. (Introducción y selección de Jacinto Luis Guereña.) 3.^a ed., 134 págs.
50. Lope de Rueda: *Pasos completos*. (Prólogo de F. García Pavón.) 260 págs.
51. *Romancero de germanía*. (Selección y prólogo de José Hesse.) 175 págs.
52. Mariano José de Larra: *Artículos sociales*. (Recopilación e introducción de Juan Eduardo Zúñiga.) 198 páginas.
53. Fernando de Rojas: *La Celestina*. (Edición e introducción de Joaquín del Val y María Antonia Merino.) 2.^a ed., 309 págs.
54. Antonio Espina: *Seis vidas españolas*. 160 págs.

55. Miguel de Cervantes: *La destrucción de Numancia*. (Edición y ensayo preliminar de Ricardo Doménech.) 131 págs.
56. Duque de Rivas: *El moro expósito*. (Edición e introducción de Elías Torre Pintueles.) 433 págs.
57. Conde de Carnarvon: *Viajes por la Península Ibérica*. (Selección y prólogo de Jesús Pardo.) 163 págs.
58. *El deporte en el Siglo de Oro*. (Antología, selección y prólogo de José Hesse.) 175 págs.
59. Eugenio Noel: *Escritos antitaurinos*. (Selección y prólogo de José G. Mercadal.) 183 págs.
- 60-61. Miguel de Cervantes: *Don Quijote de la Mancha*. 2 vols. de 426 y 459 págs.
62. Francisco Delicado: *La lozana andaluza*. (Estudio preliminar y bibliografía por Joaquín del Val.) 226 págs.
63. Frederick Hardman: *La guerra carlista vista por un inglés*. (Selección, prólogo y notas de Jesús Pardo.) 178 págs.
64. Eugenio Noel: *Las siete Cucas*. (Prólogo de José G. Mercadal.) 270 págs.
65. José Cadalso: *Noches lúgubres*. (Edición, prólogo y notas de Edith F. Helman.) 160 págs.
66. Don Juan Manuel: *El Conde Lucanor*. (Introducción de Jesús Lizano.) 210 págs.
67. Lope de Vega: *El castigo sin venganza*. (Prólogo, bibliografía y notas de Josefina García Aráez.) 144 págs.
68. Guillén de Castro: *Las Mocedades del Cid*, y Pierre Corneille: *El Cid*. (Edición y prólogo de José Corrales Egea.) 272 págs.
69. Antonio Machado: *Soledades*. (Estudio y notas de Rafael Ferreres.) 2.^a ed., 144 págs.
70. Emilia Pardo Bazán: *La Tribuna*. (Introducción de José Hesse.) 236 págs.
71. Ramón de Campoamor: *Los pequeños poemas*. (Introducción de Salustiano Masó.) 240 págs.
72. *Poesía mariana medieval*. (Antología, introducción y notas de Joaquín Benito de Lucas.) 154 págs.
73. Guillén de Castro: *El Narciso en su opinión*, y Agustín de Moreto: *El lindo Don Diego*. (Edición e introducción de A. V. Ebersole.) 342 págs.
74. Manuel Bretón de los Herreros: *Marcela, o ¿a cuál de los tres?* (Introducción de José Hesse.) 168 págs.

75. Roberto de Nola: *Libro de cocina*. (Introducción, notas y vocabulario de Carmen Iranzo.) 176 págs.
76. *Dramas litúrgicos del siglo XVI: Navidad y Pascua*. (Selección, edición e introducción de Jaime Moll.) 186 págs.
77. Tirso de Molina: *Don Gil de las calzas verdes*. (Prólogo de Ricardo Doménech.) 216 págs.
78. *Los albores de la España fernandina*. (Edición y prólogo de Ricardo Blasco.) 178 págs.
79. Alvar Núñez Cabeza de Vaca: *Naufragios y Comentarios*. (Edición y presentación por Dionisio Ridruejo.) 330 págs.
80. Richard Ford: *Cosas de España*. (Prólogo de Jesús Pardo.)
81. Diego de Torres y Villarroel: *Sainetes*. (Selección e introducción de José Hesse.) 194 págs.
82. Ana M.^a Pelegrín: *Poesía española para niños*. (Antología.) 199 págs.
83. *Seis poetas catalanes*. (Selección, prólogo y notas de José Batlló.) 238 págs.





ESTE LIBRO SE ACABÓ DE IMPRIMIR EL
DÍA 5 DE FEBRERO DE 1970 EN
LOS TALLERES DE GRÁFICAS
ROMA, CALLE DE EMILIO
FERRARI, NÚM. 30.
MADRID - 17.

802

4577/16

Date Due

OCT 21 1985

JAN 30 1986

DEC 23 1986

JAN 02 1991

TRENT UNIVERSITY



0 1164 0302768 7

PQ6366 .A8 1970
El Cid Campeador
Romancero del Cid

243369

DATE

ISSUED TO

243369

ROMANCERO DEL CID

Rodrigo Díaz de Vivar es el más popular héroe de la historia española y protagonista excepcional de cantares de gesta, crónicas cultas y sobre todo el más amplio conjunto que reúne esa maravillosa floración lírica y narrativa que es el romancero español. Pocas figuras han resistido el correr de tiempo y conceptos como este Cid del Romancero que pasa de la Edad Media al Renacimiento y hermana en el tema al poeta cortesano con el viejo juglar salido del pueblo.